

NICHOLAS SPARKS

**EL MENSAJE EN LA
BOTELLA**

PRÓLOGO

La botella fue arrojada por la borda una cálida tarde de verano, horas antes de que la lluvia empezara a caer. Igual que todas las botellas, era frágil y si la hubieran lanzado a medio metro del suelo, se habría roto. Pero bien sellada y echada al mar como hicieron con ésta, es uno de los objetos que mejor navega en el mundo. Flotaba sin problemas atravesando huracanes o tormentas tropicales, podía avanzar sobre las más peligrosas corrientes de resaca. Era, en cierta forma, el sitio ideal para conservar el mensaje que llevaba en su interior, un mensaje que se envió para cumplir una promesa.

Como todas las botellas abandonadas a su suerte en el mar, su destino era impredecible. Los vientos y las corrientes juegan un papel determinante en el rumbo que sigue cualquier botella; también las tormentas y los desechos pueden desviar su curso. En ocasiones, una red de pescadores atrapa una botella y la conduce docenas de kilómetros en dirección opuesta a la que llevaba. El resultado es que si se arrojan dos botellas al mar, de manera simultánea, cada una podría terminar en un continente distinto o hasta en lugares completamente opuestos del planeta.

Esta botella contenía un mensaje que iba a cambiar para siempre a dos personas que de otro modo nunca se hubieran conocido. Durante seis días flotó lentamente hacia el noreste, empujada por los vientos de un sistema de alta presión que se encontraba sobre el Golfo de México.

Dos semanas y media después de que la lanzaron, la botella comenzó a flotar hacia Nueva Inglaterra. Sin la Corriente del Golfo que la empujara, la botella avanzó con más lentitud y zigzagueó durante cinco días cerca de las costas de Massachusetts hasta que apareció en la red de pesca de John Hanes. Hanes la halló rodeada de cientos de percas que se agitaban y la tiró a un lado mientras examinaba su pesca. La botella estuvo cerca de la proa por el resto de tarde hasta que cayó la noche y el bote inició su regreso a Cape Cod. A las ocho y media, una vez que se encontró a salvo dentro de los confines de la bahía, Hanes tropezó de nuevo con la botella y la arrojó por la borda sin molestarse en mirarla.

La botella flotó unos días más antes de tocar tierra en una playa cerca de Chatham. Y fue ahí donde, después de veintiséis días y mil ciento ochenta y siete kilómetros, finalmente terminó su viaje.

Capítulo Uno

Soplaba un viento de diciembre y Theresa Osborne se cruzó de brazos mientras contemplaba el mar. Al llegar un poco más temprano, algunas personas caminaban por la playa, pero en cuanto se dieron cuenta de los nubarrones se marcharon. Se encontraba sola en la playa y observó el paisaje que la rodeaba. El mar se veía del mismo color del cielo, parecía de hierro líquido, y la niebla, que comenzaba a hacerse densa, ocultaba el horizonte. En otro lugar, en otro tiempo, habría percibido la majestuosa belleza que la rodeaba, pero en ese momento, de pie en la playa, notó que no sentía nada en absoluto. En cierta forma le daba la impresión de que no estaba realmente ahí, como si todo aquello no fuera más que un sueño.

Apenas recordaba el viaje desde Boston aquella mañana, y al contemplar el mar agitado que se arremolinaba comprendió que en realidad no deseaba quedarse. Conduciría de vuelta a casa en cuanto terminara con lo que tenía pensado llevar a cabo, sin importar le tarde que fuera.

Cuando estuvo lista, Theresa comenzó a caminar con lentitud hacia el agua. Llevaba bajo el brazo una bolsa que había empacado con esmero esa mañana. Pronto llegaría la marea alta y ése era el momento en que por fin lo haría. Encontró un lugar en una pequeña duna que se veía cómoda, se sentó en ella y abrió la bolsa. Buscó en ella hasta encontrar el sobre que quería. Aspiró profundo y parsimoniosamente levantó el sello.

En el interior había tres cartas dobladas con sumo cuidado, cartas que había leído más veces de las que podía recordar.

Él usó una pluma fuente para escribirlas y se veían manchas en varios lugares en los que la pluma había goteado. El papel de la carta, con la imagen de un velero en la esquina superior derecha, comenzaba a cambiar de color con el paso del tiempo. Sabía que llegaría el momento en que sería imposible leerlas, pero tal vez después de ese día ya no sentiría la necesidad de regresar a ellas con tanta frecuencia.

Cuando terminó de leerlas las volvió a meter en el sobre de manera tan meticulosa como las había sacado. Después de poner el sobre en la bolsa, miró de nuevo la playa. Desde donde estaba sentada podía ver el sitio en el que todo eso había comenzado.

Recordó que en cuanto amaneció se fue a correr. Era el inicio de un hermoso día de verano. Iba percibiendo poco a poco el mundo a su alrededor: oía el chillido agudo de las golondrinas de mar y el suave golpeteo de las olas que rompían en la arena. Aunque estaba de vacaciones, se había levantado a correr muy temprano para no tener que cuidarse de ver por dónde pasaba. En unas cuantas horas la playa estaría llena de turistas tendidos sobre sus toallas bajo el cálido Sol de Nueva Inglaterra, recibiendo sus rayos. Cape Cod siempre se encontraba repleto en aquella época del año, pero la mayor parte de los paseantes solían dormir hasta más tarde y Theresa disfrutaba de la sensación de correr por la dura y lisa arena que quedaba al bajar la marea. Lo consideraba como un tipo de meditación, por lo que le gustaba hacerlo a solas.

Aunque adoraba a su hijo, se sentía feliz de no tenerlo a su lado. Todas las madres necesitan un descanso de vez en cuando y ansiaba tranquilizarse mientras estuviera ahí. Sin partidos vespertinos de fútbol ni reuniones de natación ni el canal MTV siempre sonando estrepitosamente en el fondo, sin tareas en las que tuviera que ayudarlo. Tres días antes había llevado a Kevin al aeropuerto para que tomara un avión y fuera a visitar a su padre, su ex marido, en California, y sólo cuando ella se lo recordó, él se dio cuenta que no le había dado un beso de despedida.

—Lo siento, mamá —había dicho mientras le echaba los brazos al cuello—. No me extrañes mucho, ¿de acuerdo? —luego se volvió hacia la sobrecarga para entregarle su boleto y casi saltó al avión.

Ella no lo culpaba por casi haberlo olvidado. A los doce años de edad se hallaba en esa extraña fase en la que uno piensa que besar a la madre en público no es precisamente algo *grandioso*. Además, tenía la mente en otro lado. Su padre y él planeaban visitar primero el Cañón del Colorado; luego

recorrerían el río Colorado en balsa, durante una semana y al final irían a Disneylandia. Aunque estaría fuera durante varias semanas, ella sabía que era bueno para Kevin pasar algunas temporadas con su padre.

David no había sido el mejor de los maridos, pero era un buen padre para Kevin. Annette, su nueva esposa, estaba muy ocupada con su bebé, pero a Kevin le agradaba mucho y casi siempre hablaba con entusiasmo de sus visitas y de todo lo que se había divertido. En algunas ocasiones Theresa se sentía un poco celosa al respecto, pero hacía lo posible para que Kevin no se diera cuenta.

Ahora, en la playa, corría a un paso moderadamente rápido. Deanna estaría esperando a que terminara de correr para desayunar juntas; sabía que Brian ya se habría ido y Theresa moría de ganas de verla. Ellos eran una pareja madura, ambos frisaban los sesenta años, a pesar de lo cual Deanna era su mejor amiga.

Deanna, directora administrativa del diario en el que Theresa trabajaba, había tomado vacaciones en Cape Cod con su esposo Brian muchas veces a lo largo de los años. Siempre se alojaban en el mismo lugar, The Fisher House, y cuando ella se enteró de que Kevin iba a ir a visitar a su padre en California, Deanna insistió en que Theresa los acompañara.

—Brian juega al golf todos los días que pasamos ahí y a mí me gustaría tener compañía —le había comentado— y además, ¿qué mas tienes que hacer?

Theresa sabía que tenía razón, y después de algunos días aceptó.

—Me da mucho gusto —le había dicho Deanna con una expresión de victoria en el rostro—. Te va a encantar el sitio.

Theresa tuvo que admitir que era un hermoso lugar para ir de visita, The Fisher House era la casa de un capitán de navío, bellamente restaurada, y se encontraba en el borde de un risco rocoso por encima de la bahía; al verla a la distancia, disminuyó su carrera a un trote. A diferencia de los corredores más jóvenes que aceleraban al final de sus carreras, ella prefería disminuir la velocidad y tomárselo con calma. A los treinta y seis ya no se recuperaba con tanta rapidez como antes.

Mientras su respiración se normalizaba pensó en cómo pasaría el resto del día. Llevaba cinco libros para esas vacaciones, libros que tenía interés en leer pero que durante todo el año por un motivo u otro no había podido abrir. Como articulista del *Times* de Boston y de otras muchas publicaciones que reproducían su columna, siempre estaba bajo presión para entregar a tiempo tres artículos por semana. No era nada fácil escribir de continuo algo original. Su columna “Padres modernos” se publicaba ya en sesenta diarios por todo el país, y si ella quería que otros periódicos compraran su columna no podía darse el lujo de tomarse ni siquiera unos cuantos días libres.

Theresa disminuyó el paso a una caminata y por fin se detuvo mientras un gaviotín del Caspio le volaba en círculos sobre la cabeza. Después de un momento se quitó los zapatos y los calcetines y caminó por la orilla dejando que las pequeñas olas le mojaran los pies. El agua era refrescante y pasó algunos minutos yendo de un lado a otro. Se alegró de haber encontrado tiempo para escribir algunas columnas extras en los últimos meses y así olvidarse por completo del trabajo durante esa semana. Sintió como si volviera a tener el control de su propio destino, como si apenas estuviera comenzando en el mundo.

Pero cuando cerró los ojos lo único en lo que pudo pensar fue en Kevin. El cielo era testigo de que quería pasar más tiempo con su hijo. Deseaba poder sentarse y charlar con él, jugar Monopolio o simplemente mirar el televisor sin sentir la urgencia de levantarse del sofá para hacer algo más importante.

El problema era que siempre tenía algo que hacer: platos que lavar, baños que asear, había que vaciar la caja de arena del gato, llevar a afinar los autos, lavar la ropa y pagar las cuentas. Y aunque Kevin ayudaba mucho con sus tareas en la casa, siempre estaba casi tan ocupado como ella con la escuela, sus amigos y todas sus demás actividades. Algunas veces le preocupaba que la vida se le estuviera escapando de las manos.

Sin embargo, ¿cómo podía cambiar todo aquello? Su madre solía decirle: “Hay que vivir la vida día con día”, pero ella no tuvo que trabajar fuera de casa ni criar a un hijo sin el apoyo de un padre. No comprendía las presiones que Theresa enfrentaba a diario. Tampoco su hermana menor, Janet, que había seguido los pasos de su madre y llevaba felizmente casada casi once años, con tres maravillosas

hijas que daban fe de ello. Edward ganaba tan bien que podía mantener a su familia sin que Janet tuviera que trabajar. Había algunas veces en las que Theresa pensaba que tal vez le agradaría una vida como ésa, aunque significara tener que renunciar a su trabajo.

Pero eso ya no podía ser. No después de que ella y David se divorciaron. Hacía ya tres años... cuatro si se contaba el tiempo en que estuvieron separados. No odiaba a David por lo ocurrido, pero el respeto que sentía por él se había hecho trizas. El adulterio no era algo con lo que ella pudiera vivir. El daño en su confianza se volvió irreparable.

Desde el divorcio sólo había tenido unas cuantas citas amorosas. Y no porque no fuera atractiva. Lo era, o al menos eso le decían con frecuencia. Tenía el cabello castaño oscuro, muy lacio, y lo llevaba largo en un corte hasta los hombros. El rasgo que más a menudo alababan eran sus ojos marrón con destellos castaños que atrapaban la luz siempre que estaba al aire libre. Como corría a diario se encontraba en buena condición física y no representaba la edad que tenía. Sin embargo, últimamente al mirarse al espejo había comenzado a sentir que se le notaba la edad.

Sus amigos creían que estaba loca.

–Te ves mejor ahora que hace algunos años –insistían, y todavía algunos hombres la miraban en los pasillos del supermercado. Pero ya no tenía veintidós años, y nunca volvería a tenerlos.

Cuando por fin llegaron los papeles del divorcio, sintió como si una pequeña parte de ella hubiera muerto. Su furia inicial se convirtió en tristeza y ahora sentía algo más, una especie de aturdimiento. Aunque estaba en constante actividad parecía como si ya nunca le ocurriera nada especial. Un día se había vuelto exactamente igual al anterior y ya no distinguía entre uno y otro. Una vez, casi un año atrás, se sentó al escritorio durante quince minutos tratando de recordar la última cosa espontánea que había hecho. No pudo pensar en nada.

Todavía extrañaba a David de vez en cuando, o mejor dicho, extrañaba lo bueno de él. En especial le hacía falta la intimidad que nacía de abrazarse y susurrarle al oído a puerta cerrada.

Aunque amaba profundamente a Kevin, no era el mismo tipo de amor que deseaba en ese momento. Lo que sentía por Kevin era un gran amor de madre, tal vez el más profundo y sagrado de todos. Todavía le gustaba entrar en su habitación mientras dormía y sentarse en la cama para contemplarlo. Siempre se veía tan en paz, tan hermoso, con la cabeza en la almohada y envuelto en las frazadas. Sin embargo, ni siquiera esos maravillosos sentimientos cambiaban el hecho de que una vez que salía de la habitación de su hijo, se iba a la sala a tomar una copa de vino teniendo a Harvey, el gato, como compañía.

Soñababa con enamorarse, con tener a alguien que la tomara en los brazos y la hiciera sentir que era la única mujer que importaba; pero es difícil conocer a alguien adecuado en estos días. La mayor parte de los hombres de más de treinta años ya estaban casados y los divorciados parecían estar en busca de alguien más joven. Además tenía que pensar en Kevin. Quería un compañero que lo tratara como es debido y no sólo como la carga inevitable de alguien a quien se desea.

No había tenido intimidad con un hombre desde que se divorció de David. No le faltaron oportunidades, por supuesto. Nunca era difícil para una mujer atractiva encontrar alguien con quien acostarse. Sin embargo, ése no era su estilo. No la habían educado así y no tenía intenciones de cambiar ahora. El sexo era muy importante, demasiado especial como para compartirlo con cualquiera.

Así que ahora que estaba de vacaciones ansiaba hacer algunas cosas para ella sola: leer libros, escribir cartas a amigos de los que no había sabido en mucho tiempo, dormir hasta tarde, comer mucho y correr por las mañanas. Quería tener de nuevo la experiencia de la libertad, aunque fuera por un corto lapso.

También deseaba ir de compras. Planeaba probarse algunos vestidos nuevos y elegir un par de ellos que le resaltaran la figura y la hicieran sentir que todavía estaba viva y capaz de apasionarse. Y si algún hombre agradable la invitaba a salir, tal vez aceptaría, sólo para tener un pretexto que le permitiera usar la ropa nueva que pensaba comprar.

Con una renovada sensación de optimismo, Theresa se dirigió a la casa. Caminaba cerca de la orilla cuando vio una piedra grande medio enterrada en la arena, a unos centímetros del lugar donde la marca matutina había alcanzado su punto más alto. “Qué raro”, pensó, “se ve fuera de lugar ahí”.

A medida que se acercaba notó algo más en el objeto que veía, era alargado y liso; cuando llegó a

él se dio cuenta de que no se trataba de una roca. Era una botella, probablemente abandonada por algún turista descuidado o por algún adolescente del lugar, de los que les gustaba ir ahí por la noche. Sin embargo, cuando llegó hasta ella, se sorprendió al descubrir que estaba tapada. La recogió, la sostuvo contra la luz y vio la nota en su interior.

Intentó sacar el corcho pero los dedos se le resbalaron cuando trató de quitarlo. No podía asirlo bien. Enterró las uñas cortas en la parte que sobresalía del corcho y giró lentamente la botella. Nada. Cambió de mano e hizo un nuevo intento. Apretó los dedos y se colocó la botella entre las piernas para sujetarla mejor y cuando estaba a punto de darse por vencida, el corcho cedió un poco. Volvió a agarrarlo como al principio... apretó... hizo girar la botella poco a poco. Fue saliendo más y más corcho. De pronto se aflojó y lo que quedaba del corcho se deslizó hacia afuera con facilidad.

Puso la botella boca abajo y la carta cayó de inmediato a la arena, a los pies de Theresa. Cuando se inclinó a levantarla vio que estaba bien atada con estambre.

Desató el estambre con cuidado y lo primero que notó al desenrollar el mensaje fue el papel. Era caro, grueso y resistente, tenía grabada la silueta de un velero en la esquina superior derecha. En la esquina superior izquierda estaba escrita una fecha:

22 de junio de 1997.

Hacía poco más de tres semanas.

Sintió curiosidad al sostener el mensaje frente a ella y fue entonces, en el amanecer de un cálido día de Nueva Inglaterra que leyó por primera vez la carta que cambiaría su vida para siempre.

Mi querida Catherine:

Como siempre, amor mío, te extraño, pero hoy me parece especialmente doloroso porque el mar me ha estado cantando y su canción es la de nuestra vida juntos. Casi puedo sentirte a mi lado mientras escribo esta carta y logro aspirar el aroma de flores silvestres que siempre me hace recordarte. Pero ahora todo eso no me provoca placer. Tus visitas son cada vez más espaciadas y a veces tengo la impresión de que la mayor parte de lo que soy desapareciera lentamente.

Sin embargo, intento sobrevivir. Al anoecer, cuando estoy a solas, te llamo y cuando parece que mi dolor no puede ser más grande, encuentras una manera de regresar a mí. Anoche, en mis sueños, te vi en el muelle cerca de Wrightsville Beach. El viento te alborotaba los cabellos y tenías los ojos brillantes por la luz del atardecer. Mientras te contemplaba pensaba en lo hermosa que eres. Lentamente comencé a caminar hacia ti y, cuando por fin te volviste a verme, notó que los demás también te habían estado observando. “¿Acaso la conoces?”, me preguntaron con un celoso susurro, y mientras tú me sonreías respondí la pura verdad: “Mejor que a mi propio corazón”.

Me detuve al llegar hasta ti, te toqué con suavidad en la mejilla y tú inclinaste la cabeza y cerraste los ojos. Luego, como siempre, empezó a aparecer una niebla lenta que envolvió el mundo a nuestro alrededor, rodeándonos como si tratara de evitar que escapáramos. Como una nube que se expande y lo cubre todo, fue cerrándose, hasta que sólo quedamos tú y yo. La mirada que me diriges en ese momento me persigue. Siento tu tristeza y mi soledad. Y luego abres los brazos y das un paso atrás en la niebla, porque ése es tu sitio y no el mío. Anhele ir contigo, pero tu única respuesta es negar con la cabeza porque los dos sabemos que eso es imposible.

Y observo con el corazón destrozado mientras te desvaneces poco a poco. Me encuentro esforzándome por recordar cada uno de los detalles de ese momento, cada detalle de ti. Pero pronto, siempre demasiado pronto, tu imagen desaparece y me quedo solo en el muelle y sin importar lo que otros piensen, inclino la cabeza y lloro, mucho, mucho.

Garrett

Capítulo Dos

—¿Estuviste llorando? —preguntó Deanna cuando Theresa llegó al porche trasero con la botella y el mensaje en la ruano.

Theresa se sintió avergonzada y se limpió los ojos mientras la mujer dejaba el diario y se levantaba de su asiento. Aunque tenía sobrepeso, y así había sido desde que Theresa la conocía, se movió rápidamente para rodear la mesa con expresión preocupada.

—¿Te sientes bien? ¿Qué te ocurrió? ¿Estás herida? —tropezó con una de las sillas mientras se acercaba a tomar una de las manos de Theresa.

Ella negó con la cabeza.

—No me pasó nada, créeme. Me siento bien, de verdad. Es sólo que acabo de encontrar esta carta. Estaba dentro de una botella que arrojó el mar a la playa. Cuando la abrí y la leí... —se apartó un mechón que el viento le había volado a la cara—, me llegó muy hondo. Tal vez es una cosa tonta, lo sé —se enjugó una lágrima, le dio la carta a Deanna y se acercó a la mesa de hierro forjado de donde su amiga se había levantado—. Pero no pude evitarlo.

Deanna leyó la carta con lentitud y cuando la terminó miró a Theresa. También tenía húmedos los ojos.

—Es... hermosa —comentó por fin—. Es una de las cartas más conmovedoras que he leído.

—Eso fue lo que pensé.

Deanna acarició con los dedos las letras del escrito y se detuvo un momento.

—Me pregunto quiénes serán. Y por qué razón lanzarían al mar esta botella.

—No tengo idea.

—¿No tienes curiosidad?

El hecho era que Theresa sí tenía curiosidad. Después de leerla la primera vez, la releyó y luego la leyó una tercera vez. Y se preguntó qué se sentiría que alguien la amara de ese modo.

—Una poca, pero ¿qué puedo hacer? No hay modo de que lo sepamos jamás.

—¿Qué harás con ella?

—Guardarla, supongo. En realidad no he pensado mucho en eso —Theresa bebió un poco de jugo que se había servido—. Así que... ¿qué haremos hoy?

—Pensé que podríamos hacer algunas compras y después ir a comer a Provincetown. ¿Qué te parece?

—Es precisamente lo que creí que haríamos.

Las dos mujeres charlaron sobre los lugares a los que irían. Después Deanna se levantó y entró en la casa para servirse otra taza de café y Theresa la observó mientras se marchaba.

Deanna había cumplido cincuenta y ocho años, tenía la cara redonda; llevaba el cabello corto, que poco a poco se volvía gris, peinado de manera sencilla, y era la mejor persona que conocía Theresa. Sabía mucho de música y de arte y vivía en un mundo lleno de optimismo y buen humor.

Cuando Deanna regresó a la mesa, se sentó y volvió a tomar la carta. Mientras la examinaba con atención, arqueó las cejas.

—Me pregunto... —comenzó en voz baja.

—¿Qué?

—Bueno, cuando estaba adentro se me ocurrió que deberíamos publicar esta carta en tu columna de esta semana.

—¿Cómo dices?

Deanna se inclinó sobre la mesa.

—Precisamente lo que oyes. Creo que deberíamos publicar esta carta. Es de verdad muy conmovedora. Puedo imaginarme a cientos de mujeres recortándola y pegándola en sus refrigeradores

para que sus esposos puedan verla al regresar del trabajo.

–Ni siquiera sabemos quiénes son. ¿No crees que deberíamos pedir su permiso primero?

–No usaremos sus verdaderos nombres, y mientras no nos atribuyamos el crédito de haberla escrito ni divulguemos de dónde podría venir, estoy segura de que no habrá problema.

–Sé que probablemente sería legal, pero no estoy segura de que hacerlo sea correcto. Me refiero a que es una carta muy personal.

–Theresa, es una historia de interés humano. A la gente le entusiasma mucho este tipo de cosas. Y recuerda, el tal Garrett envió la carta en una *botella* al *mar*. Tiene que haber imaginado que aparecería en alguna playa.

Theresa negó con la cabeza.

–No lo sé, Deanna...

–Bueno, piénsalo. No necesitas decidirlo ahora. Aunque yo creo que es una magnífica idea.

Theresa pensó en la carta mientras se desvestía para darse una ducha. Se encontró preguntándose cómo sería el hombre que la escribió... Garrett, si es que ése era su verdadero nombre. Y ¿quién sería Catherine? Su amante o su esposa, eso era obvio. Se preguntó si estaría muerta o si algo más habría ocurrido para separarlos. Ella jamás, en toda su vida, había recibido una carta que siquiera se pareciera remotamente a ésa. David nunca había sido buen escritor, ni tampoco nadie más con quien hubiera salido. ¿Cómo sería aquel hombre? ¿Sería tan devoto en persona como parecía en aquella carta?

Se enjabonó y enjuagó el cabello y todas aquellas preguntas salieron de su cabeza mientras el agua fresca la recorría. Se lavó el resto del cuerpo con un paño y jabón humectante, pasó en el baño más tiempo del que necesitaba y finalmente salió de la ducha.

Se miró al espejo mientras se secaba con la toalla. Pensó que no lucía mal para ser una mujer de treinta y seis años con un hijo adolescente. Su pecho siempre había sido pequeño y no estaba colgado como el de otras mujeres de su edad. Tenía el abdomen plano y las piernas largas y delgadas por el ejercicio. En general se sentía satisfecha con el modo en que se veía aquella mañana y atribuyó su fácil y peculiar aceptación de sí misma al hecho de que estaba de vacaciones.

Después de aplicarse un poco de maquillaje se vistió con unos pantaloncillos cortos beige, una blusa sin mangas y unas sandalias marrón. En una hora el día sería caluroso y húmedo y no deseaba sentirse incómoda.

Ir de compras con Deanna era toda una experiencia.

Una vez que llegaron a Provincetown pasaron el resto de la mañana en las diversas tiendas. Theresa compró tres vestidos nuevos y un traje de baño antes de que Deanna la arrastrara hasta una tienda de lencería que se llamaba Nightingales.

Ahí Deanna se volvió absolutamente loca. No pensaba comprar algo para ella misma, por supuesto, sino animar a Theresa a hacerlo. Tomaba de los estantes alguna prenda interior de encaje y la sostenía en alto para que Theresa la observara, y hacía comentarios como: “Esta se ve muy sensual” o “No tienes ninguno de este color, ¿o sí?”. Había por supuesto muchas otras personas a su alrededor cuando le hacía aquellos comentarios y Theresa no podía evitar reír siempre que ocurría. La falta de inhibición de Deanna era una de las cosas que más le agradaban de ella. En verdad no le importaba lo que la gente pensara, y a menudo Theresa deseaba parecerse un poco a ella.

Cuando regresaron a la casa, Brian leía el diario en la sala.

–¡Hola! ¿Cómo les fue?

–Bien –respondió Deanna–. Comimos en Provincetown y luego hicimos algunas compras. ¿Qué tal te fue hoy en el juego?

–Muy bien. Si no hubiera fallado en los últimos dos hoyos habría tirado un ochenta.

–Bueno, creo que sólo tendrás que seguir practicando hasta que te salga bien.

Brian rió.

—¿No te molesta?

—Por supuesto que no.

Brian sonrió mientras hojeaba el diario, satisfecho porque pasaría mucho tiempo en el campo de golf esa semana. Deanna reconoció la señal de que quería seguir leyendo el diario y dirigió su atención a Theresa.

—¿Quieres que juguemos *gin rummy*?

A Deanna le gustaban los juegos de cartas de cualquier tipo. Estaba inscrita en dos clubes de *bridge*, jugaba corazones como una campeona y llevaba la cuenta de cada vez que ganaba un solitario. Pero ella y Theresa siempre jugaban *gin rummy*, porque era el único juego en el que Theresa tenía alguna oportunidad de ganar.

—Claro.

—Esperaba que dijeras eso. Las cartas están afuera, en la mesa.

Theresa salió para ir a la mesa en la que habían desayunado Deanna la siguió poco después con dos latas de Coca-Cola de dieta y se sentó frente a ella mientras Theresa tomaba el mazo de cartas. Barajó y las repartió.

Deanna alzó la vista.

—Tenía la esperanza de que conocieras a alguna persona especial esta semana.

—Tú eres especial.

—Sabes a lo que me refiero... a un hombre. A uno que te dejara sin aliento.

Theresa la miró sorprendida.

—En realidad no lo he buscado, Deanna.

Sacó el seis de diamantes y Deanna lo tomó antes de descartar el tres de picas. Deanna hablaba en el mismo tono que usaba la madre de Theresa cuando discutían sobre ese tema.

—Han pasado casi tres años desde tu divorcio. ¿Acaso no has salido con nadie en ese tiempo?

—En realidad no. No desde que Matt Como-se-llame me dijo que no quería a una mujer con hijos.

Deanna frunció el entrecejo por un momento.

—Algunas veces los hombres son unos verdaderos idiotas, y él es un ejemplo perfecto. Pero no todos son iguales. Hay muchos hombres buenos vagando por ahí... hombres que se enamorarían de ti en un instante.

Theresa tomó el tres de picas y descartó el cuatro de diamantes.

—Por eso te quiero, Deanna. Dices las cosas más dulces.

Deanna tomó una carta del mazo.

—Pero es cierto. Créeme. Podría encontrar a una docena de hombres a los que les encantaría salir contigo.

—Pero eso no significa que a mí me agradarían ellos.

Deanna descartó el dos de espadas.

—Creo que tienes miedo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sé lo mucho que David te lastimó. Está en la naturaleza humana. Gato escaldado del agua fría huye. Los viejos proverbios encierran grandes verdades.

—Tal vez sea cierto. Pero estoy segura de que si el hombre correcto se presenta, lo sabré. Tengo fe.

—¿Qué clase de hombre estás buscando?

—No lo sé.

—Por supuesto que sí. Todos sabemos, aunque sea vagamente, qué queremos. Empieza con lo que es obvio, o sino, comienza con lo que no te gustaría. Por ejemplo... ¿estaría bien si él perteneciera a una

pandilla de motociclistas?

Theresa sonrió y llevó la mano al mazo para tomar una carta. Su juego se estaba formando. Otra carta y lo tendría listo. Descartó la sota de corazones.

—Nadie de una pandilla de motociclistas, eso es seguro —dijo moviendo la cabeza. Lo pensó un momento—. Mmm... supongo que sobre todo deberá ser el tipo de hombre que sea capaz de ser fiel. Y creo que me gustaría alguien como de mi edad —Theresa se detuvo y frunció el entrecejo.

—¿Y?

—Espera un momento. No es tan sencillo como parece. Supongo que estoy de acuerdo con lo que se dice siempre: atractivo, amable, inteligente y encantador... tú sabes, todas esas cualidades que las mujeres buscan en un hombre —de nuevo se detuvo.

Deanna tomó la sota. Su expresión demostraba placer al poner a Theresa en apuros.

—¿Y?

—Tendría que pasar algún tiempo con Kevin como si fuera su propio hijo. Eso es muy importante para mí. ¡Ah! Y además tendría que ser romántico y también atlético. No puedo respetar a un hombre al que pueda ganarle en las vencidas.

—¿Eso es todo?

—Sí. Es todo.

—Así que déjame ver si comprendí todo. Quieres a un hombre fiel, encantador, atractivo de treinta y tantos años, que además sea inteligente, romántico, atlético y que se lleve bien con Kevin ¿Correcto?

—Precisamente.

Aspiró profundo mientras colocaba su juego en la mesa.

—Bueno, por lo menos no eres muy exigente. *Gin*.

Esa tarde, a las seis, Brian y Deanna fueron a dar un paseo a la playa. Theresa se quedó en la casa y los miró por la ventana mientras se alejaban tomados de la mano, caminando por la orilla del mar. Al verlos pensaba que tenían una relación ideal. Sus intereses eran completamente distintos, pero en vez de que eso los separara parecía unirlos más.

Después del atardecer los tres fueron en auto hasta Hyannis y cenaron en Sam's Crabhouse. El lugar estaba atestado y tuvieron que esperar durante una hora para que les asignaran una mesa, pero los deliciosos cangrejos al vapor y la salsa de mantequilla derretida bien valían la pena. La mantequilla había sido sazonada con ajo y entre los tres se tomaron seis cervezas en dos horas.

Poco antes de terminar de cenar, Brian les preguntó acerca de la carta que venía en la botella.

—La leí cuando regresé de jugar al golf. Deanna la pegó en el refrigerador con un imán.

Deanna se encogió de hombros y se volvió a Theresa con una expresión de "Te lo dije" en los ojos, pero no comentó nada.

—Me parece que es una carta muy especial. Tiene tanta tristeza... —continuó Brian.

—Lo sé —respondió Theresa—. Así me sentí cuando la leí.

—¿Sabes dónde queda Wrightsville Beach?

—No. Nunca la había oído mencionar.

—Está en North Carolina —explicó Brian mientras buscaba un cigarrillo en la bolsa de su camisa—. Fui a jugar al golf ahí una vez. Sus campos son maravillosos. Un poco planos, pero se puede jugar bien en ellos.

—Como puedes ver, para Brian, todo tiene relación con el golf —comentó Deanna alegremente.

Él encendió el cigarrillo y aspiró.

—Wrightsville Beach es una isla que está frente a la costa, cerca de Wilmington —dijo al tiempo que exhalaba el humo—. Hay muchas construcciones, pero las playas son hermosas, con arena blanca y aguas tibias. Es un estupendo lugar para pasar una semana, si tienes oportunidad.

Theresa no respondió y Deanna dijo con un tono travieso:

–Así que ahora ya sabemos de dónde es nuestro escritor misterioso y enamorado.

Theresa se encogió de hombros.

–Supongo que sí, pero no hay modo de estar seguros. Pudo haber sido un sitio en el que ellos estuvieron de vacaciones o que visitaron. No significa que él viva ahí.

Deanna negó con la cabeza,

–No estoy de acuerdo. Por la manera en la que escribió la carta, me parece que su sueño fue demasiado real para incluir un lugar en el que sólo hubiera estado una o dos veces. Casi estoy segura de que vive en Wrightsville Beach o en Wilmington.

–Y, ¿eso qué?

Deanna se inclinó hacia adelante.

–¿Has pensado en lo que te dije acerca de publicar la carta?

–En realidad no. ¿Es tan importante para ti?

–Theresa, reconozco una buena historia cuando la veo. En la actualidad la gente está tan ocupada que el romanticismo parece estar muriendo lentamente. Esta carta demuestra que aún existe.

Sin darse cuenta, Theresa tomó un mechón de su cabello y comenzó a retorcerlo. Era una costumbre que tenía desde que era niña: lo hacía siempre que estaba considerando algo.

–De acuerdo –respondió por fin después de un rato.

–¿Lo harás?

–Sí, pero incluiremos sólo sus iniciales y omitiremos la parte donde habla de Wrightsville Beach. Escribiré un par de frases para presentarla.

–¡Me da mucho gusto! –exclamó Deanna con un entusiasmo casi infantil–. Sabía que lo harías. La enviaremos por fax mañana.

Más tarde, esa noche, Theresa escribió el inicio de la columna a mano, en un papel que encontró en el cajón del escritorio. Al terminar, colocó las dos páginas en la mesa de noche que estaba tras ella y luego se metió en la cama. Esa noche no durmió bien.

A la mañana siguiente, Theresa y Deanna fueron a Chatham y enviaron la columna por fax a Boston. Se publicaría en el diario un día después.

La mañana y la tarde las pasaron como el día anterior: fueron de compras, se relajaron en la playa, conversaron de trivialidades y tomaron una deliciosa cena. Cuando el diario llegó a la hora del desayuno, a la mañana siguiente, Deanna fue la primera en leerlo.

Hace cuatro días, mientras estaba de vacaciones, encontré una botella en la playa con un mensaje profundamente conmovedor. No he podido olvidarlo y, aunque es algo distinto de lo que suelo escribir, en una época en la que el amor eterno y el compromiso parecen estar tan ausentes de nuestra vida, tengo la esperanza de que la encuentren tan significativa como lo fue para mí.

El resto de la columna estaba dedicado a la carta.

–¡Maravilloso! –dijo cuando terminó de leer–. Ya impresa se ve mucho mejor de lo que imaginé. Vas a recibir muchas cartas por esta columna.

–Ya lo veremos –respondió Theresa mientras comía un *bagel* sin estar muy segura de si debía creerle o no a Deanna, pero todas maneras con curiosidad.

Capítulo Tres

El sábado, ocho días después de haber llegado a Cape Cod, Theresa regresó a Boston.

Entró de prisa en el departamento y abrió las puertas de vidrio que daban al patio trasero para poder ventilar el sitio. Después de desempacar, se sirvió una copa de vino, se acercó al aparato de sonido y puso un disco compacto de John Coltrane. Mientras el ritmo del jazz se filtraba por la habitación, revisó la correspondencia. Como siempre, había muchas cuentas y las hizo a un lado para revisarlas más tarde.

No había ninguna llamada de su hijo en la máquina contestadora cuando la escuchó. En ese momento estaría cerca de un río, acampando con su padre en algún lugar de Arizona. Sin Kevin, la casa parecía extrañamente silenciosa. Pensó en las dos semanas de vacaciones que todavía le quedaban ese año. Pasaría con Kevin unos días en la playa porque se lo había prometido, y aún así tendría libre una semana. Podría tomarla en Navidad, pero ese año a Kevin le tocaba ir con su padre así que no tenía mucho caso hacerlo. Tal vez podría usar esa semana para arreglar algunas cosas en la casa que tenía pendientes, pero... ¿acaso alguien querría pasar sus vacaciones pintando y colocando papel tapiz?

Al fin se dio por vencida y decidió que si nada más emocionante se le ocurría, guardaría esa semana para el siguiente año. Tal vez Kevin y ella podrían ir a Hawai.

Se acostó y tomó una de las novelas que había comenzado en Cape Cod. Leyó rápido y sin distracción y terminó casi cien páginas antes de sentirse cansada. A medianoche apagó la luz. Por segunda vez en dos días soñó que caminaba por una playa desierta.

La correspondencia en su escritorio el lunes por la mañana era abrumadora. Cuando llegó había casi doscientas cartas y el cartero le llevó ese día cincuenta más. Tan pronto como entró en la oficina, Deanna señaló con orgullo el montón.

—¿Lo ves? Te lo dije —comentó con una sonrisa.

Theresa pidió que no le pasaran llamadas y comenzó a abrir la correspondencia de inmediato. Todas, sin excepción, eran alusivas a la carta que había publicado en su columna. La gran mayoría era de mujeres pero también escribieron algunos hombres, y la uniformidad de opinión que expresaban la sorprendió. Carta por carta leyó lo mucho que los había conmovido aquel mensaje anónimo.

Al terminar el día casi había leído todas las cartas y se sentía cansada. A las cinco y media empezó a escribir una columna acerca del Viaje de Kevin y lo que sentía ella al tenerlo lejos. Iba mejor de lo que esperaba y estaba a punto de terminar cuando el teléfono sonó.

Era la recepcionista del diario.

—Oye. Theresa, ya sé que me pediste que no te pasara llamadas y es lo que he estado haciendo —comenzó—, pero esta mujer ha insistido mucho. Es la quinta vez que llama hoy y la semana pasada llamó dos veces. Me sigue pidiendo que la ponga en espera hasta que tengas un minuto libre. Dice que es una llamada de larga distancia, pero que tiene que hablar contigo.

—De acuerdo. ¿En qué línea está?

—En la cinco.

—Gracias —Theresa tomó el auricular y oprimió el botón línea cinco—. Hola.

La línea permaneció en silencio por un momento. Luego una voz suave y melodiosa, la persona en la línea preguntó:

—¿Es usted Theresa Osborne?

—Sí, soy yo —Theresa se retrepó en su silla y comenzó a retorcer un mechón de su cabello.

—¿Fue usted la que escribió la columna acerca del mensaje en la botella?

—Sí. ¿En qué puedo servirla?

La mujer hizo una pausa.

–¿Puede decirme los nombres que estaban en la carta?
Theresa cerró los ojos y dejó de retorcer su cabello.
–No, lo siento pero no puedo. No quiero hacer pública esa información.
–¡Por favor! –insistió la mujer–. ¿Puede responder una sola pregunta? ¿La carta iba dirigida a Catherine y estaba firmada por un hombre llamado Garrett?
Theresa se enderezó en la silla.
–¿Quién habla? –inquirió con repentina urgencia, y una vez que lo dijo se dio cuenta de que la persona que llamaba sabía la respuesta a su pregunta.
–Así es, ¿verdad?
–¿Quién es usted? –preguntó Theresa de nuevo, esta vez con más amabilidad. Oyó cómo la mujer aspiraba profundo antes de responder.
–Me llamo Michelle Turner y vivo en Norfolk, Virginia. Hace tres años iba caminando por una playa de aquí y encontré una carta parecida a la que usted halló. Después de leer su columna supe que la había escrito la misma persona.
Theresa permaneció en silencio un momento. “No es posible”, pensó. “¿Hace tres años?”
–¿En qué clase de papel estaba escrita? –preguntó.
–Era un papel color beige y tenía un dibujo de un velero en la esquina superior derecha. Su carta también tiene el dibujo de un barco, ¿no es verdad?
–Sí –balbuceó Theresa.
–Lo supe desde el momento en que leí su columna –parecía como si le hubieran quitado un peso de encima a Michelle.
–¿Todavía tiene la carta? –preguntó Theresa.
–Sí. Es un poco distinta de la que usted copió en la columna, pero los sentimientos que expresa son los mismos.
–¿Podría enviarme una copia por fax?
–Claro que sí –dijo antes de hacer una pausa–. Es sorprendente, ¿verdad?
–Sí –susurró Theresa–. ¡Vaya que lo es!
Después de darle a Michelle el número del fax, Theresa ya no pudo concentrarse en corregir su escrito. Michelle tenía que ir a una tienda de fotocopiado para enviar la carta, y Theresa caminaba de un lado a otro entre su escritorio y el fax, cada cinco minutos, mientras esperaba que llegara el fax. Cuarenta y seis minutos más tarde escuchó que la máquina cobraba vida. Sólo pasaron diez segundos para que saliera la página, pero hasta esa espera le pareció excesivamente larga.
Tomó la hoja cuando el fax comenzó a sonar para indicar el fin de la transmisión. La llevó a su escritorio sin leerla.
Aspiró profundo y la levantó. Una rápida mirada al logotipo del barco le probó que, en efecto, pertenecía al mismo escritor. Acercó el papel a la luz y comenzó a leer.

6 de marzo de 1994.

Mi querida Catherine:

¿Dónde estás? ¿Por qué nos han obligado a separarnos?

No sé la respuesta a estas preguntas, sin importar cuánto trate de entenderlas. La razón es evidente, pero mi mente me obliga a desecharla y me destroza la ansiedad cada momento que paso despierto. Quiero decirte que me siento perdido sin ti. No tengo alma, soy un hombre sin rumbo, sin hogar, un ave solitaria en un vuelo sin destino.

Trato de recordar cómo fuimos alguna vez, en la fresca cubierta del Happenstance. ¿Te acuerdas de cuánto trabajamos juntos en ella? Nos convertimos en parte del mar mientras reconstruíamos la nave, porque los dos sabíamos que fue el mar el que nos unió. Por las noches navegábamos en el agua oscura, y yo veía cómo la luz de la Luna reflejaba tu belleza. Te observaba con reverencia y sabía en mi

corazón que estaríamos juntos para siempre, que estábamos destinados a seguir juntos.

Pero ahora, solo en casa, me doy cuenta de que el destino puede herir a una persona tanto como puede bendecirla, y me pregunto por qué, de toda la gente en el mundo a la que pude haber amado, me enamoré de aquella que me fue arrebatada.

Garrett

Después de leer la carta, Theresa se retrepó en su silla y se llevó los dedos a los labios. Los ruidos de la sala de redacción sonaron lejanos. Tomó su bolso, buscó la carta que había encontrado y la colocó al lado de la otra sobre el escritorio.

“¿Habrá mas?”, se preguntó. “¿Qué clase de hombre será el que las envía en una botella?” Sabía que en realidad no debería importarle mucho, pero de pronto sí le importó.

Cuando niña había llegado a creer en el hombre ideal: el príncipe o caballero de los cuentos de su infancia. Sin embargo, que en el mundo no existían hombres como aquellos. La gente de carne y hueso tenía sus propios planes, exigencias muy reales y expectativas acerca de cómo debía comportarse el resto del mundo. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que sí existía un hombre así, un hombre que ahora estaba solo, y el saberlo tocó una fibra en su interior.

Le parecía claro que Catherine, fuera quien fuera, probablemente estaba muerta o tal vez desaparecida. Y sin embargo Garrett seguía amándola lo suficiente para enviarle cartas por tres años. Por lo menos había demostrado que era capaz de amar a alguien profundamente y, lo más importante, seguir comprometido por completo incluso mucho después de haber perdido a su amada.

Pensó en la primera línea de la segunda carta. *¿Dónde estás?*

Theresa no lo sabía exactamente, pero él existía y una de las cosas que había aprendido desde muy joven era que si uno descubre algo que toca una fibra en su interior, es mejor tratar de indagar más al respecto.

En su fuero interno entendía que la fascinación que sentía por Garrett no la iba a llevar a ningún lado. Seguiría con su vida, escribiendo su columna, pasando el tiempo con Kevin, haciendo todo lo que una madre soltera tenía que hacer.

Y casi estuvo en lo cierto. Su vida pudo seguir exactamente como la había imaginado, pero tres días más tarde ocurrió algo que la hizo emprender un viaje a lo desconocido con sólo una maleta llena de ropa y un montón de papeles que pudieran o no tener algún significado.

Descubrió una tercera carta de Garrett.

Por supuesto, el día que descubrió la tercera carta, no esperaba que ocurriera nada fuera de lo normal. Era un típico día de mediados de verano en Boston, cálido y húmedo. Theresa estaba en la sala de redacción haciendo una investigación para un artículo que escribía acerca de niños autistas. Su computadora tenía acceso a la biblioteca de Harvard University y en un par de horas logró encontrar casi treinta artículos escritos en los últimos tres años. Seis de los títulos lucían muy prometedores y tal vez pudiera usarlos. Como iba a pasar cerca de Harvard de camino a casa, decidió que los recogería ella misma.

Estaba a punto de apagar la computadora cuando se le ocurrió una idea y se detuvo. “¿Por qué no?”, se dijo, “es poco probable, pero ¿qué puedo perder?”. Volvió a entrar en la base de datos de la universidad y escribió las palabras “mensajes en botellas”.

Después de presionar la tecla para entrar, se retrepó en su asiento y esperó a que la computadora le desplegara la información que le había solicitado.

La respuesta la sorprendió. Durante los últimos años se había escrito una docena de artículos diferentes sobre ese tema. La mayoría, publicados por alguna revista científica, y los títulos parecían sugerir que se usaban botellas en un intento por aprender más acerca de las corrientes marinas, pero tres parecían interesantes. Le pareció bien tener esa información y anotó los títulos.

El tránsito era lento y pesado y tardó más tiempo del que pensó en llegar a la biblioteca y obtener una copia de los nueve artículos que iba a buscar. Llegó bastante tarde a su casa y, después de pedir de cenar a un restaurante chino cercano, se sentó en el sofá con los tres artículos sobre botellas frente a ella.

El primero, publicado en la revista *Yankee* en marzo del año anterior, narraba historias acerca de botellas que habían sido encontradas en las costas de Nueva Inglaterra durante los últimos años. Casi al final del artículo, Theresa llegó a dos párrafos que hablaban de un mensaje que se había encontrado en Long Island.

La mayor parte de los mensajes que se envían en una botella piden a quien los encuentre que responda. Sin embargo, en ocasiones quienes los envían no quieren una respuesta. Una carta semejante, un conmovedor tributo a un amor perdido, se encontró el año pasado en una playa de Long Island. He aquí una parte:

Sin tenerte a ti en los brazos siento un vacío en el alma. Me sorprende buscando tu rostro entre la multitud... sé que es algo imposible, pero no puedo evitarlo. Tú y yo hablamos acerca de lo que pasaría si las circunstancias nos obligaran a separarnos, pero no puedo cumplir la promesa que te hice esa noche. Lo siento, mi amor, pero nunca podrá haber nadie que ocupe tu lugar. Tú y sólo tú eres lo único que he deseado, y a hora que te has ido no siento deseos de encontrar a nadie más.

Dejó de leer y de súbito bajó el tenedor.

“¡No puede ser!”, pensó mientras observaba las palabras. “Sencillamente no es posible”.

Se secó la frente y se dio cuenta de que le temblaban las manos. ¿Otra carta? Dio vuelta a la hoja para ver el frente del artículo y el nombre del autor. Fue escrito por el doctor Arthur Shendakin, profesor de historia de Boston University.

Se puso en pie de un salto y tomó la guía telefónica del estante cercano a la mesa del comedor. Había menos de doce Shendakin, sólo dos tenían una A como primera inicial. Miró la hora antes de Marcar. Las nueve y media. Era tarde, pero no demasiado. Marcó el número y esperó mientras el teléfono comenzaba a sonar.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

A la cuarta vez comenzó a perder la esperanza, pero en la quinta oyó que descolgaban el teléfono.

—¡Hola! —oyó la voz de un hombre.

Ella se aclaró la garganta.

—Hola. Habla Theresa Osborne del *Times* de Boston. ¿Es usted Arthur Shendakin?

—Sí, soy yo —respondió el hombre en tono de sorpresa.

—¡Ah! Buenas noches. Sólo le llamaba para saber si es usted quien publicó un artículo el año pasado en la revista *Yankee* sobre mensajes en botellas.

—Sí, yo lo escribí. ¿En qué puedo servirla?

Theresa sentía que le sudaban las manos en el teléfono.

—Tengo curiosidad acerca del mensaje que dice usted que apareció en Long Island. Sé que es una petición poco usual, doctor Shendakin, pero me interesa obtener una copia de la carta. Significaría mucho para mí.

—¿Sólo una copia?

—Sí, por supuesto. Puedo darle mi número de fax o puede usted enviármela.

Él permaneció un momento en silencio antes de responder:

–Yo... creo que está bien.

–Gracias, doctor Shendakin –antes de que pudiera cambiar de Opinión Theresa le dio su número de fax.

Al día siguiente, cuando salió hacia su trabajo, sentía la cabeza en las nubes. La posible existencia de una tercera carta le hacía difícil pensar en nada más, pero al llegar a su escritorio esperó, con toda premeditación antes de ir a donde se encontraba el fax. Encendió su computadora, llamó a dos médicos con los que tenía que hablar para su artículo sobre autismo, y tomó algunas notas acerca de otros posibles temas.

Cuando ya no se le ocurrió qué otra cosa hacer, se dirigió hacia el fax y comenzó a revisar acuciosamente el material que había llegado. Todavía no estaba clasificado y encontró varias docenas de páginas dirigidas a otras personas. A la mitad halló una portada dirigida a ella, luego dos páginas más, y al revisarlas con más atención lo primero que reconoció fue el dibujo del velero grabado en la esquina superior derecha.

25 de septiembre de 1995.

Querida Catherine:

Ha pasado un mes desde la última vez que te escribí, pero ha transcurrido tan lentamente... ahora la vida pasa como un paisaje frente a la ventana de un auto en movimiento. No sé a dónde me dirijo ni cuando llegaré.

Ni siquiera el trabajo me quita el dolor. Tal vez bucee para divertirme o para enseñar a otros cómo hacerlo, pero cuando regreso a la tienda me parece vacía sin ti. Hago los pedidos para surtir la tienda como siempre, pero todavía hay momentos en los que miro por encima del hombro sin pensar y te llamo.

Sin tenerte a ti en los brazos siento un vacío en el alma. Me sorpendo buscando tu rostro entre la multitud... sé que es algo imposible, pero no puedo evitarlo. Tú y yo hablamos acerca de lo que pasaría si las circunstancias nos obligaran a separarnos, pero no puedo cumplir la promesa que te hice esa noche. Lo siento, mi amor, pero nunca podrá haber nadie que ocupe tu lugar. Tú y sólo tú eres lo único que he deseado, y ahora que te has ido no siento deseos de encontrar a nadie más. “Hasta que la muerte nos separe”, juramos en la iglesia, y he llegado a creer que esas palabras serán realidad; hasta que yo también me marche de este mundo.

Garrett

–Deanna, ¿tienes un minuto? Necesito hablar contigo.

Deanna levantó la mirada de la computadora y se quitó los anteojos para leer.

–Claro que sí. ¿Qué sucede?

Theresa puso las tres cartas sobre el escritorio de Deanna y le explicó cómo habían llegado a sus manos. Cuando terminó de contar la historia, Deanna leyó las cartas en silencio. Theresa se sentó en una silla frente a ella.

–Bueno –dijo al terminar de leer la última carta–, sí que has estado guardando el secreto, ¿verdad?

Theresa se encogió de hombros y Deanna continuó.

–Pero hay algo más que el hecho de haber encontrado las cartas, ¿no es así? Te interesa este hombre, Garrett.

Theresa lo pensó por un momento.

–Estos últimos días han sido muy extraños... quiero decir que... no puedo dejar de pensar en él y no sé por qué. No sé quién es, no lo conozco, nunca hemos hablado. Incluso podría ser un hombre de setenta años.

Deanna se retrepó en su silla y asintió pensativa.

—Es cierto, pero... no creo que sea ése el caso. ¿Tú sí?

Theresa negó lentamente con la cabeza.

—Tampoco yo —subrayó Deanna mientras tomaba otra vez las cartas—. Habla de cómo se enamoraron cuando eran jóvenes. Es maestro de buceo y escribe sobre Catherine como si sólo hubieran estado casados unos cuantos años. No creo que sea tan viejo.

—Es lo mismo que yo pensé.

—¿Quieres saber lo que creo?

—Por supuesto.

—Creo que debes ir a Wilmington y tratar de encontrar a Garrett —sugirió Deanna con voz pausada.

—Pero parece tan... ridículo. No sé nada sobre él. Y si... —se detuvo y Deanna terminó la frase.

—¿Y si no es como lo imaginas? Theresa, puedo garantizarte que no lo es. Nunca nadie lo será, pero yo creo que eso no debería afectar tu decisión. Si quieres saber más, sólo ve.

—¿No crees que todo este asunto es una locura?

Deanna negó con la cabeza, pensativa.

—Por supuesto que no. Recuerda que soy mayor que tú y tengo más experiencia. Una de las cosas que he aprendido de la vida es que hay ocasiones en las que uno debe aprovechar las oportunidades. Además, Kevin aún no regresa y te quedan muchos días de vacaciones en este año.

Theresa empezó a retorcer un mechón del cabello con el dedo.

—Haces que todo parezca tan fácil...

—Es fácil. La parte difícil será encontrarlo, pero creo que estas cartas tienen información que podemos usar para ayudarte. ¿Qué te parece si hacemos algunas llamadas telefónicas?

Theresa llevó su silla al otro lado del escritorio de Deanna.

—¿Por dónde empezamos?

—Primero —enumeró Deanna—, creo que podemos suponer que sí se llama Garrett. Así firmó las tres cartas y no creo que se hubiera tomado la molestia de usar un nombre falso.

—Y —añadió Theresa— probablemente es de Wilmington o Wrightsville Beach, o de alguna comunidad cercana.

—De acuerdo, bien —continuó Deanna mientras asentía—. Además menciona un bote...

—El *Happenstance* —interrumpió Theresa—. La carta menciona que solían navegar juntos. Probablemente sea un velero. Y también parece que tiene una tienda de buceo donde él y Catherine trabajaban.

—Bueno, eso ya es un inicio. Esto podría ser más fácil de lo que pensamos.

Deanna llamó primero al diario de la localidad, el *Wilmington Journal*. Pidió que la comunicaran con alguien que estuviera familiarizado con botes de vela y comenzó a charlar con Zack Norton, encargado de los deportes acuáticos. Después de explicarle que quería saber si existía un lugar que llevara un registro de los nombres de los botes, él le informó que no era así.

—Los botes se registran por medio de un número de identificación, casi como los autos —dijo arrastrando las palabras—, pero si tienen el nombre del propietario tal vez puedan averiguar el nombre del bote, si está anotado en el formulario. No es un dato que se solicite, pero mucha gente lo anota de cualquier manera.

Después de agradecer a Zack Norton por su tiempo y colgar, Deanna revisó de nuevo la lista de lo que sabían. Lo pensó un instante y luego decidió llamar a información para pedir los números de las tiendas de buceo del área de Wilmington. Theresa la miró mientras Deanna anotaba los números de las once tiendas que aparecían en la guía.

Colgó el teléfono y Theresa la miró con curiosidad.

—¿Qué les preguntarás cuando llames?

–Preguntaré por Garrett.

Theresa sintió que el corazón se le detenía un momento.

–¿Así nada más?

–Así nada más –respondió Deanna, que sonreía mientras marcaba. Le hizo una seña a Theresa para que descolgara la extensión–. Sólo en caso de que sea él –y las dos esperaron en silencio a que alguien respondiera en Atlantic Adventures, el primer nombre que les dieron.

Cuando por fin respondieron al teléfono, Deanna aspiró profundo y preguntó en tono cordial si Garrett estaba disponible para darle unas clases de buceo.

–Lo siento, creo que tiene el número equivocado –contestó la voz con rapidez.

Deanna pidió una disculpa y colgó el auricular. Con decisión, tomó la lista, vio el siguiente nombre y marcó el número. Esperaba una respuesta igual, pero se sorprendió mucho al notar que la persona en la línea titubeaba.

–¿Se refiere usted a Garrett Blake?

Theresa casi se cayó de la silla al escuchar el nombre. Deanna respondió que sí y el hombre que tomó la llamada continuó.

–Él trabaja en Island Diving. ¿Está usted segura de que nosotros no podemos ayudarla? Tenemos preparado un curso de buceo que iniciará pronto.

Deanna se excusó a toda prisa.

–No, lo siento. Necesito que sea Garrett. Se lo prometí –colgó el teléfono con una gran sonrisa–. Nos estamos acercando.

–No puedo creer que haya sido tan fácil. ¿De veras crees que sea el mismo Garrett?

Deanna inclinó la cabeza y enarcó una ceja.

–Bueno, lo sabremos muy pronto.

Volvió a llamar a información y obtuvo el número del registro de botes de Wilmington. Marcó, y cuando le respondieron pidió que la comunicaran con alguien que pudiera verificar una información.

–Mi esposo y yo estábamos allá de vacaciones –explicó–, cuando nuestro bote se descompuso. Este agradable caballero nos encontró y nos ayudó a regresar a la orilla. Se llamaba Garrett Blake y creo que el nombre de su bote era *Happenstance*.

La persona que respondió estaba más que dispuesta a ayudar. Deanna oyó el ruido de un teclado y luego un extraño bip. Después de un momento la mujer confirmó lo que Deanna y Theresa esperaban oír.

–Sí, aquí está. Garrett Blake. Ajá. El nombre está correcto, por lo menos de acuerdo con la información que tenemos. Aquí dice que tiene un velero que se llama *Happenstance*.

Deanna le dio las gracias con efusividad y colgó el teléfono, radiante.

–Garrett Blake –dijo con una sonrisa victoriosa–. Nuestro escritor misterioso se llama Garrett Blake.

Deanna le entregó una hoja de papel con el nombre. Theresa titubeó. Deanna la miró por un momento; luego tomó el teléfono una vez más.

–¿A quién llamas ahora?

–A mi agencia de viajes. Vas a necesitar un boleto de avión y un sitio dónde quedarte.

–Oye, todavía no decido si voy a ir.

–¡Ay! Claro que vas a ir.

–Pero...

–Pero nada –se detuvo un momento y el tono de su voz se suavizó–. Theresa, recuerda que no tienes nada que perder. Lo peor que podría pasar sería que regresaras en un par de días. Es todo.

Se miraron en silencio. Deanna tenía una sonrisita afectada en el rostro y Theresa sintió que el pulso se le aceleraba cuando se dio cuenta de lo definitivo de la decisión. “En realidad quiero hacerlo. No puedo creer que de verdad vaya a hacerlo”.

Su mente era un torbellino. Garrett Blake. Wilmington. Island Diving. *Happenstance*. Las palabras se repetían en su cabeza como si estuviera ensayando para un papel en una obra de teatro.

Deanna le dijo que se tomara el resto del día y el siguiente. Cuando se marchaba de la oficina Theresa sintió como si la hubieran obligado a hacer todo aquello, de la misma manera en la que ella presionó al doctor Shendakin. Sin embargo, en su interior estaba contenta, y cuando el avión aterrizó en Wilmington al día siguiente, Theresa Osborne todavía se preguntaba a dónde la llevaría todo aquello.

Capítulo Cuatro

Theresa se despertó temprano y se levantó para mirar por la ventana de su cuarto de hotel. El Sol de North Carolina creaba prismas dorados a través de la bruma de la mañana; abrió la puerta del balcón para refrescar el cuarto.

Pensó en lo fácil que había sido llegar hasta ahí. Menos de cuarenta y ocho horas antes había estado sentada con Deanna, revisando las cartas, haciendo llamadas telefónicas y buscando a Garrett. El plan que finalmente elaboró era sencillo. Iría a Island Diving y recorrería la tienda, con la idea de echarle un vistazo a Garrett Blake. Si parecía ser aproximadamente de su edad, entonces trataría de entablar conversación con él.

Se dio una ducha y se vistió con una blusa blanca de manga corta, pantaloncillos cortos de dril y un par de sandalias blancas. Quería tener un aspecto informal. Cuando estuvo lista para salir buscó la guía telefónica, la hojeó y garabateó en un papel la dirección de Island Diving. Después de respirar profundo dos veces, comenzó a caminar por el pasillo.

Se detuvo primero en una tienda, donde compró un mapa de Wilmington. A Kure Beach, Carolina Beach y Wrightsville Beach se llegaba por unos puentes que cruzaban desde la ciudad, y ahí era donde la mayor parte del tránsito parecía dirigirse. Después de llegar al camino que buscaba, Theresa detuvo el auto alquilado y buscó la tienda.

Island Diving estaba en un viejo edificio de madera descolorido por el aire húmedo, el salitre y la brisa marina; un costado de la tienda daba al canal navegable que corría a lo largo de la costa. El anuncio pintado a mano, colgaba de dos enmohecidas cadenas de metal y las ventanas tenían el aspecto empolvado que dejan miles de tormentas.

Theresa bajó del auto, se quitó el cabello del rostro y se dirigió a la entrada. Se detuvo antes de abrir la puerta para aspirar profundo y reunir valor. Luego entró.

Caminó por la tienda, se metió entre los pasillos y observó a los diversos clientes tomar y volver a colocar artículos en las repisas. Fue hasta la pared posterior, donde encontró una serie de recortes de diarios y de artículos de revistas enmarcados que colgaban sobre los estantes. Después de un vistazo rápido se inclinó hacia el frente para verlos más de cerca y de pronto se dio cuenta de que había encontrado la respuesta a la primera pregunta que tenía acerca del misterioso Garrett Blake.

Por fin sabía cómo era.

El primer artículo hablaba de buceo y el pie de foto decía simplemente: GARRETT BLAKE, DE ISLAND DIVING, PREPARA A SU CLASE PARA SU PRIMERA INMERSIÓN EN EL MAR.

En la fotografía un hombre ajustaba las cintas que sostenían el tanque a la espalda de un estudiante. Garrett daba la impresión de tener un poco más de treinta años, el rostro enjuto y el cabello corto y castaño que parecía haberse aclarado un poco por las horas pasadas bajo el Sol. Era aproximadamente cinco centímetros más alto que el estudiante y la camiseta sin mangas que llevaba puesta, dejaba ver los músculos fuertes y torneados de los brazos. La fotografía no era muy nítida, así que no pudo determinar con exactitud el color de los ojos.

El segundo artículo era acerca del *Happenstance*. Incluía ocho fotografías del bote desde diversos ángulos, por dentro y por fuera; todas detallaban su restauración. Theresa se enteró de que el bote estaba hecho por completo de madera, y que lo habían armado en Lisboa, Portugal, en 1927. Tenía una historia larga y llena de datos asombrosos, incluyendo que fue usado durante la Segunda Guerra Mundial para estudiar las guarniciones alemanas que se encontraban en las costas francesas. Con el paso del tiempo, el bote llegó hasta Nantucket, donde fue adquirido por un empresario local. Cuando Garrett Blake lo compró cuatro años atrás, necesitaba muchas reparaciones, y el artículo decía que él y Catherine, su esposa, lo habían restaurado.

Catherine...

Theresa buscó y halló la fecha del artículo: abril de 1992. No se mencionaba que Catherine hubiera muerto y, como una de las cartas que Theresa tenía había sido encontrada en Norfolk tres años antes, eso significaba que tal vez Catherine había muerto en el transcurso de 1993.

—¿Puedo servirla en algo?

Theresa se volvió de manera instintiva hacia la voz a sus espaldas. Un joven le sonreía y de pronto se alegró de haber visto la fotografía momentos antes. Aquel hombre, evidentemente, no era Garrett Blake.

—Es magnífico, ¿no le parece? —comentó el hombre.

—¿Quién? —preguntó Theresa.

—El *Happenstance*. Garrett, el dueño de esta tienda, lo reconstruyó. Es un velero maravilloso ahora que está terminado.

—¿Está aquí? Me refiero a Garrett.

—No. Está en los muelles. No volverá sino hasta más tarde. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, en realidad sólo estaba mirando.

—Muy bien, pero si puedo ayudarla, sólo dígamelo.

—Eso haré —le aseguró, y el joven regresó al mostrador que se encontraba al frente de la tienda. Theresa pasó los siguientes tres minutos fingiendo que miraba los diferentes artículos en los anaqueles y luego salió tras despedirse del joven.

Pero en lugar de dirigirse a su auto, se encaminó hacia el puerto.

Theresa encontró fácilmente la embarcación porque la gran mayoría de los botes eran blancos, mientras que el *Happenstance* tenía el color natural de la madera. Sin embargo, al aproximarse se dio cuenta de que no parecía haber nadie cerca. Luego de mirar si Garrett andaba por ahí, buscó el nombre en la parte posterior de la embarcación. Se trataba, en efecto, del *Happenstance*. Hizo a un lado el cabello que el viento le había hecho caer sobre el rostro y se dedicó a admirar el bote unos momentos. Era hermoso, elegante y tenía un acabado brillante. Era más original que los veleros atracados a su lado y entendió por qué en el diario se había elegido escribir un artículo sobre él. En cierta forma le parecía una versión en miniatura de los barcos de piratas que había visto en las películas.

Caminó durante algunos minutos, observándolo con detenimiento desde diferentes ángulos.

Por fin decidió que regresaría a Island Diving un poco más tarde. Era evidente que el hombre de la tienda estaba equivocado. Después de echar un último vistazo al velero, se volvió para marcharse.

Un hombre se hallaba de pie a menos de un metro de ella.

Era Garrett...

Sudaba por el calor de la mañana y su camiseta estaba húmeda en algunos lugares. Le había arrancado las mangas, por lo que dejaba al descubierto los músculos torneados de sus brazos y antebrazos. Llevaba unos pantaloncillos cortos caqui y zapatos deportivos de los que se usan sin calcetines para navegar en botes de vela, y se veía como alguien que pasa la mayor parte del tiempo, si no es que todo, cerca del mar.

Él la miró mientras ella daba un involuntario paso atrás.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó él.

Por un momento lo único que pudo hacer fue observarlo. A pesar de haber mirado antes su fotografía, se veía mejor de lo que había esperado, aunque no estaba segura de cuál era la razón. Alto, de hombros anchos, no era extremadamente atractivo, pero había algo seductor en él, algo muy masculino en su manera de plantarse frente a ella.

Ella se movió hacia el *Happenstance*.

—Sólo estaba admirando su bote. Es muy hermoso.

—Gracias —dijo él con amabilidad—. ¿Ya nos conocemos?

Theresa negó lentamente con la cabeza.

—Creo que no.

—Entonces, ¿cómo supo que el bote era mío?

Ella respondió con alivio:

–¡Ah! Vi su fotografía en la tienda, en los artículos que están en la pared. El joven dependiente dijo que usted estaría aquí y pensé que si era así podría venir a verlo por mí misma.

–¿Él le dijo que yo iba a estar aquí?

Ella guardó silencio mientras se esforzaba por recordar las palabras exactas.

–En realidad me dijo que usted se encontraba en los muelles. Yo simplemente supuse que se refería a este lugar.

Él asintió.

–Estaba en el otro bote, el que usamos para bucear.

Un pequeño bote de pesca hizo sonar su sirena y Garrett se volvió y saludó al hombre que iba de pie en la cubierta. Una vez que se hubo marchado, Garrett se volvió a verla de nuevo y le sorprendió notar lo hermosa que era. En un impulso bajó la mirada y tomó el pañuelo rojo que llevaba en el bolsillo trasero. Se limpió el sudor de la frente.

–Hizo un excelente trabajo de restauración –aseguró Theresa.

Él esbozó una sonrisa mientras guardaba el pañuelo.

–Gracias. Es usted muy amable.

Theresa miró primero el *Happenstance* mientras Garrett hablaba, y luego lo miró a él.

–Sé que no es asunto mío –dijo como quien no quiere la cosa–, pero, ¿le molestaría si le hago algunas preguntas sobre él?

Por la expresión del rostro se dio cuenta de que no era la primera vez que le pedían que hablara acerca del velero.

–¿Qué le gustaría saber?

Ella hizo su mejor esfuerzo para que pareciera una conversación ligera y casual.

–Bueno, ¿de ver dad se encontraba en tan malas condiciones cuando lo adquirió, como sugiere el artículo?

–En realidad estaba mucho peor –él se acercó y señaló los diversos puntos del bote conforme los mencionaba–. Gran parte de la madera se hallaba podrida cerca de la proa; le entraba agua por los costados... era un milagro que aún se mantuviera a flote. Terminamos reemplazando una buena parte del casco y tuvimos que lijar el resto por completo y luego sellarlo y barnizarlo de nuevo. Y eso sólo en el exterior. El interior requirió de muchísimo más tiempo.

Aunque ella notó que él habló en plural al responderle, decidió no comentarlo.

–Debe de haber sido mucho trabajo.

Theresa sonrió al decirlo y Garrett sintió que algo tocaba una fibra en su interior. Era muy bonita.

–Lo fue, pero valió la pena –comentó–. Es más divertido navegar en él que en otros botes.

–¿Por qué?

–Porque lo construyeron personas que lo usaban para ganarse la vida. Se esmeraron en su diseño y eso hace que navegar sea mucho más sencillo.

–Supongo que usted ha navegado desde hace mucho tiempo.

–Desde que era niño.

Ella asintió. Después de una breve pausa, Theresa dio un pequeño paso hacia el bote.

–¿No le molesta?

Él negó con la cabeza.

–No. Adelante.

Theresa se acercó y pasó la mano por el costado del casco. Garrett no pudo evitar observarla, notar su figura esbelta y cómo el cabello oscuro y lacio le rozaba los hombros, pero no fue sólo la manera en que ella lucía lo que atrajo su atención. Se veía lo segura que era por el modo en que se movía. De pronto Garrett percibió que parecía saber exactamente lo que los hombres sentían al acercarse a ella. Moviéndose la cabeza.

–¿Cuánto tiempo tardó en restaurarlo? –preguntó ella al tiempo que se volvía a mirarlo.

–Tuvo que pasar casi un año antes de que pudiéramos volver a meterlo al agua.

Theresa notó de nuevo el uso del plural.

Después de admirar el bote unos cuantos segundos más, volvió al lado del hombre. Por un momento ninguno de los dos dijo nada.

–Bueno –dijo ella por fin al tiempo que se cruzaba de brazos–, probablemente ya le quité demasiado tiempo.

–No se preocupe usted –le aseguró él–. Me encanta hablar acerca de botes.

–Es interesante. Siempre me ha parecido muy divertido.

–Parece como si nunca antes hubiera navegado.

Ella se encogió de hombros.

–Es verdad, nunca lo he hecho. No se me ha presentado la oportunidad.

Ella lo miró mientras hablaba y cuando los ojos de ambos se encontraron, Garrett se oyó decir unas palabras que ya no fue posible detener.

–Bueno, si quiere ir, por lo general lo saco a navegar después del trabajo. Es bienvenida si desea acompañarme esta tarde.

No estaba muy seguro de por qué había dicho aquello. “Tal vez”, pensó, “es el deseo de compañía femenina después de todos estos años, aunque sea por corto tiempo”. O tal vez tendría que ver con la manera en que los ojos de aquella mujer se iluminaban siempre que hablaba.

También Theresa se sorprendió un poco, pero decidió aceptar de inmediato.

–Me encantaría. ¿A qué hora?

–¿Qué le parece a las siete? El Sol comienza a bajar entonces y es el momento ideal para salir.

–A las siete me parece bien. Traeré algo de comer.

Ella pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro, mientras esperaba a ver si él decía algo más. Como no lo hizo, se ajustó el bolso en el hombro distraídamente.

–Bueno, entonces lo veré esta noche. Me parece que está bien aquí, en el bote.

–De acuerdo –respondió él–. Será divertido. Lo disfrutará.

–Estoy segura. Hasta luego.

Theresa le dio la espalda y comenzó a caminar por el muelle con el cabello flotando en la brisa. Mientras se alejaba, Garrett se dio cuenta de que había olvidado algo.

–¡Oiga! –le gritó.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo.

–¿Sí?

Él dio un par de pasos hacia ella.

–Olvidé preguntarle. ¿Cómo se llama?

–Soy Theresa. Theresa Osborne.

–Yo me llamo Garrett. Garrett Blake.

–Bueno, Garrett. Te veré a las siete.

Después de eso se alejó con paso rápido. Garrett observó su Porte; trató de comprender sus conflictivos sentimientos. Aunque una parte de él estaba emocionada por lo que acababa de pasar, otra parte sentía que había algo mal en todo ese asunto. Sabía que no tenía razón para sentirse culpable, pero la sensación estaba ahí definitivamente y deseó que hubiera algo que pudiera hacer.

Pero, por supuesto, no había nada que él pudiera hacer. Siempre le pasaba lo mismo.

El reloj marcó la hora de la comida y continuó su marcha hacia las siete, pero para Garrett Blake el tiempo se había detenido tres años antes, cuando Catherine bajó de la acera y un anciano que perdió el control de su auto la atropelló. En las semanas posteriores al accidente la furia que sentía hacia el

conductor se convirtió a poco en un dolor que lo hizo incapaz de decidir nada. Por las noches no podía dormir más de tres horas, lloraba cada vez que veía la ropa de Catherine en el clóset y bajó casi nueve kilos con su dieta que consistía en café y galletas Ritz. Su padre se hizo cargo temporalmente del negocio, mientras Garrett pasaba el tiempo en silencio en el porche de la parte trasera de su casa, tratando de imaginar el mundo sin ella. Algunas veces se quedaba ahí con la esperanza de que el aire húmedo y salado se lo tragara por completo y ya no tuviera que enfrentarse solo al futuro.

Lo que lo hacía todo tan difícil era que no podía recordar alguna época en la que ella no estuviera presente. Se habían conocido de casi toda la vida. En el tercer año fueron los mejores y él le regaló dos tarjetas el día de San Valentín, pero después se alejaron y sólo se veían de vez en cuando, mientras pasaban de un año escolar a otro. Catherine era flacucha y escuálida, la más bajita del grupo, y aunque Garrett siempre tuvo para ella un sitio especial en el corazón, nunca notó que poco a poco se convertía en una atractiva y joven mujer. Después de cuatro años en Chapel Hill, donde terminó sus estudios en biología marina, la encontró un día en Wrightsville Beach y ahí se dio cuenta de lo distraído que había sido. Ya no era la chica flacucha que él recordaba. En pocas palabras, estaba hermosa. Rubia y con aquellos ojos que encerraban un misterio infinito... y cuando por fin pudo cerrar la boca abierta por la sorpresa y le preguntó qué haría más tarde, comenzaron una relación que a la larga los condujo al matrimonio y a seis maravillosos años juntos.

En su noche de bodas, solos en la habitación de un hotel iluminada únicamente por la luz de las velas, ella le entregó las dos tarjetas de San Valentín que él le había dado cuando eran pequeños y rió a carcajadas por la expresión que vio en el rostro de Garrett cuando descubrió lo que eran.

—Claro que las guardé —le susurró mientras lo abrazaba—. Fue la primera vez que me enamoré y sabía que si te daba el tiempo suficiente volverías a mí.

Siempre que Garrett pensaba en Catherine la recordaba como era aquella noche o como se veía la última vez que salieron a navegar. Incluso recientemente esa tarde volvía a su mente con claridad, con el rubio cabello alborotado por la brisa, el rostro extasiado y sonriente.

—¡Siente la brisa! —exclamó ella emocionada, de pie en la proa del velero. Sujeta a una cuerda, se inclinaba contra el viento y su esbelta silueta se delineaba en el cielo brillante.

—¡Catherine, ten mucho cuidado! —le gritó Garrett mientras sostenía con firmeza el timón.

Ella se inclinó todavía más, con una expresión traviesa en el rostro.

—Oye, ¡lo digo en muy en serio! —volvió a gritarle él. Por un instante pareció como si se fuera a soltar. Garrett se alejó a toda prisa del timón sólo para oírla reír otra vez mientras se enderezaba. Siempre ligera de pies, regresó con gran facilidad hasta el timón y lo rodeó con los brazos.

Lo besó en la oreja y le susurró de manera juguetona:

—¿Te puse nervioso?

El la miró con actitud consternada.

—Siempre me pones nervioso cuando haces cosas como esa.

—No seas tan gruñón —le dijo mientras volvía a besarlo—. ¿Por qué no arriamos las velas y echamos el ancla?

—¿Ahora?

Ella asintió.

—A menos, claro, que prefieras navegar toda la noche —con actitud seductora abrió la puerta de la cabina y desapareció en el interior. Cuatro minutos más tarde el bote estaba anclado y él abrió la puerta para unirse a ella.

Garrett exhaló sonoramente para hacer desaparecer aquel recuerdo como si fuera de humo. Aunque podía recordar los sucesos que ocurrieron esa tarde, notó que conforme pasaba el tiempo se hacía más difícil visualizar con precisión el aspecto de su esposa. Ahora sólo podía verla con claridad por las noches, cuando soñaba con ella, pero al despertar siempre se sentía cansado y deprimido.

Su padre trató de ayudarlo lo mejor que pudo. El también había perdido a su esposa, así que sabía por lo que su hijo estaba pasando.

—No es bueno que siempre estés solo —le decía—. Es casi como si te hubieras dado por vencido.

Garrett sabía que había algo de verdad en aquellas palabras la pura y simple realidad era que no tenía el deseo de encontrar a nadie más.

Con el tiempo volvió a la tienda y comenzó de nuevo a trabajar, esforzándose por continuar con

su vida. Se acostumbró a vivir solo, a cocinar, a limpiar y a lavar su ropa.

Creía que ya estaba mejor, pero cuando llegó el momento de empacar las cosas de Catherine, no tuvo el valor de hacerlo, su padre se ocupó del asunto. Después de pasar un fin de semana buceando, Garrett volvió a su hogar para encontrarlo ya sin las pertenencias de su esposa. Sin ellas la casa se veía vacía; ya no tenía una razón para permanecer ahí. La vendió en menos de un mes y se mudó a una más pequeña en Carolina Beach.

A veces su padre comentaba que parecía estar un poco mejor, pero para Garrett nunca nada volvería a ser igual.

Garrett Blake llegó al muelle con un poco de anticipación, para preparar el *Happenstance*.

Su padre le había telefoneado precisamente cuando salía para dirigirse al muelle y Garrett recordó lo que hablaron.

—¿Te gustaría venir a cenar? —le había preguntado su padre. Garrett le respondió que no podía.

—Navegaré con alguien esta noche.

Su padre guardó silencio por un momento y luego preguntó:

—¿Con una mujer?

Garrett le explicó brevemente cómo había conocido a Theresa.

—Parece que estás nervioso por tu cita —comentó su padre.

—No es una cita. Sólo iremos a navegar.

—¿Es bonita?

—¿Y eso qué importa?

—No importa, de todas maneras a mí me parece que es una cita.

—No lo es.

—Si tú lo dices.

Garrett la vio acercarse por el muelle poco después de las siete, vestida con pantaloncillos cortos y una camiseta roja sin mangas; llevaba una pequeña cesta con comida en una mano y una camiseta de manga larga y una chaqueta ligera en la otra.

—¡Hola! —le dijo Theresa al llegar al bote—. Espero que no hayas esperado mucho tiempo.

—¡Ah, hola! No has tardado nada. ¿Puedo ayudarte? —preguntó y extendió un brazo.

Theresa le entregó sus cosas y él las puso en uno de los asientos de la cubierta. Cuando la tomó de las manos para ayudarla a subir al velero, ella pudo sentir la aspereza de los callos en las palmas. Una vez que estuvo a bordo, él se dirigió al timón con un pequeño paso atrás.

—¿Estás lista para partir?

—Cuando tú digas.

—Entonces pasa y siéntate. Voy a conducir esta nave al mar.

Theresa miró a su alrededor antes de encontrar un asiento en un rincón. Él dio vuelta a una llave y el motor comenzó a ronronear. Lentamente el *Happenstance* comenzó a retroceder para salir del embarcadero. Un poco sorprendida, Theresa dijo:

—No sabía que tenía motor.

El se volvió para responderle por encima del hombro.

—Sólo tiene uno pequeño... apenas lo suficiente para alejarse y acercarse al embarcadero.

Una vez que el *Happenstance* estuvo seguro en las aguas del canal navegable al lado de la costa, Garrett apagó el motor y puso la nave a servirse del viento. Primero se colocó unos guantes y luego izó la vela con mucha rapidez. La brisa inclinó al *Happenstance* y, en un veloz movimiento, Garrett volvió al timón. Theresa sintió cómo aumentaba poco a poco la velocidad.

—Muy bien, creo que ya está —dijo—. Me parece que podremos lograrlo sin tener que virar por adelante.

Avanzaron hacia la caleta. Theresa sabía que él estaba concentrado en lo que hacía, por lo que guardó silencio y miró a su alrededor. Como la mayoría de los veleros, aquel tenía dos niveles: la cubierta exterior en la que se encontraba, y la cubierta delantera, aproximadamente un metro más arriba y que se extendía hasta el frente de la nave. Ahí estaba situada la cabina.

Las velas retumbaban con fuerza mientras se movían contra el viento. El agua rozaba los costados del bote y algunas golondrinas de mar volaban en círculos directamente sobre ellos, deslizándose por las corrientes que ascendían. Todo parecía estar en movimiento.

Theresa se colocó la camiseta de manga larga que había llevado. El aire era mucho más fresco que cuando había partido. El sol comenzaba a ponerse y una luz pálida se reflejaba en las velas, arrojando sombras sobre la mayor parte de la cubierta.

Unas olas, provocadas por una nave más grande que pasaba a lo lejos, hicieron que el velero se bamboleara y Theresa se levantó para acercarse a Garrett. Él volvió a hacer girar el timón, esta vez con más rapidez. Theresa lo miró hasta que el velero estuvo seguro fuera de la caleta.

Una vez que hubo distancia suficiente entre el *Happenstance* y los demás botes, Garrett ató un pequeño lazo en la cuerda de la vela de foque y lo enredó en el timón.

—Muy bien, con eso será suficiente —dijo—. Podemos sentarnos si quieres.

—¿No tienes que guiarlo?

—Para eso es el lazo. A veces, cuando el viento cambia constantemente de dirección, hay que sostener el timón todo el tiempo, pero hoy tuvimos suerte con el clima. Podríamos navegar con este rumbo durante horas.

El Sol poniente descendía en el cielo vespertino a sus espaldas y Garrett guió a Theresa de vuelta a donde había estado sentada. Se acomodaron en un rincón, ella en el costado y él contra la parte posterior del barco. Al sentir el viento en la cara, Theresa echó su cabello hacia atrás y miró el agua.

—Es muy hermoso —comentó al tiempo que se volvía hacia él—. Gracias por invitarme.

—De nada. Es agradable tener compañía de vez en cuando.

Ella sonrió al escuchar la respuesta.

—¿Por lo general navegas solo?

Garrett se retrepó en el asiento antes de contestar y estiró las piernas al frente.

—Casi siempre. Es una buena forma de relajarse después del trabajo. Sin importar lo intenso que haya sido el día, una vez que llego aquí, el viento parece llevarse todo.

—Pero te gusta tu trabajo, ¿o no?

—Sí, me gusta. No cambiaría lo que hago por nada del mundo —se detuvo y ajustó su reloj de pulsera—. Así que... Theresa, ¿a qué te dedicas?

Ella guardó silencio apenas por un instante.

—Soy articulista del *Times* de Boston. Escribo sobre temas de interés para padres.

Ella le notó la expresión de sorpresa en los ojos, era la misma que observaba cada vez que salía con alguien nuevo. “Lo mejor será decírselo de una vez”, pensó.

—Tengo un solo hijo —continuó—. Se llama Kevin y tiene doce años. Ahora está con su padre, en California. Hace tiempo que nos divorciamos.

Garrett asintió sin hacer ningún comentario y luego preguntó:

—¿Te gustaría conocer el resto de la nave?

Ella asintió.

—¡Me encantaría!

Garrett se levantó y revisó las velas de nuevo antes de guiarla al interior de la cabina. A la izquierda se encontraba un asiento que corría a todo lo largo de un costado del bote. Frente a éste se hallaba una mesa pequeña apenas con espacio suficiente para dos personas. Cerca de la puerta había un lavabo y una cocina portátil con un diminuto refrigerador abajo, y más adelante podía ver una puerta

que llevaba al camarote donde estaba la cama.

Garrett se colocó a un lado de ella con las manos en la cadera mientras Theresa exploraba el interior. Después de un momento, ella comentó:

–Desde afuera no parece tan amplio.

–Lo sé –él se aclaró la garganta un tanto incómodo–. Es sorprendente ¿no es cierto?

La rodeó y se inclinó para tomar una lata de Coca-Cola del pequeño refrigerador.

–¿Quieres beber algo?

–Claro –respondió ella. Tocó con suavidad las paredes para sentir la textura de la madera.

Él se enderezó y le entregó una lata. Los dedos de ambos se tocaron por un instante cuando ella la tomó.

Theresa la abrió y le dio un trago antes de colocarla en la mesa.

Mientras él tomaba su propia bebida, ella dirigió su atención a una foto enmarcada que colgaba de la pared. En ella Garrett se veía mucho más joven; estaba de pie en el muelle al lado de un pez vela.

–Veo que te gusta pescar –dijo. El se aproximó y Theresa pudo sentir el calor de la cercanía. Garrett olía a viento, a sal.

–Sí, así es –respondió en voz baja–. Mi padre fue pescador de camarones y yo crecí casi en el agua.

–¿Cuándo tomaron esta fotografía?

–Hace diez años aproximadamente. La tomaron antes de que regresara yo a la universidad para mi último año de estudios.

Ella volvió a mirar la fotografía.

–¿El que está a tu lado es tu padre?

–Sí.

–Te pareces a él –le aseguró.

Garrett le sonrió preguntándose si el comentario sería un cumplido o no. El le indicó la mesa y Theresa se sentó frente a él.

Una vez que estuvo cómoda, le preguntó:

–¿Dices que fuiste a la universidad?

Él la miró a los ojos.

–Sí. Fui a North Carolina University y estudié biología marina. Después de graduarme trabajé para el Instituto Marítimo Duke, como especialista en buceo, pero no se gana mucho dinero. Así que obtuve un certificado para enseñar y comencé a tener alumnos los fines de semana. La tienda vino después –enarcó una ceja–. ¿Y qué me dices de ti?

–Crecí en Omaha, Nebraska, y fui a la universidad en Brown. Llevo nueve años en el *Times*.

–¿Te gusta ser articulista?

Ella lo meditó un momento.

–Es un buen empleo –respondió por fin–. Puedo recoger a Kevin después de la escuela y tengo la libertad de escribir lo que yo quiera. Además me pagan bastante bien, pero... –se detuvo–. Supongo que en este momento soy la típica madre soltera con demasiado trabajo, si sabes a lo que me refiero.

Él asintió y comentó con suavidad.

–La vida no siempre resulta como esperamos, ¿verdad?

–No, supongo que no –concordó ella y de nuevo las miradas se encontraron. La expresión de Garrett hizo que ella se preguntara si él acababa de decirle algo que casi nunca mencionaba a nadie más. Le sonrió y se inclinó hacia él.

–¿Ya quieres comer? Traje algunas viandas en la canasta.

–Cuando quieras. ¿Prefieres comer aquí o afuera?

–Afuera, definitivamente.

Tomaron sus latas de gaseosas y salieron de la cabina. Garrett le indicó que se adelantara.

—Dame un minuto para echar el ancla —le dijo— así podremos comer sin tener que revisar el bote a cada minuto.

Theresa se sentó y abrió la canasta que había llevado. En el horizonte, el Sol se hundía tras un banco de cúmulos. Sacó un par de sándwiches envueltos en papel celofán y un par de recipientes desechables que contenían ensalada de papa y col recién hecha.

Miró a Garrett mientras bajaba las velas de espaldas a ella y volvió a notar lo fuerte que era. Los músculos de los hombros se veían más grandes, ensanchados por lo breve de la cintura. Theresa no podía creer que en realidad estuviera navegando con él, cuando sólo dos días antes se encontraba en Boston. Toda aquella situación le parecía irreal.

Una vez que el bote se detuvo por completo, Garrett arrojó el ancla. Luego se sentó al lado de Theresa.

—Está todo bien? —preguntó ella. Él asintió

—Sólo pensaba que si el viento sigue aumentando tendremos que virar por adelante más a menudo en nuestro camino de regreso.

Theresa puso en un plato un poco de ensalada de papa y col al lado de un sándwich y se lo entregó, consciente del hecho de que él estaba sentado más cerca que antes.

—¿Entonces tardaremos más en regresar?

—Un poco, pero no habrá problema a menos que el viento se detenga por completo. En el mar por lo general eso no sucede.

—¿Por qué?

Él sonrió divertido.

—Bueno, porque las diferencias de temperatura provocan el viento: esto ocurre si el aire caliente deja su sitio al aire frío. Para que el viento deje de soplar se necesita que la temperatura sea exactamente igual a la temperatura del agua por varios kilómetros. Aquí el aire por lo general es cálido durante el día, pero tan pronto como el Sol comienza a ocultarse, la temperatura baja con rapidez. Es por eso que el atardecer es el mejor momento para salir a navegar, cuando la temperatura está cambiando constantemente.

—Y, ¿qué sucede si no hay viento?

—Las velas ya no se hinchán y la nave se detiene. Se queda uno, sin fuerza para moverse.

—Y, ¿qué se hace entonces?

—Nada, en realidad. Sólo puede uno sentarse a esperar.

—Suenan placentero.

—Lo es —repentinamente incómodo, alejó la vista de la penetrante mirada de Theresa—. Bueno, pero hágame de ti. ¿Dices que estuviste casada?

Ella asintió.

—Durante ocho años. Pero David, así se llama, pareció perder el interés en la relación. Acabó teniendo una aventura. Simplemente no pude soportarlo.

—Yo tampoco podría —aseguró Garrett con suavidad—, pero eso no lo hace más fácil.

—No —guardó silencio y tomó un sorbo de su bebida—, pero es un buen padre para Kevin. Es lo único que me interesa de él ahora.

Una enorme ola pasó por debajo del casco y Garrett volvió la cabeza para asegurarse de que el ancla se mantenía firme. Cuando volvió a mirarla, Theresa le dijo:

—Bueno, es tu turno. Hágame de ti.

Garrett le habló sobre su infancia en Wilmington como hijo único. Le dijo que su madre había muerto cuando él contaba con sólo doce años. Le narró sus experiencias cuando abrió la tienda y cómo eran sus días habituales. Curiosamente no le contó nada acerca de Catherine.

Mientras charlaban, el cielo se oscureció y la niebla comenzó a rodearlos. Mientras el velero se mecía ligeramente sobre las olas, una especie de intimidad descendió sobre ellos.

Al llegar a una pausa en la conversación, Garrett se retrepó en el asiento y se pasó las manos por el cabello. Cerró los ojos y pareció estar saboreando un momento de silencio sólo suyo.

La última vez que navegaron juntos, Catherine sorprendió a Garrett con una cena acompañada con vino y a la luz de las velas en la que charlaron tranquilamente por horas. El mar estaba en calma y el suave subir y bajar de las olas los reconfortaba como si tratara de un viejo amigo.

Esa noche, después de hacer el amor, Catherine estaba acostada al lado de Garrett y le acariciaba el pecho suavemente con los dedos sin decir nada.

—¿En qué piensas? —preguntó él por fin.

—Sólo en que no creí posible amar a alguien tanto como te amo a ti —susurró ella.

—Tampoco yo lo creía —respondió él con suavidad—. No sé lo que haría si me faltaras.

—¿Puedes prometerme algo?

—Lo que quieras.

—Si algo me llegara a pasar, prométeme que buscarás a alguien para que esté a tu lado.

—No creo que pueda amar a nadie más que a ti.

—Sólo prométemelo, ¿sí?

Él tardó un momento en responder.

—Muy bien. Si eso te hace sentir mejor, te lo prometo. Catherine se apretó contra él.

—Soy muy feliz, Garrett.

Cuando el recuerdo se desvaneció por fin, Garrett se aclaró la garganta

—Bien, me parece que ya es hora de emprender el viaje de regreso —dijo.

Minutos después el velero se encontraba de nuevo en camino. Garrett permaneció en el timón, manteniendo al *Happenstance* en rumbo. Theresa estaba de pie cerca de él, con la mano en la barandilla. Ninguno de los dos habló durante un largo rato y Garrett Blake comenzó a preguntarse por qué se sentía tan confundido.

Las luces de los edificios situados al borde de la costa parpadeaban en la niebla que poco a poco se hacía más espesa. Conforme el *Happenstance* se aproximaba a la orilla, Theresa se dio cuenta de pronto que era poco probable que se vieran de nuevo. En unos cuantos minutos estarían de regreso en los muelles y se despedirían.

Llegaron hasta la caleta y dieron vuelta hacia el puerto. Garrett mantuvo izadas las velas casi hasta el mismo lugar en que las había desplegado cuando partieron; luego las arrió con el mismo ahínco con el que guió la nave durante toda la velada. El motor cobró vida de nuevo y en unos cuantos minutos pasaron entre los botes que habían estado atracados toda la tarde. Al llegar al muelle, mientras Garrett descendía de un salto para asegurar al *Happenstance* con una sogá, Theresa permaneció de pie en la cubierta.

Theresa se dirigió hacia la popa del bote para recoger la canasta y su chaqueta, pero se detuvo. Lo pensó un instante y tomó canasta, pero en lugar de recoger su chaqueta, la empujó para que quedara oculta a medias bajo el cojín del asiento. Se dirigió hasta el costado del bote y Garrett le tendió una mano. De nuevo sintió la fuerza de aquella mano cuando la sujetó al dar el paso para bajar al muelle.

Se miraron por un momento, como si se preguntaran qué pasaría después; luego Garrett se acercó al velero.

—Como tengo que dejarlo cerrado y voy a tardar algunos minutos. ¿Puedo acompañarte a tu auto primero?

—Claro —respondió ella y comenzaron a caminar juntos por el muelle. Cuando llegaron al auto, Garrett la miró mientras ella quitaba el seguro de la puerta y la abría.

—Pasé una velada maravillosa —comentó ella.

—También yo.

Por un momento las miradas de ambos se encontraron.

—Es mejor que me vaya —dijo él a toda prisa—. Mañana tengo que levantarme temprano —ella asintió y, sin saber qué otra cosa hacer, Garrett le tendió la mano—. Theresa, me dio gusto conocerte. Espero que disfrutes el resto de tus vacaciones.

—Gracias por todo, Garrett. Fue un placer conocerte.

Tomó asiento tras el volante y encendió el motor. Garrett cerró la puerta y esperó a que ella

arrancara. Theresa le sonrió por última vez, echó un vistazo al espejo retrovisor y lentamente movió el auto marcha atrás. Una vez que se alejó, Garrett regresó a los muelles, preguntándose por qué se sentía tan intranquilo.

Veinte minutos más tarde, Theresa estaba de vuelta en su habitación del hotel. Después, tendida en la cama, pensó en Garrett. Apagó la lámpara de la mesa de noche y cuando se acostumbró a la oscuridad, miró hacia el espacio entre las dos cortinas que no estaban totalmente cerradas. La Luna, en cuarto creciente, brillaba en el cielo y un poco de su luz se filtraba e iluminaba la cama. Al contemplarla se sintió incapaz de quitarle la vista de encima, hasta que por fin se relajó y cerró los ojos para dormir.

Capítulo Cinco

—Hijo, me gustaría que me lo contaras todo de una vez, ¿qué fue exactamente lo que pasó después?

Jeb Blake se inclinó sobre su taza de café; tenía la voz áspera. A sus casi setenta años de edad, era delgado, alto y de rostro curtido. Con escasos cabellos blancos y la nuez de Adán sobresaliéndole en el cuello como si se tratara de una pequeña ciruela. En los brazos tenía tatuajes además de cicatrices y los nudillos siempre se le veían hinchados por tantos años de trabajo rudo en la pesca del camarón.

—Nada. Se subió a su auto y se marchó.

Jeb Blake miró a Garrett mientras enrollaba el primero de los doce cigarrillos que fumaría ese día.

—Bueno, eso suena como desperdiciar una oportunidad, ¿no te parece, hijo?

Garrett se sorprendió ante su franqueza.

—No, papá. No fue un desperdicio. Pasó un buen rato anoche. Disfruté de su compañía.

—Pero no volverás a verla.

Garrett tomó un sorbo de café y negó con la cabeza.

—Lo dudo. Como ya te dije, está aquí de vacaciones.

—¿Por cuánto tiempo?

—No sé. No le pregunté. Y de cualquier manera, ¿por qué estás tan interesado? Salí a navegar con alguien y pasé un buen rato. No hay mucho más que pueda decir al respecto.

Jeb se inclinó de nuevo sobre su taza de café.

—Te gustó, ¿no es cierto?

—Sí, papá, sí, pero como te dije, es probable que no vuelva a verla. No sé en qué hotel se hospeda y hasta es posible que se marche hoy mismo.

Su padre lo miró en silencio durante un momento antes de plantearle con cuidado la siguiente pregunta.

—Pero, si ella siguiera aquí, y tú supieras dónde se hospeda, ¿crees que te interesaría?

Garrett miró hacia otro lado sin responder y Jeb estiró la mano por encima de la mesa para tomar a su hijo por el brazo.

—Hijo, han pasado tres años. Sé que la amabas, pero la vida sigue adelante.

Unos cuantos minutos más tarde terminaron sus tazas de café. Garrett dejó caer un par de dólares sobre la mesa y siguió a su padre por la salida de la cafetería, hasta su camión en el estacionamiento.

Cuando por fin llegó a la tienda, en su mente se arremolinaban las ideas. Incapaz de concentrarse en el papeleo en el que tenía que trabajar, decidió volver a los muelles para terminar la reparación del motor que había comenzado un día antes. Ciertamente tenía que pasar algún tiempo en la tienda ese día, pero en ese momento necesitaba estar a solas.

Al quitar la cubierta del motor, pensó en la charla que había sostenido con su padre. Él tenía razón, pero Garrett no sabía cómo dejar de experimentar aquel sentimiento. Catherine lo había sido todo para él. Lo único que tenía que hacer era mirarlo y sólo con eso él sentía como si de pronto todo en el mundo estuviera bien. Perder algo así... simplemente le mostraba *que algo andaba mal*. ¿Por qué le sucedió a ella entre todos los mortales? Durante meses permaneció en vela por las noches preguntándose qué habría pasado si... si ella hubiera esperado un segundo más antes de cruzar la calle, ¿qué habría sucedido si se hubieran tardado unos cuantos minutos más en desayunar? Miles de preguntas, y sin embargo ahora no estaba más cerca de comprenderlo de lo que había estado cuando sucedió.

El Sol se elevó en el cielo mientras él trabajaba sin descanso y tuvo que secarse el sudor que le perlaba la frente. Recordó que el día anterior, casi a esa misma hora, había visto a Theresa caminar en el muelle hacia el *Happenstance*. Cuando se dio cuenta de que se detenía frente a su bote se sorprendió.

Pensó que se detendría sólo por un instante, pero después notó que ella había ido a ver al *Happenstance*.

Hubo algo extraño en la manera en que ella lo miró por primera vez. Fue casi como si lo reconociera, como si supiera algo más sobre él de lo que admitía...

Le dijo que había leído los reportajes que estaban en la tienda... tal vez de ahí provenía aquella curiosa expresión que tenía en el rostro. Era la única explicación plausible, pero aun así algo no parecía encajar muy bien en todo ese asunto.

No es que fuera importante.

Poco antes de las once se encaminó a la tienda. Ian, uno de los empleados que contrataba durante el verano, estaba al teléfono, y cuando Garrett entró, le entregó tres mensajes. Los primeros dos eran de proveedores.

Leyó el tercero mientras se dirigía a su oficina y se detuvo al darse cuenta de quién se lo había dejado. Se aseguró de que no se tratara de un error, entró en su oficina y cerró la puerta a sus espaldas. Tomó el teléfono y marcó el número.

Theresa Osborne respondió al segundo timbrazo.

—Hola, Theresa. Habla Garrett. Tengo un mensaje que dice que me llamaste.

—¡Ah! Hola, Garrett. Gracias por comunicarte conmigo. Olvidé mi chaqueta en el velero anoche y me preguntaba si no la habrías encontrado.

—No la vi, pero iré de una carrera a echar un vistazo.

—¿No será mucha molestia?

—En absoluto. Te llamaré en cuanto la encuentre.

Garrett se despidió de ella, salió de la tienda y se encaminó a toda prisa hacia el *Happenstance*. En cuanto subió a bordo, vio la chaqueta cerca de popa, casi oculta bajo uno de los cojines de los asientos.

De vuelta en su oficina, marcó el número escrito en el papel. Esta vez, ella contestó de inmediato.

—Habla Garrett otra vez. Encontré tu chaqueta.

—Muchas gracias por ir a buscarla —parecía aliviada—. ¿Podrás guardármela? Puedo pasar por tu tienda en veinte minutos para recogerla.

—Con mucho gusto —respondió él. Después de colgar el teléfono, se retrepó en la silla y pensó en lo que acababa de ocurrir. “Aún no se marcha”, pensó, “y podré verla de nuevo”.

Y no es que fuera importante, por supuesto.

Theresa llegó veinte minutos más tarde, vestida con pantaloncillos cortos y una blusa escotada y sin mangas que la hacían lucir maravillosa. Le sonrió y lo saludó. Garrett se encaminó hacia ella con la chaqueta en la mano.

—Aquí tienes, como nueva —comentó mientras extendía el brazo para entregársela.

—Gracias por haberla encontrado —le dijo Theresa y algo en los ojos de ella hizo resurgir la atracción inicial que había experimentado el día anterior. Sin darse cuenta comenzó a rascarse un lado de la cara.

—No es nada. Creo que el viento la empujó hasta donde estaba.

—Sí, eso supongo —respondió ella con un leve encogimiento de hombros y Garrett observó cómo se ajustaba el tirante de la blusa con una mano. Dijo lo primero que se le ocurrió:

—La pasé muy bien anoche.

—También yo.

Al decirlo, Theresa lo miró a los ojos y Garrett sonrió con infinita dulzura.

—¿Viniste hasta acá sólo para recoger tu chaqueta o también planeabas visitar algún lugar turístico?

–Sólo iba a comer –lo miró con expectación–. ¿Podrías sugerirme algo?

Él lo pensó un momento antes de responder.

–Me gusta comer en Hank's, allá en el muelle. La vista es fantástica tienen excelentes camarones y ostras.

Ella esperó por si él añadía algo más y al ver que no lo hacía miró hacia otro lado, a las ventanas. Por fin, él se animó.

–Me encantaría llevarte si quieres ir acompañada.

Ella sonrió.

–Me daría mucho gusto, Garrett.

Con una expresión de alivio en el rostro la condujo a través de la tienda y salieron por la puerta posterior.

Hank's se fundó casi al mismo tiempo que cuando construyeron el muelle y contaba por igual entre su clientela con turistas y lugareños. Un poco rústico, pero de mucha tradición, sus pisos de madera estaban ya raspados por los años del roce de zapatos llenos de arena, y sus enormes ventanales tenían vista al mar. Las mesas y las sillas eran de madera maciza y se veían desgastadas por el uso de los cientos de visitantes que habían acudido al lugar.

–Confía en mí –insistió él mientras se dirigían a una mesa–. La comida aquí es excelente a pesar del aspecto del restaurante.

Eligieron una mesa cerca de un rincón y Garrett hizo a un lado un par de botellas vacías de cerveza que aún no recogían. Los menús con cubiertas de plástico estaban colocados entre botellas de salsa Tabasco, salsa tártara y otra cuya etiqueta sólo decía HANK'S. Theresa miró a su alrededor y notó que casi todas las mesas estaban ocupadas.

–Está lleno –comentó mientras se ponía cómoda.

–Siempre está igual. Tuvimos suerte de conseguir mesa.

Ella miró el menú.

–¿Qué me recomiendas?

–¿Te gusta el pescado?

–Me encanta.

–Entonces prueba el atún o el delfín. Los dos son deliciosos.

–¿Delfín?

El rió.

–No es como Flipper, el delfín del programa televisivo. Se trata de un pez delfín. Así lo llamamos por aquí.

–Creo que prefiero el atún –respondió ella con un guiño–, sólo para estar segura.

–¿Crees que sería capaz de inventar algo así?

Ella le respondió en tono de broma.

–Recuerda que apenas nos conocimos ayer. Aún no sé de lo que eres capaz.

–Me ofendes –respondió él en el mismo tono y ella sonrió. Garrett también se rió y después de un momento ella lo sorprendió al inclinarse sobre la mesa y tocarlo fugazmente en el brazo. De pronto se dio cuenta de que Catherine solía hacer lo mismo para llamar su atención.

–¿Hay alguien que atienda aquí o tenemos que pescar y cocinar nuestro propio pescado?

–Malditos yanquis –masculló mientras movía la cabeza, y ella volvió a reír.

Unos minutos más tarde llegó la camarera y les tomó la orden. Los dos pidieron cerveza y, después de dejar la orden en la cocina, la camarera les llevó dos botellas a la mesa.

–¿Sin vasos? –preguntó Theresa con una ceja arqueada después de que la camarera se retiró.

–Sí. Nada como la elegancia de este lugar.

–Ya veo por qué te gusta tanto.

–¿Acaso es un comentario acerca de mi falta de buen gusto?

–Depende de cuán seguro te sientas de lo que recomiendas.

–Hablas como si fueras psiquiatra.

–No soy psiquiatra, pero sí soy madre y eso me convierte en algo así como una experta en la naturaleza humana.

–¿Ah, sí?

–Eso es lo que le digo a Kevin.

Garrett tomó un sorbo de su cerveza.

–¿Ya hablaste con él hoy?

Ella asintió y también tomó un trago de su bebida.

–Sólo tinos minutos. La está pasando muy bien con su padre. David siempre ha sido bueno con él. Cuando Kevin va para allá espera divertirse.

Garrett la miró con curiosidad.

–No pareces estar muy segura.

Ella titubeó antes de continuar.

Bueno, sólo espero que no se desilusione más tarde. David y su esposa comenzaron una familia y tan pronto como el bebé crezca será más difícil que David y Kevin estén juntos a solas.

Garrett se inclinó hacia el frente mientras hablaba.

–Es imposible proteger a nuestros hijos contra los desengaños de la vida.

–Lo sé, te lo aseguro. Es sólo que...

Guardó silencio y Garrett terminó la idea por ella.

–Es tu hijo y no quieres verlo lastimado.

–Precisamente –algunas gotas de agua se habían empezado a condensar en la botella de su bebida y Theresa comenzó a desprender la etiqueta. Otra vez hacía lo mismo que a Catherine le gustaba. Garrett tomó otro sorbo de cerveza y obligó a su mente a concentrarse en la conversación.

–No sé qué decir, salvo que si Kevin se parece en algo a ti, estoy seguro de que saldrá adelante.

–¿A qué te refieres?

El se encogió de hombros.

–La vida no es sencilla para nadie... ni siquiera la tuya. Al verte superar las adversidades, él también aprenderá a hacerlo.

–Ahora eres tú el que parece psiquiatra.

–Sólo te digo lo que aprendí mientras crecía. Tenía casi la edad de Kevin cuando mi madre murió de cáncer. El hecho de ver a mi padre me enseñó que debía continuar con la vida, sin importar lo que ocurriera.

–¿Tu padre vive aquí todavía? –preguntó ella.

–Sí. Lo he visitado mucho últimamente. Tratamos de reunirnos por lo menos una vez a la semana. Le gusta mantenerme por el buen camino.

Ella sonrió

–Igual que a la mayoría de los padres.

Llegó la comida y ellos continuaron la conversación mientras Comían. Garrett le contó algunas de las aventuras que había tenido mientras navegaba en bote de vela o buceaba. Ella lo escuchó, fascinada. Las historias que los hombres le contaban en Boston trataban, por lo general, de sus logros en el ámbito de los negocios. Garrett le hablaba de las criaturas del mar que había visto mientras buceaba y de lo que se sentía que lo persiguiera un tiburón martillo. En comparación con la noche anterior, estaba relajado. Había energía en la manera en que le hablaba, y a Theresa le pareció atractivo el cambio.

Cuando llegó la cuenta, Garrett dejó la propina en la mesa y se levantó para que se fueran.

—¿Estás lista?

—Si tú lo estás, yo también. Y muchas gracias por la comida. Estuvo deliciosa.

Mientras se dirigían hacia la puerta del frente, ella esperaba que Garrett quisiera volver a la tienda de inmediato, pero él la sorprendió al sugerir algo diferente.

—¿Te gustaría caminar por la playa?

Al ella contestar que sí, él la condujo a un costado del muelle y bajaron unos escalones. Cuando llegaron a la zona donde la arena está más dura, a la orilla del agua, los dos se detuvieron un momento para quitarse los zapatos.

Comenzaron a caminar en silencio, contemplando el paisaje

—¿Esta playa es parecida a las que están en el norte? —preguntó Garrett.

—Sí, a algunas, pero el agua es mucho más cálida aquí. ¿Nunca has visitado las playas del norte?

—Nunca he salido de North Carolina.

Ella sonrió.

—Eres todo un viajero, ¿eh?

Él rió por lo bajo.

—No, pero no creo estarme perdiendo de mucho —después de algunos pasos, cambió de tema—. Así que... ¿cuánto ti quedarás en Wilmington?

—Hasta el domingo. Tengo que volver al trabajo el lunes.

“Cinco días más”, pensó él.

Pasaron algunos segundos antes de que Garrett volviera a hablar.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Depende de la pregunta.

Él se detuvo un momento, recogió un par de conchas y se las entregó.

—¿Sales con alguien allá en Boston?

Ella tomó las conchas y respondió.

—No.

—¿Por qué no? Una mujer como tú debe tener de dónde elegir.

Ella sonrió ante el comentario y lentamente comenzaron a caminar de nuevo.

—Gracias. Eres muy gentil al decir eso, pero no es tan sencillo, en especial cuando se tiene un hijo —se detuvo—. Y, ¿qué me dices de ti? ¿Sales con alguien?

Él negó con la cabeza.

—No. Supongo que no conozco a nadie en este momento con quien quiera salir.

—¿Eso es todo?

Era el momento de la verdad y los dos lo sabían. Theresa sintió cómo se tensaba hasta la última fibra de su ser.

—Estuve casado —dijo Garrett—. Ella murió.

—Lo lamento —respondió Theresa en voz baja.

—Sucedio hace tres años. Desde entonces perdí el interés por salir con alguien o por buscar pareja —guardó silencio.

—Debes sentirte solo algunas veces —comentó Theresa.

—Así es, pero trato de no pensar mucho en eso. Me mantengo ocupado en la tienda y eso me ayuda a que pasen los días.

Al ver que Garrett se quedó en silencio, Theresa le preguntó:

—¿Cómo era ella?

—¿Catherine? —se le secó la garganta—. ¿De verdad te interesa saberlo?

Una parte de él quería que Theresa comprendiera. A pesar suyo se perdió en el pasado una vez más.

–Hola, corazón –saludó Catherine mientras levantaba la mirada desde el jardín–. No te esperaba en casa tan temprano.

–Tuvimos menos clientes en la tienda esta mañana y se me ocurrió que podría venir a casa para comer y ver cómo te sientes.

–Ya estoy mucho mejor.

–¿Crees que haya sido gripe?

–No lo sé con exactitud. Tal vez fue algo que comí. Casi una hora después de que te marchaste me sentí mucho mejor y vine aquí a hacer un poco de jardinería –señaló hacia una pequeña parcela que acababa de sembrar.

–Es maravilloso, pero usaste toda la tierra posible en tu persona, ¿no crees que debiste dejar un poco de tierra para las flores?

Ella se limpió la frente con el dorso de la mano y se puso de pie, mirándolo con los ojos entrecerrados porque la brillante luz del Sol los lastimaba.

–¿Me veo muy sucia?

Tenía las piernas negras por haber estado arrodillada en la tierra y un manchón de lodo le cubría la mejilla. Le salían algunas guedejas de la enmarañada cola de caballo y se le veía el rostro sudoroso y enrojecido por el esfuerzo.

–Te ves perfecta.

Catherine se quitó los guantes y los arrojó al porche.

–No soy perfecta, Garrett, pero gracias. Vamos, te daré algo de comer. Sé que tienes que regresar a la tienda.

Suspiré y se volvió hacia Theresa, que lo miraba expectante. Habló con suavidad.

–Catherine era todo lo que siempre quise: bonita, encantadora y con un gran sentido del humor. Me apoyaba en todo lo que hacía. Ella... –guardó silencio al no encontrar las palabras–. No sé si alguna vez me acostumbraré a estar sin ella.

Theresa se sintió mucho más triste de lo que hubiera imaginado. No era sólo el tono de la voz, sino la expresión del rostro mientras la describía... como si aquel hombre se desgarrara entre la belleza y el dolor del recuerdo.

–Lo lamento –dijo él–. No quería que sonara así.

Theresa reaccionó sin pensarlo. Dio un paso hacia él y lo tomó de la mano. La sujetó entre las de ella y la apretó con suavidad.

–Tus sentimientos dicen mucho de ti, Garrett. Eres el tipo de persona que ama para siempre. Y eso no es algo por lo que debas avergonzarte.

–Lo sé. Sólo que han pasado ya tres años.

–Algún día encontrarás a alguien especial otra vez. La gente que se ha enamorado una vez por lo general reincide. Está en su naturaleza.

Le apretó la mano nuevamente y Garrett sintió que la calidez penetraba en él.

–Espero que tengas razón –comentó por fin.

–La tengo. Yo sé de estas cosas. Soy madre, ¿lo recuerdas?

Él rió por lo bajo, tratando de relajar la tensión que sentía.

–Sí, lo recuerdo. Y probablemente eres buena en eso.

Dieron vuelta y caminaron de regreso al muelle, conversando en voz baja y todavía con las manos entrelazadas. Llegaron adonde Garrett había dejado estacionado su vehículo y emprendieron la vuelta a la tienda, Garrett se sentía más confundido que nunca.

–¿En qué piensas? –preguntó Theresa mientras Garrett cambiaba la velocidad del camión y atravesaban el puente con rumbo a Wilmington.

–Pensaba –respondió él–, en preguntarte si no tienes algo planeado porque me gustaría invitarte a cenar esta noche.

Ella sonrió.

–Esperaba que dijeras eso.

Él mismo seguía sorprendido por haberla invitado cuando dieron vuelta en el camino que conducía a la tienda.

–¿Podrías estar en mi casa, digamos, a las ocho? Tengo algunas cosas que hacer en la tienda y es probable que no termine sino hasta alrededor de esa hora.

–Está bien.

Se detuvieron en el estacionamiento y Theresa siguió a Garrett hasta su oficina. Él garabateó la dirección de su casa en un papel, tratando de no mostrar lo confundido que se sentía.

–No tendrás problemas para encontrar el sitio –le explicó–. Sólo busca mi camión en el frente; pero si te pierdes, anotá mi número de teléfono en la parte de abajo.

Theresa pasó el resto de la tarde explorando el distrito histórico de Wilmington, mientras en la tienda, Garrett enfrentaba un problema tras otro.

Estaba cansado, y dio un largo suspiro de alivio cuando por fin cerró. Después del trabajo se dirigió primero a la tienda de abarrotes y recogió lo necesario para la cena. Se dio una ducha y se puso unos pantalones vaqueros limpios y una camisa delgada de algodón; luego salió al porche trasero y se sentó en una de las sillas de hierro forjado.

Por fin oyó el sonido de un motor que recorría con lentitud la cuadra. Se levantó de su asiento en el porche y rodeó la casa con el fin de ver a Theresa estacionarse en la calle.

Ella llevaba pantalones vaqueros y la misma blusa que tenía puesta esa mañana. Se veía tranquila al caminar hacia él, y cuando le sonrió con calidez, él se dio cuenta de que la atracción había aumentado desde que comieron juntos, y eso lo hizo sentir un poco incómodo. Cuando se acercó a ella, aspiró el aroma de su perfume.

–Traje una botella de vino –le dijo ella y se la entregó–. Pensé que podría ir bien con la cena –y después de una pequeña pausa añadió: – ¿Cómo pasaste la tarde?

–Estuve muy ocupado. De hecho, llegué a casa hace apenas un rato –se encaminó hacia la puerta del frente. Theresa caminaba a su lado–. Pensaba preparar carne a la parrilla, pero luego me pregunté si te gustaría cenar eso.

–¿Estás bromeando? Crecí en Nebraska. Adoro un buen filete.

–Entonces recibirás una agradable sorpresa. Sucede que yo preparo los mejores filetes del mundo.

Al acercarse a los escalones del frente, Theresa miró la casa por primera vez. Era relativamente pequeña, de un solo piso, y los tablones de madera pintada de las paredes se estaban descascarando mucho en más de un sitio. Lo primero que notó al entrar fue la vista. En la habitación principal, las ventanas se extendían de piso a techo a lo largo de toda la parte posterior de la casa, que daba a todo lo ancho de la playa.

–La vista es increíble –comentó ella sorprendida.

–Sí, ¿verdad? Llevo varios años viviendo aquí, pero a mí también todavía me asombra.

A un lado estaba la chimenea, rodeada de una docena de fotografías de vida submarina. Theresa se acercó a ellas.

–¿Te molesta si echo un vistazo?

–No, adelante. Tengo que preparar la parrilla que está atrás.

Después de que Garrett salió por las puertas corredizas de cristal al porche trasero, Theresa miró las fotografías durante un rato y luego recorrió el resto de la casa. En la parte del frente estaba la cocina una pequeña área para comer y el baño. Sólo tenía un dormitorio al que se llegaba por una puerta que daba a la sala.

Se detuvo y miró al interior. Cuando vio la mesita de noche notó la fotografía enmarcada de una mujer. Se aseguró de que Garrett estuviera todavía afuera, limpiando la parrilla, y entró para verla más de cerca.

Catherine debió haber tenido alrededor de treinta y cinco años cuando la tomaron. Era atractiva, más menuda que Theresa, con el cabello rubio cortado a la altura de los hombros y ojos verde oscuro que le daban un aspecto exótico. Parecían mirar a Theresa. Colocó la foto en su sitio con suavidad, asegurándose de dejarla en el mismo ángulo que tenía cuando la tomó. Se volvió, pero seguía sintiendo como si Catherine estuviera observando cada uno de sus movimientos.

Salió de la habitación, caminó hasta las puertas de cristal que daban de la sala al porche trasero y las abrió. Garrett sonrió al oírla salir. Ella caminó hasta la orilla del porche y apoyó los brazos en una de las barandillas.

—¿Tomaste todas las fotografías que están en las paredes? —le preguntó.

Él retiró con el dorso de la mano los mechones de cabello que se le venían a la cara.

—Sí. Durante un tiempo me acostumbré a llevar la cámara en la mayoría de mis excursiones de buceo —mientras hablaba puso el carbón en la parrilla. Luego añadió un poco de fluido para encendedor—. Voy a dejar que esto se impregne un par de minutos. ¿Quieres algo de beber?

—¿Qué tienes? —preguntó Theresa.

—Cerveza, gaseosas, o el vino que trajiste.

—Una cerveza me parece bien.

Mientras él entraba a la casa, Theresa se volvió y miró de un extremo a otro de la playa. Como el Sol comenzaba a ponerse, la mayor parte de la gente se había marchado ya y los pocos que quedaban corrían o caminaban.

—¿Nunca te cansas de tener a toda esa gente aquí? —le preguntó cuando regresó.

Él le dio la cerveza.

—En realidad no. Por lo general, cuando llego a casa, la playa está casi desierta. Y en invierno no viene nadie.

Por un instante Theresa lo imaginé sentado en el porche mirando el agua, solo, como siempre. Garrett metió la mano al bolsillo y sacó unos fósforos. Encendió el carbón y dio un paso atrás cuando se levantaron las flamas.

—Ahora voy a comenzar a preparar la cena. Y, si tienes suerte, tal vez comparta contigo mi receta secreta.

Ella inclinó la cabeza y lo miró furtivamente.

—Te das cuenta de que estás aumentando mis expectativa respecto a la carne, ¿verdad?

—Lo sé, pero tengo fe.

Él le guiñó un ojo y Theresa lo siguió a la cocina. Garrett abrió una alacena y sacó un par de papas. Las envolvió en papel de aluminio y las metió al horno.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Creo que tengo todo bajo control. Compré una de esas, ensaladas que ya vienen preparadas.

Theresa se hizo a un lado cuando Garrett sacó del refrigerador el recipiente de la ensalada. Él la miró por el rabillo del ojo mientras vaciaba el contenido en una fuente. ¿Qué tenía aquella mujer que lo hacía sentir deseos de estar lo más cerca posible de ella? Con todos estos pensamientos en la cabeza, volvió a abrir el refrigerador y tomó la carne.

Ella le dirigió una sonrisa retadora.

—Y, ¿qué hay de especial en estos filetes?

Garrett puso un poco de whisky en un recipiente poco profundo.

—Uno que otro detalle. Primero se necesitan un par de filetes gruesos como éstos. Luego se sazonan con un poco de sal, pimienta y polvo de ajo y se dejan macerar en whisky mientras los carbones se ponen blancos —lo iba haciendo mientras lo explicaba.

—¿Ese es tu secreto?

—Es sólo el principio —aseguró—. El resto tiene que ver con *la manera* en que se asan.

Theresa estaba tranquila, apoyada en el mostrador de la cocina y de pronto Garrett se dio cuenta

de lo hermosa que se veía. Algo en la forma en que estaba de pie le pareció familiar... la sonrisa o tal vez el sesgo de su mirada al observarlo. De nuevo recordó una perezosa tarde de verano en que llegó a casa a comer para sorprender a Catherine. Estuvieron de pie en la cocina, tal como él y Theresa se encontraban ahora.

–Supongo que tú ya comiste –dijo Garrett al ver que Catherine se quedaba de pie frente al refrigerador abierto.

Catherine lo miró.

–No tengo hambre –respondió ella–, pero sí tengo sed. ¿Quieres un poco de té helado?

–Sí.

Abrió la alacena y sacó dos vasos. Después de poner el primer vaso sobre el mostrador de la cocina, el segundo se le escurrió repentinamente de entre las manos.

–¿Estás bien? –preguntó Garrett.

Catherine se pasó la mano por el cabello, avergonzada, y luego se inclinó para recoger los trozos de vidrio.

–Me mareé por un segundo, pero ya se me pasó.

Garrett caminó hacia ella y comenzó a ayudarla a limpiar.

–¿Otra vez te sientes mal?

–Un poco, pero quizá se deba a que estuve demasiado tiempo afuera esta mañana.

Garrett no dijo nada mientras recogía los vidrios.

Garrett tragó saliva y de pronto se hizo consciente del largo silencio que había caído en la cocina.

–Voy a revisar cómo va el carbón –dijo.

Mientras él estaba afuera, Theresa puso la mesa. Colocó una copa de vino al lado de cada plato y buscó en un cajón los cubiertos. Cerca de ellos encontró dos pequeños candeleros con velas. Después de preguntarse si eso no sería demasiado, decidió ponerlos también en la mesa. Garrett regresó cuando ella estaba a punto de terminar.

–¿Me enseñarás el resto de tu receta secreta?

–Claro, con mucho gusto –respondió él. Extrajo de la fuente con whisky dos de los filetes; luego abrió el refrigerador y sacó una bolsa chica de plástico–. Esto es sebo, la parte grasosa de la carne que por lo general se elimina. Hice que el carnicero me guardara un poco cuando compré los filetes.

–¿Para qué sirve?

–Ya lo verás –respondió.

Regresó a la parrilla con los filetes y unas tenazas, que colocó sobre la barandilla del asador. Luego, con un pequeño fuelle de mano, comenzó a soplar las cenizas de las briquetas.

–Parte del secreto para cocinar un magnífico filete es asegurarse de que el carbón esté bien caliente. Se usa el fuelle para quitar las cenizas. Así no hay nada que bloquee el calor.

Puso la carne en la parrilla con las tenazas. Durante el breve tiempo que se necesitaba para que se asaran, Garrett se dedicó a observar a Theresa con el rabillo del ojo. El cielo comenzaba a tornarse anaranjado y la cálida luz le oscurecía los ojos marrón. La brisa le levantaba el cabello de manera seductora.

Por fin Garrett se volvió para tomar el sebo.

–Creo que ahora sí ya estamos listos para esto.

Colocó algunos trozos de sebo sobre las briquetas, directamente debajo de la carne. Luego se inclinó y sopló hasta que prendieron.

–¿Qué haces?

–Las llamas van a soasar la carne con todo su jugo, lo que mantiene tierno al filete. Es la misma razón por la que se usan tenazas y no un tenedor. Arrojó otro par de trozos de sebo a las briquetas y repitió el proceso.

Theresa miró a su alrededor y comentó:

–Este es un sitio muy tranquilo. Ya veo por qué compraste el lugar –se volvió hacia él–. Dime, Garrett, ¿en qué piensas cuando estás aquí solo?

Hubiera querido contestarle: “Pienso en Catherine”, pero se contuvo y suspiró.

–A veces pienso en el trabajo; a veces sueño con navegar y dejar todo atrás.

Ella lo miró con mucha atención mientras pronunciaba esas últimas palabras.

–Garrett, tienes que dejar de huir de lo que te pasa –le dirigió una sonrisa llena de confianza–. Además tienes mucho que ofrecerle a alguien.

Garrett guardó silencio. Durante los siguientes minutos lo único que se oía era el sonido que hacía la carne al irse asando en la parrilla y las olas que rompían en la playa... un rumor continuo y tranquilizador. La tensión que Garrett experimentó antes se atenuó hasta casi desaparecer y mientras permanecían de pie, uno al lado del otro, en la cada vez más profunda penumbra, él percibió que había algo más en aquella velada de lo que cualquiera de los dos hubiera querido admitir.

Poco antes de que la carne estuviera lista, Theresa volvió a entrar en la casa para terminar de poner la mesa. Con esmero, encendió las velas y estaba colocando la botella de vino en la mesa cuando Garrett entró.

Después de cerrar las puertas de cristal vio lo que ella había hecho. La cocina estaba a oscuras, salvo por la luz que provenía de las pequeñas llamas de las velas y cuyo brillo daba a Theresa un aspecto hermoso. Los ojos de ella parecían atrapar las flamas danzarinas. Se miraron, cada uno desde su lado de la mesa, los dos inmobilizados un instante por la sombra de posibilidades distantes. Luego Theresa apartó la mirada.

–No pude encontrar un sacacorchos –comentó ella por no tener otra cosa que decir.

–Yo lo traeré –se apresuró él–. Es probable que esté en el fondo de alguno de los cajones.

Garrett llevó el platón con los filetes a la mesa y se dirigió a un cajón. Después de revolver entre diversos utensilios, encontró el sacacorchos. Con un par de movimientos rápidos abrió la botella y sirvió la cantidad precisa en cada copa. Luego se sentó y usó las tenazas para colocar los trozos de carne en los platos.

–Es el momento de la verdad –comentó ella precisamente antes de probar el primer bocado. Garrett sonrió mientras la observaba comerlo.

–Garrett, ¡está delicioso! –afirmó Theresa con énfasis.

–Gracias.

Las velas se fueron empequeñeciendo conforme avanzaba la velada y Garrett le dijo un par de veces lo feliz que se sentía de que estuviera ahí. Afuera, la marea subía lentamente, guiada por la Luna, en cuarto creciente, que parecía haber brotado de la nada.

Después de cenar Garrett sugirió otro paseo por la playa.

La noche era tibia. Bajaron del porche y se dirigieron hacia una pequeña duna y de ahí a la playa. Se quitaron los zapatos y caminaron con paso lento, muy cerca el uno del otro y Garrett buscó la mano de Theresa. Al sentir su calidez, ella se preguntó, sólo por un instante, qué se sentiría si él le tocara el cuerpo, si le recorriera con las manos toda la piel.

–Hace muchísimo tiempo que no pasaba una velada como ésta –confesó Garrett por fin.

–Tampoco yo –aseguró ella.

La arena estaba fresca bajo sus pies.

–Garrett, ¿recuerdas cuando me invitaste a navegar contigo?

–Sí.

–¿Por qué me pediste que te acompañara?

Él la miró con curiosidad.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a que me pareció que tan pronto lo dijiste comenzaste a lamentarlo.

El se encogió de hombros.

–No estoy seguro de que “lamentarlo” sea la palabra. Creo que me sentí sorprendido de haberte invitado, pero no lo lamenté en ningún momento.

Ella sonrió.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Además, estos últimos dos días han sido los mejores que he tenido en mucho, mucho tiempo.

Caminaron juntos en silencio. Había unas cuantas personas en la playa, aunque estaban tan lejos que Theresa no podía distinguir nada más que sombras.

—¿Crees que alguna vez puedas regresar? Quiero decir, cuando tengas vacaciones.

—Si lo hiciera, ¿volverías a prepararme la cena?

—Cocinaría lo que tú quisieras. Siempre y cuando sea filete.

Ella rió por lo bajo.

—Entonces lo pensaré.

—Y, ¿qué me dices si añado unas cuantas clases de buceo?

—Creo que Kevin las disfrutaría más que yo.

—Entonces tráelo.

Lo miró.

—¿No te molestaría?

—En absoluto. Me encantaría conocerlo.

Se detuvieron un momento y contemplaron el agua. Él estaba muy cerca de ella; los hombros casi se tocaban.

—¿En qué piensas? —preguntó Garrett.

—Solamente pensaba en lo agradable que son los silencios cuando estoy contigo.

Él sonrió.

—Y yo estaba pensando que te he dicho mucho más de lo que le he dicho a nadie.

—¿Será porque estás seguro de que regresaré a Boston y no se lo contaré a nadie?

Él rió.

—No. Supongo que es porque quiero que sepas quién soy, porque si aún sabiéndolo de todas maneras sigues queriendo pasar el tiempo conmigo...

Theresa no comentó nada, pero entendía exactamente lo que él trataba de decir.

Garrett desvió la mirada.

—Lo lamento. No quise hacerte sentir incómoda.

—No me hiciste sentir incómoda —aseguró Theresa—. Me alegra que me lo dijeras.

Se detuvo. Después de un momento comenzaron a caminar de nuevo por la solitaria playa.

—Pero no sientes lo mismo que yo —insistió él. Theresa lo miró.

—Garrett, yo... —dejó que se perdieran las palabras.

—No, no tienes que decir nada...

Ella no lo dejó terminar.

—Sí, debo hacerlo. Tú buscas una respuesta y yo quiero dártela —se detuvo. Luego aspiró profundo—. Me asusta un poco, Garrett, porque si te digo lo mucho que me interesas, siento que me arriesgo a que vuelvan a herirme.

—Yo nunca te lastimaría —aseguró él con suavidad. Ella se detuvo y lo hizo mirarla.

—Sé que eso crees, Garrett, pero has estado luchado con tus propios demonios durante los últimos tres años. No sé si estás listo para seguir adelante, y si no es así, con toda seguridad seré yo quien salga lastimada.

Esas palabras le llegaron muy hondo y él esperó un momento antes de responder.

—Theresa, desde que nos conocimos... no sé...

Levantó la mano y tocó con suavidad la mejilla de Theresa con el dedo, siguiendo el contorno

con tanta ligereza que ella sentía casi como una pluma contra la piel. En cuanto la tocó, Theresa cerró los ojos y, a pesar de sus dudas, dejó que aquella estremecedora sensación le recorriera el cuerpo.

Después Theresa sintió que todo comenzaba a borrarse y repentinamente sintió que estar ahí era lo correcto. La cálida brisa de verano que le soplaba en el cabello aumentaba la sensación que le producía aquel roce. La luz de la Luna daba al agua un brillo etéreo, mientras las nubes proyectaban su sombra sobre la playa.

Entonces cedieron a todo lo que había estado acumulándose desde el instante en que se conocieron. Ella se hundió en él y sintió la calidez de su cuerpo; él le soltó la mano. Luego la rodeó poco a poco con los dos brazos, la atrajo hacia sí y la besó en los labios con ternura.

Permanecieron así, abrazados, besándose a la luz de la Luna durante largo rato, sin que a ninguno le importara mucho que cualquiera pudiera verlos. Los dos habían esperado demasiado aquel momento. Después, Theresa lo tomó de la mano y lo condujo de vuelta a la casa.

Capítulo Seis

—¿Cómo que no comerás conmigo hoy? Lo hemos hecho durante años. ¿Cómo es posible que se te haya olvidado?

—No lo olvidé, papá. Es sólo que hoy no puedo ir.

Jeb Blake guardó silencio al otro extremo de la línea telefónica.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás ocultando algo?

—No tengo nada que ocultar

Theresa llamó a Garrett desde la ducha para pedirle que le llevara una toalla. Garrett cubrió el auricular y le dijo que iría en un momento. Cuando volvió su atención al teléfono, escuchó que su padre inhalaba con fuerza.

—¿Qué fue eso?

—Nada.

Entonces en tono de repentina comprensión dijo:

—Es esa chica, Theresa, ¿verdad?

Supo que no podría ocultarle la verdad y respondió:

—Sí, ella está aquí.

Jeb silbó, obviamente complacido.

—Ya era tiempo.

Garrett trató de restarle importancia.

—Papá, no hagas de esto más de lo que es.

—No lo haré, te lo prometo, pero, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —suspiró Garrett.

—¿Te hace feliz?

Tardó un momento en responder.

—Sí, así es —dijo por fin.

—Ya era tiempo —volvió a decir Jeb entre risas antes de colgar.

Garrett miró el teléfono mientras colgaba.

—Sí, me hace feliz —susurró para sí con una media sonrisa en el rostro—. Muy feliz.

Durante los siguientes cuatro días Theresa y Garrett fueron inseparables. Garrett le dejó la responsabilidad de la tienda a Ian y hasta le permitió dar clases de buceo, algo que nunca había hecho antes. Theresa y Garrett salieron dos veces a navegar; la segunda vez pasaron la noche en el mar, mecidos por el suave movimiento de las olas del océano Atlántico. Theresa se preguntaba si Garrett habría sido tan intuitivo con Catherine como parecía serlo con ella. Era casi como si pudiera leerle la mente cuando estaban juntos. Si ella deseaba que la tomara de la mano, él lo hacía antes de que ella se lo pidiera. Si Theresa sólo quería hablar durante un rato sin interrupción, él la escuchaba en silencio. Si quería saber cómo se sentía respecto de ella, la manera en que la miraba se lo dejaba bien claro. Nadie, ni siquiera David, la había entendido tan bien como Garrett y sin embargo... ¿cuánto hacía que lo conocía? ¿Unos cuantos días?

Theresa pasó la tarde del sábado en casa de Garrett. Al abrazarse, ambos sabían que ella tenía que regresar a Boston al día siguiente. Era un tema que habían evitado tocar.

—¿Alguna vez volveré a verte? —preguntó ella.

Él estaba más callado de lo normal.

—Eso espero —comentó él, por fin—. No quiero que esto acabe. No quiero que terminemos.

Ella le buscó la mano y dijo con suavidad:

—¡Oh, Garrett! Tampoco yo quiero que acabe. Podemos hacer que funcione si lo intentamos. Yo podría venir, o tú podrías ir a Boston. Sea como sea, podríamos intentarlo, ¿no crees?

—¿Con cuánta regularidad te vería? ¿Una vez al mes? ¿Menos que eso? —negó con la cabeza como si lo descartara—. Theresa, es tan difícil en este momento... Todo lo que he pasado...

Ella lo miró de cerca, sintiendo la presencia de algo más.

—Garrett, dime ¿qué sucede? —él no respondió y ella continuó:— ¿Hay algún motivo por el que no quieras intentarlo?

Él seguía sin decir palabra. En silencio se volvió hacia la fotografía de Catherine.

Theresa pudo sentir la manera cómo comenzaron a agolpársele las lágrimas.

—Mira, Garrett, sé que perdiste a tu esposa. También sufriste terriblemente por ello, pero tienes toda una vida por delante. No la echas a perder por vivir en el pasado.

Él hizo una pausa.

—Tienes razón —comenzó, hablando con dificultad—. En mi mente sé que tienes razón, pero en mi corazón... no lo sé.

—Y, ¿qué hay de mi corazón, Garrett? ¿Acaso no te importa?

La expresión sombría de Theresa hizo que él sintiera un nudo en la garganta.

—Por supuesto que sí. Me importa más de lo que crees. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, Theresa. Es casi como si hubiera olvidado lo importante que otra persona puede ser para mí. No creo que pueda simplemente dejarte ir y olvidarte, y no quiero hacerlo —durante un momento sólo se escuchó el suave y regular sonido de su respiración. Por fin susurró:

—Te prometo que lo intentaremos.

Él le abrió los brazos y le suplicó con la mirada. Ella titubeó por un segundo, por las miles de emociones contradictorias que la invadían. Luego bajó la cara hasta el pecho de él, para no ver la expresión que tenía Garrett en el rostro. Él le besó el cabello, y le habló con suavidad mientras la recorría con los labios.

—Theresa, creo que estoy enamorado de ti.

Creo que estoy enamorado de ti, volvió a oír ella. *Creo...*

Sin querer responder, ella sólo susurró:

—Sólo abrázame ¿sí? Ya no digamos más.

El vuelo a Charlotte de la mañana siguiente no iba lleno y el asiento al lado de Theresa estaba vacío. Ella se retrepó en su lugar mientras pensaba en los sorprendentes sucesos de la semana anterior. No sólo había encontrado a Garrett sino que él había despertado sentimientos muy profundos en ella, sentimientos que ella creyó enterrados desde hacía mucho tiempo.

Pero ¿lo amaba?

En vano recordó la conversación de la noche anterior... el temor de Garrett de dejar atrás el pasado, sus sentimientos acerca de no poder verla tanto como lo deseaba. Eso podía entenderlo muy bien, pero... *creo que estoy enamorado de ti*.

Frunció el entrecejo. ¿Por qué añadió la palabra “creo”?

Cerró los ojos con cansancio, porque de pronto no deseé enfrentarse a sus conflictivas emociones. Sin embargo, una cosa sí era segura. Ella no le diría nunca que lo amaba hasta que tuviera la certeza de que él podría dejar a Catherine en el pasado.

El lunes por la mañana Theresa sintió por fin los efectos de su turbulenta aventura. Casi no había dormido y el primer lugar al que se dirigió cuando llegó al trabajo fue a la sala de descanso, a buscar un café.

–¡Vaya, hola, Theresa! –Deanna entró detrás de ella y la saludó alegremente–. Nunca pensé que estarías aquí. Me muero por saber todo lo que ocurrió.

–Buenos días –murmuró Theresa mientras revolvía su café–. Siento no haberte llamado, pero llegué un poco cansada después de esa semana –dijo.

Deanna se apoyó en el mostrador.

–Bueno, no me sorprende. Ya me lo imaginaba.

–¿A qué te refieres?

Los ojos de Deanna brillaban.

–Ven conmigo –dijo con una sonrisa de complicidad mientras la guiaba de vuelta a la sala de redacción. Cuando Theresa vio su escritorio, se quedó sin aliento. Al lado de la correspondencia se había acumulado mientras ella no estaba había una docena de rosas, bellamente arregladas en un florero alto y transparente.

–Llegaron a primera hora esta mañana.

Theresa tomó la tarjeta que estaba apoyada en el florero y la abrió de inmediato. Decía:

*Para la mujer más hermosa que conozco...
Ahora que estoy solo de nuevo, nada es como antes.
El cielo es más gris, el mar más amenazador.
Te extraña,*

Garrett

Theresa sonrió al ver la nota, la volvió a meter en el sobre y se inclinó para oler las flores.

–Estoy segura de que tuviste una semana memorable –comentó Deanna.

–Así fue –respondió sencillamente Theresa.

–Mira, Theresa, tengo algo de trabajo que hacer. ¿Crees que podamos comer juntas hoy? Así podremos charlar.

–Claro. ¿Dónde?

– ¿Qué te parece Mukini's? Apuesto a que no hay mucho sushi allá en Wilmington.

–Me parece estupendo.

Deanna le dio unos golpecitos a Theresa en el hombro y se encaminó a su oficina. Theresa volvió a inclinarse para aspirar el fresco aroma de las rosas otra vez antes de poner el florero en un rincón de su escritorio. Durante un par de minutos estuvo clasificando la correspondencia, fingiendo que no veía las flores, hasta que la sala de redacción reasumió su caótica rutina. Se aseguró de que nadie le estuviese observando, tomó el teléfono y marcó el número de Island Diving.

Ian tomó la llamada.

–Espere. Creo que está en su oficina. ¿De parte de quién?

–Dígale que es alguien que quiere reservar unas lecciones de buceo para dentro de un par de semanas –trató de mantener un tono impersonal, porque no estaba segura de si Ian sabía de la relación entre ellos.

Ian la puso en espera y hubo silencio en la línea por un momento. Luego volvió la línea y se oyó la voz de Garrett.

–Dígame, ¿en qué puedo servirle? –preguntó él con una voz que transmitía cansancio.

–Están muy hermosas. Pero, ¿cómo supiste que mis preferidas son las rosas?

Él reconoció la voz y su tono se animó.

–¡Vaya, eres tú! No estaba seguro, pero nunca he sabido de una mujer a quien no le gusten, así que me arriesgué.

Ella sonrió.

–¿Así que le envías rosas a muchas mujeres?

–A millones. Tengo muchas admiradoras. Los instructores de buceo somos casi como las

estrellas de cine, tú sabes.

–Como estrellas de cine, ¿eh?

–Por supuesto. ¿Alguien preguntó quién te las enviaba?

Theresa rió.

–Claro que sí. Dije que tenías sesenta y ocho años, eras gordo y con un terrible ceceo; pero ya que causabas tanta lástima, decidí salir a comer contigo. Y ahora me persigues.

–Oye, eso duele –replicó él. Guardó silencio–. Pero *sí*, estoy pensando en ti.

Ella miró las rosas.

–Igual yo –respondió.

Después de colgar, Theresa se sentó en silencio durante un rato. Y tomó la tarjeta de nuevo. La leyó una vez más y luego la guardó en su bolso para que estuviera segura. Conociendo a sus compañeros de trabajo, alguno podría leerla cuando ella no se diera cuenta.

Durante la comida, Theresa recapituló lo ocurrido durante la semana anterior. Se guardó muy poco para sí y Deanna la escuchó totalmente cautivada.

–Parece que te fue de maravilla –dijo.

–Así es. De verdad fue una de las mejores semanas que he pasado. Sólo que...

–¿Qué?

Nerviosa, trató de organizar sus ideas.

–No estoy segura de que llegue a olvidar a Catherine.

De pronto, Deanna rió.

–¿Qué te causa tanta gracia? –preguntó Theresa sorprendida.

–*Tú*, Theresa. Sabías perfectamente bien que él todavía estaba enamorado de Catherine cuando fuiste allá. Recuerda que fue ese intenso amor lo que te atrajo en primer lugar. ¿Creías que él olvidaría por completo a Catherine en un par de días sólo porque ustedes dos se llevaron tan bien?

Theresa se sintió avergonzada.

La voz de Deanna se suavizó.

–Debes tomar esto paso a paso. Vean cómo se sienten a lo largo de las próximas dos semanas y, la siguiente vez que vayas, con seguridad sabrás más de lo que sabes ahora.

–¿Tú crees? –Theresa miró con preocupación a su amiga.

–Tuve razón cuando te obligué a ir allá, ¿recuerdas?

En la siguientes dos semanas Garrett y Theresa hablaron por teléfono cada noche, a veces durante horas.

Kevin regresó y eso hizo que el tiempo pasara con más rapidez para Theresa que para Garrett. La primera noche que Kevin estuvo de vuelta en casa Theresa le contó acerca de su viaje a Wilmington. Mencionó a Garrett, tratando de transmitirle cómo se había sentido con respecto a él pero, sin alarmarlo. Al principio, cuando le explicó que irían a visitarlo el siguiente fin de semana, Kevin no pareció muy entusiasmado, pero después de decirle lo que hacía Garrett para ganarse la vida, Kevin comenzó a mostrar algunos signos de interés.

–¿Quieres decir que tal vez me enseñe a bucear? –preguntó.

–Dijo que lo haría si tú quieres.

–¡Genial! –exclamó Kevin.

Cuando por fin llegó el día en que Theresa y Kevin irían a visitarlo, Garrett compró algunas cosas para comer, lavó su camión por dentro y por fuera y después se bañó antes de dirigirse, nervioso, al aeropuerto.

Cuando Theresa bajó del avión con Kevin a su lado, toda la inquietud de Garrett se desvaneció de pronto. Estaba más hermosa de lo que recordaba. Kevin se veía exactamente igual que su fotografía, y se parecía mucho a su madre: tenía el cabello y los ojos oscuros. El chico llevaba unas bermudas largas, tenis Nike y una camiseta de un concierto de Hootie and the Blowfish.

Cuando Theresa vio a Garrett lo saludó con la mano y él caminó hacia ellos para ayudar con el equipaje de mano. Theresa se acercó a él y lo besó alegremente en la mejilla.

—Garrett, quiero presentarte a mi hijo, Kevin —dijo ella con gran orgullo.

—Hola, Kevin. ¿Estás listo para tus lecciones de buceo este fin de semana?

—Eso creo. He estado leyendo algo sobre el tema —respondió el chico, tratando de parecer mayor.

—Vaya, qué bien. Si tenemos suerte tal vez hasta podamos lograr que recibas tu certificado antes de que te marches.

—¿Puede hacerse eso en unos cuantos días?

—Por supuesto. Hay que resolver un examen escrito y pasar algunas horas en el agua con un instructor, pero como serás mi único estudiante este fin de semana, a menos que tu madre quiera aprender también, tendremos tiempo más que suficiente.

—¡Eso es genial! —exclamó Kevin con alegría—. ¿También tú aprenderás, mamá?

—No lo sé. Tal vez.

—Creo que deberías hacerlo —dijo Kevin—. Sería divertido.

—Bien —aceptó ella elevando los ojos al cielo—. Aprenderé también pero si veo algún tiburón cerca, renuncio.

—¿Tú crees que haya tiburones? —preguntó Kevin con tono preocupado.

—Sí, es probable que veamos algunos tiburones, pero son pequeños y no molestan a las personas.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Genial! —repitió Kevin para sí.

Después de recoger su equipaje y detenerse a comer algo, Garrett los condujo a un motel que se encontraba a kilómetro y medio de su casa, por la playa. Una vez que dejaron el equipaje, Garrett regresó a su camión y volvió con un libro y algunos papeles.

—Kevin, esto es para ti.

—¿Qué es?

—Es el manual y los exámenes que debes resolver para tu certificación. Si quieres ir directo a la piscina mañana tienes que leer las primeras dos secciones y resolver el primer examen —le entregó el libro a Kevin.

—Podemos hacerlo juntos mañana por la mañana si estás muy cansado para comenzar ahora —dijo Theresa.

—No estoy cansado —aseguró Kevin con rapidez.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que Garrett y yo charlemos en el patio un rato?

—Sí, adelante —respondió y dejó de prestarle atención a su madre en cuanto dio vuelta a la primera página.

Una vez afuera, Garrett y Theresa se sentaron uno frente al otro.

—Te agradezco que hagas esto por él.

—Oye, no olvides que eso es lo que hago para ganarme la vida —después de asegurarse de que Kevin seguía leyendo silla un poco más—. Te ves de maravilla —añadió—. Te aseguro que eras la mujer más hermosa que bajó del avión.

Theresa se sonrojó sin querer.

—Gracias. Tú también te ves muy bien —se inclinó hacia él y lo besó—. Quisiera que no viviéramos

tan lejos. Eres del tipo que le crea a una hábito.

–Lo tomaré como un cumplido.

Tres horas más tarde y mucho tiempo después de que Kevin se durmió, Theresa condujo a Garrett al pasillo y cerró la puerta. Se besaron largo rato; a los dos les costaba trabajo separarse.

–Me gustaría mucho que pudieras quedarte esta noche a mi lado –susurró ella.

–También a mí, pero creo que ya debo irme –él no parecía muy convencido de lo que decía.

–¿Me harías un favor?

–Lo que quieras.

Sueña conmigo, ¿de acuerdo?

A la mañana siguiente, Kevin despertó temprano y corrió las cortinas para dejar que la luz del Sol inundara la habitación. Theresa entrecerró los ojos y se dio vuelta en la cama, tratando de ganar unos minutos más de descanso, pero Kevin era insistente.

–Mamá, tienes que hacer el examen antes de que nos vayamos.

–Es muy temprano todavía –respondió ella y cerró los ojos de nuevo. ¿Puedes darme unos minutos más, cariño?

–No tenemos tiempo –aseguró él mientras se sentaba en la cama y la sacudía por el hombro con suavidad–. Ni siquiera has leído la primera sección.

–¿Resolviste todo anoche?

–Sí –respondió–. Mi examen está allá, pero no me copies, ¿de acuerdo? Tienes que saber todo esto.

–Muy bien, muy bien –dijo ella. Se levantó, estiró los brazos por encima de la cabeza y se dirigió a la pequeña mesa. Tomó el manual y comenzó el primer capítulo. Por fortuna la información no era difícil y terminó de leer antes de que Kevin acabara de bañarse y vestirse. Tomó su examen y lo colocó frente a ella. Kevin se acercó y miró por encima del hombro de su madre hasta que ella tuvo que pedirle que se fuera a ver televisión.

–Pero no hay nada que ver –dijo él con desaliento.

–Entonces lee algo.

–No traje nada para leer.

–Entonces sólo siéntate y guarda silencio. Déjame hacer mi examen en paz.

–Está bien, no diré una sola palabra. Estaré tan mudo como una estatua.

Y así fue... durante dos minutos. Luego comenzó a silbar.

Theresa dejó la pluma y miró a su hijo.

–¿Por qué estás silbando?

–Porque estoy aburrido.

–Entonces enciende el televisor.

–No hay nada en la tele...

Y así continuaron hasta que ella logró terminar. Tardó casi una hora para hacer algo que, de haber estado sola en su oficina hubiera podido resolver en la mitad del tiempo.

A las nueve en punto Garrett llamó a la puerta de la habitación del motel y Kevin corrió a abrirle.

–¿Ya están listos? –preguntó.

–Claro que sí –respondió Kevin de inmediato–. Los exámenes ya están resueltos. Voy a traértelos.

Corrió a la mesa mientras su madre se levantaba de la cama para darle a Garrett un rápido beso de buenos días.

Garrett le sonrió a Kevin cuando éste le entregó los exámenes. Los tomó y comenzó a revisar las

respuestas.

–Mi madre tuvo algunos problemas con un par de preguntas, pero yo le ayudé –se pavoneó Kevin mientras Theresa elevaba la mirada al cielo–. ¿Lista para irnos, mamá?

–Cuando tú lo estés –contestó ella.

–Entonces vamos –dijo Kevin, y caminó por el pasillo, delante de ellos, hacia el camión de Garrett.

Durante toda la mañana y parte de la tarde, Garrett les enseñó los principios básicos del buceo. Aprendieron cómo funcionaba el equipo, cómo debían ponérselo, cómo probarlo y cómo respirar por la boquilla, primero al lado de la piscina y luego bajo el agua. Kevin, siempre exagerando la nota, pensó que después de algunos minutos sumergido sabía todo lo necesario.

–Es fácil –le dijo a Garrett–. Creo que estaré listo para ir al mar esta tarde.

–Estoy seguro que sí, pero de todas maneras tenemos que tomar las lecciones en el orden correcto.

–¿Cómo lo hace mi mamá?

–Bien.

–¿Tan bien como yo?

–Los dos lo están haciendo de maravilla.

Después de unas horas en el agua, tanto Kevin como Theresa se cansaron. Fueron a comer y una vez más Garrett contó sus anécdotas de buceo, esta vez para que Kevin las oyera. El chico no dejaba de hacer preguntas con los ojos muy abiertos. Garrett respondió con paciencia a cada una de ellas y Theresa sintió alivio al ver que parecían llevarse bien.

Después de detenerse en el motel para recoger el libro y la lección del día siguiente, Garrett los llevó a los dos a su casa. Aunque Kevin había planeado comenzar de inmediato los siguientes capítulos, un vistazo a la playa lo hizo cambiar de idea. Tomó la toalla que Garrett le tendía y corrió al agua. Garrett y Theresa se sentaron en el porche trasero y lo miraron.

–Es un buen muchacho –comentó Garrett en voz baja–. Lo has educado bien.

Ella le tomó la mano y la besó con suavidad.

–No sabes lo que significa para mí que me digas eso. No he conocido hombres que quieran conversar con Kevin, ya no digamos estar con él.

–Ellos se lo pierden.

Ella sonrió.

–¿Cómo es que siempre sabes precisamente qué decir para hacerme sentir mejor?

–Quizá sea porque sacas lo mejor que hay en mí.

–Tal vez así sea.

A la mañana siguiente las lecciones fueron un poco más avanzadas. Theresa y Kevin practicaron la respiración usando un solo tanque, en caso de que alguno de los dos se quedara sin aire y tuvieran que compartirlo, y Garrett les advirtió acerca de lo peligroso que podía resultar asustarse estando sumergidos y subir a la superficie con demasiada prisa.

–Si lo hacen les dará algo que se conoce como la enfermedad de los buzos. Puede poner en peligro sus vidas.

También pasaron un buen tiempo en la parte más profunda de la Piscina, nadando bajo el agua durante largos períodos y practicando cómo destaparse los oídos. Para finalizar la clase, Garrett les enseñó una técnica para saltar desde el borde de la piscina sin que se les cayera el visor. Como era de esperarse, después de tantas horas en el agua los dos estaban cansados y listos para dar por terminado el día.

–¿Iremos al mar mañana? –preguntó Kevin mientras regresaban al camión.

–Si quieren. Creo que ya están bien preparados, pero si lo prefieren, podemos pasar otro día en la

piscina.

–No, yo ya estoy listo.

–¿Estás seguro? No quisiera apresurarlos.

–Estoy seguro –respondió de inmediato.

–¿Qué haremos el resto del día? –preguntó Theresa.

Garrett comenzó a cargar los tanques de oxígeno en la parte posterior del camión.

–Pensé que podríamos ir a navegar. Parece que el tiempo será magnífico.

–¿Crees que también pueda aprender a hacer eso? –preguntó Kevin ansioso.

–Claro. Te nombraré mi segundo de a bordo.

–¿Necesito algún tipo de certificado?

–No. Eso depende del capitán, y como yo soy el capitán, puedo hacerlo de inmediato.

–¡Fantástico! –Kevin miró a Theresa con los ojos desmesuradamente abiertos y ella casi pudo leer sus pensamientos: “Primero aprendo a bucear y luego me nombran segundo de a bordo. ¡Esperen a que se lo cuente a mis amigos!”

Garrett acertó cuando predijo que habría un clima ideal y los tres pasaron un rato maravilloso en el mar. Garrett le enseñó a Kevin lo básico acerca de la navegación: desde cuándo y cómo cambiar de curso hasta anticipar la dirección del viento tomando como punto de referencia a las nubes. Al igual que la primera vez que se reunieron, llevaban sándwiches y ensalada, pero esta vez cedieron a una familia de marsopas que jugueteaba alrededor del velero mientras comían.

Ya era tarde cuando regresaron a los muelles y después de que Garrett le enseñó a Kevin cómo resguardar el bote para protegerlo de una tormenta inesperada, los llevó de vuelta al motel. Como los tres estaban agotados, Theresa y Garrett se despidieron apresuradamente y cuando él llegó a su casa tanto Theresa como Kevin ya se habían dormido.

A la mañana siguiente Garrett los llevó a su primera expedición de buceo en el mar. Después de que pasó el nerviosismo inicial, comenzaron a divertirse y terminaron utilizando dos tanques cada uno. Gracias al tranquilo clima de la costa, el agua estaba transparente y la visibilidad era magnífica. Garrett les tomó algunas fotografías cuando exploraban uno de los buques que naufragó en las aguas poco profundas de la costa de North Carolina.

Volvieron a pasar la tarde en la casa de Garrett. Después Kevin se quedó dormido frente al televisor y Garrett y Theresa aprovecharon para sentarse juntos en el porche trasero, acariciados por la brisa húmeda y cálida.

–No puedo creer que ya nos marchemos mañana por la noche –dijo Theresa–. Estos últimos dos días volaron.

Él la rodeó con el brazo y la acercó. Theresa le puso la cabeza en el hombro. El silencio hizo que llegara de lejos el sonido de las olas que rompían en la playa.

–¿Sabes, Garrett? En realidad me siento muy cómoda contigo.

–¿Cómoda? Lo dices como si fuera un sofá.

–No quise que sonara así. Me refiero a que cuando estamos juntos me siento muy bien conmigo misma.

–¡Qué bueno!, porque yo también me siento muy bien contigo.

–¿Muy bien? ¿Eso es todo?

Él movió la cabeza.

–No, no es todo.

La miró y luego volvió los ojos al mar. Después de un momento susurró en voz baja:

–Te amo.

Theresa oyó cómo las palabras se repetían en su cerebro. *Te amo*. Y esta vez sin ambivalencias.

–¡Oh, Garrett...! –comenzó ella con incertidumbre, antes de que él la interrumpiera con un movimiento de cabeza.

Theresa, no espero que sientas lo mismo. Sólo quiero que sepas lo que yo siento –le pasó un dedo con suavidad por la mejilla y los labios–. Te amo, Theresa.

–Yo también te amo –le aseguró ella con ternura, articulando las palabras con la esperanza de que fueran verdad.

Luego se abrazaron por largo rato.

Pasaron el último día en Wilmington practicando como lo habían hecho antes, y cuando terminaron su lección final, Garrett les entregó sus certificados.

–Ahora puedes bucear cuando quieras y donde quieras –le dijo a Kevin, que sostenía el certificado como si fuera de oro–, pero recuerda que no es seguro bucear solo. Siempre ve con alguien que te acompañe.

Theresa pagó la cuenta del hotel y Garrett los llevó al aeropuerto. Una vez que Theresa y Kevin abordaron, él se quedó algunos minutos para observar cómo el avión comenzaba a alejarse de la puerta de abordaje.

Ya en sus asientos, Theresa y Kevin hojearon algunas revistas. Durante la primera parte del viaje, Kevin se volvió de pronto y le preguntó:

–Mamá, ¿piensas casarte con Garrett?

Theresa tardó un momento en responder.

–No estoy segura. Sé que no quiero casarme con él inmediatamente. Todavía tenemos que conocernos.

–Pero, ¿es posible que quieras casarte con Garrett en el futuro?

–Tal vez.

Kevin pareció aliviado.

–Me alegra. Te veías muy feliz cuando estaban juntos.

Ella se acercó y le tocó la mano.

–Bueno, ¿qué habrías dicho si te hubiera contestado que quiero casarme con él de inmediato?

Él lo pensó un momento.

–Supongo que me habría preguntado dónde íbamos a vivir.

Por más que lo intentó, a Theresa no se le ocurrió una buena respuesta. Era cierto. ¿Dónde vivirían?

Capítulo Siete

Al cuarto día de que Theresa se fue de Wilmington, Garrett soñó con Catherine. En el sueño se encontraban en un campo cubierto de césped, rodeado por un precipicio que daba al mar. Caminaban juntos, tomados de la mano y conversaban, cuando de pronto ella se soltaba. Lo miraba por encima del hombro, reía y lo invitaba a perseguirla. Él lo hacía, y sentía lo mismo que el día en que se casaron.

Se acercaba poco a poco a ella, cuando se daba cuenta de que Catherine se dirigía al precipicio. Garrett le gritaba que se detuviera, pero ella corría aún más de prisa.

Él le gritaba que diera vuelta, pero ella parecía no oírlo. Garrett sentía cómo la adrenalina le corría por el cuerpo alimentada por un temor que lo paralizaba.

—¡Detente, Catherine! —gritaba.

El precipicio estaba a pocos metros de distancia. Él se acercaba, pero seguía demasiado lejos. “No voy a poder detenerla”, pensaba presa del pánico.

Entonces, de una manera tan repentina como había comenzado a correr, Catherine se detenía. Se volvía a mirarlo a sólo unos centímetros de la orilla.

—No te muevas —gritaba él. Garrett llegaba junto a ella y la tomaba de la mano mientras respiraba pesadamente.

Ella sonreía y miraba a sus espaldas.

—¿Creíste que me perderías?

—Sí —respondía él en voz baja—. Y te prometo que nunca permitiré que vuelva a pasar.

Garrett despertó con sobresalto, se sentó en la cama y permaneció despabilado durante varias horas. Cuando por fin pudo volver a dormir, cayó en un sueño intranquilo y eran casi las diez de la mañana cuando logró levantarse. Todavía cansado y deprimido, llamó a su padre, con quien se reuniría para desayunar en el lugar acostumbrado.

—No sé si podré ver de nuevo a Theresa —le confesó después de un rato de intercambiar trivialidades.

Su padre enarcó una ceja pero no respondió. Garrett continuó.

—Tal vez no estamos destinados el uno para el otro. Me refiero a que ella vive a miles de kilómetros de distancia, tiene su propia vida, sus propios intereses. No quiero ir a vivir a Boston y estoy seguro de que ella no desea vivir aquí, así que ¿qué nos queda?

Garrett guardó silencio y esperó a que su padre respondiera.

—Me parece que estás inventando pretextos —comentó Jeb en voz muy baja.

—No, papá, no es así. Sólo trato de resolver esta situación.

—¿Con quién crees que estás hablando, Garrett? —movió la cabeza—. Sé exactamente por lo que estás pasando. Cuando tu madre murió, yo también inventé pretextos. Durante años me dije a mí mismo todo tipo de cosas. Y, ¿quieres saber a dónde me llevaron? —miró a su hijo—. Estoy viejo y cansado, pero sobre todo estoy solo. Si pudiera retroceder en el tiempo, cambiaría muchas cosas —Jeb se detuvo y su tono se hizo más dulce—. Trataría de buscar a alguien. Porque ¿sabes algo, Garrett? Creo que a tu madre le hubiera gustado que yo encontrara a alguien. Ella habría deseado que yo fuera feliz. Y, ¿sabes por qué?

Garrett no respondió.

—Porque ella me amaba. Y si estás convencido de que estás demostrando tu amor por Catherine al sufrir como lo has venido haciendo, entonces, en alguna parte del camino, debo haberme equivocado al educarte.

—No te equivocaste.

—Creo que sí, porque cuando te miro me veo a mí mismo y, para serte franco, preferiría ver algo

distinto. Me gustaría ver a alguien que sabe que está bien seguir adelante y que también está bien encontrar a una persona que pueda hacerlo a uno feliz. Sin embargo, en este momento me parece que me miro al espejo y veo como era yo hace veinte años.

Garrett pasó la tarde solo, caminando por la playa y meditando acerca de lo que le había dicho su padre.

Cuando se comunicó con Theresa más tarde, esa misma noche, el sentimiento de traición que le había provocado la pesadilla era menos intenso. Cuando ella respondió el teléfono, lo sintió menguar todavía más.

–Me da gusto que llamas –le dijo ella con alegría–. Pensé mucho en ti hoy.

–Yo también estuve pensando en ti –aseguró él–. Desearía que estuvieras aquí.

–¿Estás bien? Te oigo un poco triste.

–No te preocupes, estoy bien. Pero, me siento solo, eso es todo. ¿Cómo estuvo tu día hoy?

–Como siempre. Con mucho que hacer en el trabajo y mucho que hacer en casa. Pero me siento mejor después de oír tu voz. Y a ti, ¿qué tal te fue?

–Hoy te extrañé mucho.

–Sólo hemos dejado de vernos unos cuantos días –comentó ella con suavidad.

–Lo sé. Y hablando del tema ¿cuándo volveremos a vernos?

–Mmm, ¿qué te parece si en tres semanas? Estaba pensando que tal vez tú pudieras venir esta vez. Kevin estará en un campamento de fútbol *soccer* toda la semana y podremos pasar algún tiempo a solas.

Mientras ella hablaba, Garrett miraba la fotografía de Catherine que tenía sobre la mesa de noche. Necesitó de algunos segundos para responder.

–Bueno, supongo que podría ir.

–No pareces muy convencido.

–Pero lo estoy.

–Entonces, ¿te pasa algo?

–No.

Ella guardó silencio, insegura.

–¿De verdad estás bien, Garrett?

Tuvieron que transcurrir varios días y varias llamadas telefónicas a Theresa para que Garrett comenzara a sentirse mejor. Poco a poco la imagen de la pesadilla comenzó a desvanecerse. El calor de finales de verano parecía hacer que el tiempo pasara con más lentitud de lo normal, pero Garrett se mantenía tan ocupado como podía, haciendo lo posible para no pensar en las complejidades de su nueva situación.

Dos semanas más tarde llegó a Boston.

Después de recogerlo en el aeropuerto, Theresa le mostró a Garrett la ciudad. Comieron en Faneuil Hall, vieron los botes de remos deslizarse por el río Charles y se deleitaron con su mutua compañía. Cuando el día comenzó a refrescar y el Sol se ocultó tras de los árboles se detuvieron en un restaurante de comida mexicana y compraron algo para llevar al departamento. Sentado en el piso de la sala, a la luz de las velas, Garrett miró a su alrededor.

–Tienes un lindo departamento –comentó–. No sé por qué pensé que sería más pequeño, sin embargo veo que es más grande que mi casa.

–Sólo un poco, pero gracias. Para nosotros está perfecto.

Afuera del departamento podía oírse con claridad el ruido del tránsito de la ciudad. Un auto frenó, se oyó el sonido de una bocina y de inmediato el aire se llenó con el ruido de otros autos que se unían al coro.

–¿Es siempre tan tranquilo y silencioso? –preguntó él.

Ella hizo un gesto hacia la ventana.

—Las noches de viernes y sábado son las peores, pero si se vive aquí el tiempo suficiente, uno termina por acostumbrarse.

Los ruidos de la ciudad continuaron. Una sirena ululó a la distancia y el sonido se hacía cada vez más intenso conforme se aproximaba por las calles.

—¿Podrías poner algo de música? —preguntó Garrett.

—Claro. ¿Qué te gustaría?

—Me gustan los *dos* tipos —respondió él haciendo una pausa dramática—. *Country* y *country*.

Ella rió.

—De esas no tengo. ¿Qué te parece un poco de *jazz*?

Se levantó, eligió un disco que pensó que podría gustarle a Garrett y lo puso en el aparato de sonido. Momentos más tarde la música comenzó a oírse, precisamente cuando el embotellamiento de tránsito en la calle pareció terminar.

—Así que... ¿qué opinas de Boston hasta ahora? —preguntó ella volviendo a sentarse.

—Me gusta. Para ser una gran ciudad no está tan mal. Siempre me la imaginaba muy distinta: con multitudes, asfalto, rascacielos, ni un solo árbol a la vista y asaltantes en cada esquina. Pero no es así en absoluto.

Ella sonrió.

—Es agradable, ¿verdad? Quiero decir, por supuesto que no es como la playa, pero tiene su encanto, sobre todo si consideras lo que la ciudad tiene que ofrecer. Puedes ir a conciertos, museos o simplemente pasear por una zona del centro a la que llamamos *Common*. Aquí hay algo para todos... incluso un club de yates.

Parecía como si le estuviera vendiendo el lugar, así que Garrett decidió cambiar de tema.

—¿Dijiste que Kevin se fue a un campamento de fútbol?

A la mañana siguiente Garrett y Theresa pasearon por los vecindarios italianos del North End de Boston, caminaron a lo largo de las calles estrechas y serpenteantes y se detuvieron a comer *cannoli* y a tomar café. Garrett le preguntó sobre su trabajo mientras recorrían la ciudad.

—¿Podrías escribir tu columna en casa?

—Con el paso del tiempo supongo que sí, pero por el momento no es posible.

—¿Por qué no?

—Bueno, para comenzar no está establecido en mi contrato. A menudo tengo que entrevistar gente, y eso toma tiempo... en ocasiones hasta debo viajar un poco. Además, tengo que hacer investigaciones y cuando estoy en la oficina tengo acceso a muchas más fuentes. Y también habría que considerar el hecho de que necesito un lugar donde puedan ponerse en contacto conmigo. Gran parte del material que produzco es de interés humano por lo que recibo llamadas durante todo el día. Si trabajara en casa, sé que muchas personas llamarían por la noche y no estoy dispuesta a sacrificar el tiempo que le dedico a Kevin.

Garrett se detuvo en una tienda que se extendía sobre la acera y que vendía fruta fresca. Tomó un par de manzanas de una canasta y le entregó una a Theresa.

—¿Qué es lo que más éxito ha tenido de lo que has escrito en tu Columna? —preguntó.

Theresa sintió que se quedaba sin aliento. *¿Lo que tuvo más éxito? Fácil. Una vez encontré un mensaje en una botella y recibí casi doscientas cartas.*

Se obligó a pensar en algo más.

—Bueno, recibo mucha correspondencia cuando escribo sobre niños discapacitados —respondió por fin.

—Debe ser gratificante —dijo él mientras le pagaba al tendero.

—Lo es.

Antes de dar una mordida a su manzana, Garrett preguntó.

–¿Podrías seguir escribiendo tu columna si cambiaras de diario?

Ella sopesó la pregunta.

–Sería difícil, en especial si quiero que mi columna se siga publicando en otros diarios. Apenas me estoy haciendo de un nombre como articulista y el tener el respaldo del *Times* de Boston me ayuda mucho en realidad. ¿Por qué?

–Simple curiosidad –respondió él en voz baja.

El resto de sus vacaciones, el tiempo pasó volando. Por las mañanas Theresa iba al trabajo algunas horas y luego regresaba a casa para pasar las tardes y noches con Garrett. A veces alquilaban una película para verla en casa después de cenar, pero por lo general preferían pasar el tiempo juntos sin otras distracciones.

Durante los siguientes dos meses su relación a larga distancia comenzó a evolucionar de un modo que ni Theresa ni Garrett anticiparon, aunque debieron haberlo hecho.

Ajustaron sus calendarios y lograron verse tres veces más, siempre en fines de semana. Una vez Theresa voló a Wilmington para que pudieran estar solos y pasaron el tiempo encerrados en la casa de Garrett. Él, a su vez, viajó a Boston dos veces y pasó la mayor parte del tiempo yendo y viniendo para asistir a los torneos de fútbol *soccer* de Kevin.

Cuando estaban juntos durante esos fines de semana parecía como si nada más importara en el mundo, pero ninguno de los dos hablaba de lo que ocurriría en el futuro.

Como no se veían muy a menudo, su relación tenía más altibajos de los que ninguno de los dos hubiera experimentado antes. Todo parecía bien cuando estaban juntos y todo iba mal cuando no lo estaban. Para Garrett, cada vez era más difícil tolerar la distancia entre ellos. Como él lo veía, alguno de los dos tendría que cambiar su estilo de vida de manera radical.

Pero, ¿quién?

Él tenía su propio negocio en Wilmington. Theresa tenía una floreciente carrera en Boston.

No quería pensar al respecto. En vez de ello se concentraba en el hecho de que amaba a Theresa y se aferraba a la idea de que si estaban destinados a estar juntos, encontrarían una manera de lograrlo.

Sin embargo, muy en su interior sabía que no iba a ser fácil y no sólo por la distancia entre ellos. Después de regresar de su segundo viaje a Boston, mandó ampliar y enmarcar una foto de Theresa. La colocó en la mesa de noche, frente a la fotografía de Catherine, pero a pesar de lo que sentía por Theresa le parecía que estaba fuera de lugar en su habitación. Unos días más tarde, cambió de sitio la fotografía al otro lado del cuarto, pero eso no sirvió de nada. Sin importar dónde la pusiera parecía como si los ojos de Catherine la siguieran. Por fin, guardó el retrato de Theresa en el fondo de un cajón y tomó el de Catherine. Suspiró, se sentó en la cama y lo sostuvo frente a él.

–Nosotros no teníamos estos problemas –susurró mientras pasaba el dedo sobre la fotografía–. Para nosotros todo fue siempre fácil, ¿verdad?

Al darse cuenta de que la fotografía no iba a responderle, maldijo su estupidez y volvió a sacar el retrato de Theresa.

Cuando los miró, incluso él comprendió perfectamente la razón por la que tenía tantos conflictos con todo aquello. Sí, amaba a Theresa más de lo que pensó que fuera posible, pero todavía estaba enamorado de Catherine. ¿Sería posible amar a dos personas al mismo tiempo?

–Muero de deseos de volver a verte –confesó Garrett.

Era mediados de noviembre, un par de semanas antes del Día de Acción de Gracias. Theresa y Kevin planeaban viajar en avión para pasar ese día con los padres de ella y Theresa había acordado con

Garrett que iría a visitarlo el fin de semana anterior para estar más tiempo con él.

–Yo también quiero verte –le aseguró–. Y me prometiste que por fin iba a conocer a tu padre, no lo olvides.

–Planea cocinar una comida anticipada de Acción de Gracias Para nosotros en su casa. No deja de preguntarme qué te gusta comer. Te aseguro que está nervioso.

–¿Crees que yo le agrade?

–Estoy seguro de ello.

El día anterior a la llegada de Theresa, Garrett podó el césped de la casa de su padre mientras Jeb desempacaba la porcelana de fiesta que ya casi nunca usaba.

–¿A qué hora crees que querrá comer?

–No lo sé.

–¿No le preguntaste?

–No.

–Entonces, dime ¿cómo voy a saber en qué momento meter el pavo al horno?

–Prepáralo para que comamos a media tarde. Es más sencillo de lo que parece.

–Tal vez no sea importante para ti, pero es la primera vez y voy a verla y si terminan casados no quiero ser el protagonista de ninguna historia graciosa que puedan contar después.

Garrett enarcó las cejas.

–¿Quién dijo que nos casaríamos?

–Nadie.

–¿Entonces por qué lo dijiste?

–Porque –respondió con rapidez– no estaba seguro de que tú fueras a mencionarlo alguna vez.

Garrett miró a su padre.

–¿Crees que deba casarme con ella? Jeb hizo un guiño y respondió:

–No importa lo que yo crea. Lo que importa es lo que pienses tú, ¿verdad?

Esa misma noche, Garrett acababa de abrir la puerta del frente de su casa cuando el teléfono comenzó a sonar. Corrió a contestar y oyó la voz que esperaba.

–¿Garrett? –preguntó Theresa–. Pareces estar sin aliento.

Él sonrió.

–¡Ah, hola, Theresa! Acabo de llegar. Mi padre me tuvo en su casa todo el día, arreglando el lugar. Arde en deseos de conocerte.

Hubo un incómodo momento de silencio.

–Acerca de mañana... –dijo ella por fin.

Él sintió que se le cerraba la garganta.

–¿Qué pasa?

Transcurrieron unos instantes antes de que respondiera.

–De verdad lo lamento mucho, pero no podré ir a Wilmington.

–¿Pasa algo malo?

–No, todo está bien. Sólo que me surgió un compromiso de último minuto... hay una conferencia muy importante a la que tengo que asistir.

Él cerró los ojos.

–¿De qué es?

–Es para editores importantes y gente de los medios de comunicación. Se reunirán en Dallas este fin de semana. Deanna piensa que es una buena idea que me reúna con algunos de ellos.

–¿Acabas de enterarte?

–No... bueno, sí. Sabía que habría una conferencia, pero no se suponía que yo fuera a asistir. Deanna utilizó sus influencias –ella titubeó–. De verdad lo lamento mucho, Garrett, pero es la oportunidad de mi vida.

Él guardó silencio por un momento. Luego dijo simplemente:

–Lo entiendo.

–Estás enojado conmigo, ¿verdad?

–No.

Theresa se dio cuenta por el tono de voz que no decía la verdad, pero no creyó que hubiera algo que pudiera decir para que Garrett se sintiera mejor.

–¿Le dirás a tu padre que lamento no poder ir?

–Sí, se lo diré.

–¿Puedo llamarte el fin de semana?

–Si quieres.

Al día siguiente Garrett comió con su padre, quien hizo lo posible por restarle importancia al asunto.

–Si es como ella te dijo –razonó su padre–, tiene una buena razón. Tiene un hijo al que debe mantener y debe hacer lo mejor que pueda para darle todo lo necesario. Además es sólo un fin de semana no es nada en el gran esquema general de las cosas.

Garrett se retrepó en la silla y con un movimiento hizo a un lado su plato a medio comer.

–Yo entiendo todo eso, papá. Es sólo que hace un mes que no la veo y esperaba con ansia su visita.

–¿No crees que ella también quería verte?

–Eso me dijo.

Jeb se inclinó sobre la mesa y volvió a colocar el plato de Garrett frente a él.

–Toma tu comida –le dijo–. Pasé todo el día cocinando y no vas a desperdiciarla.

Garrett miró su plato. Aunque ya no tenía apetito, tomó en tenedor y probó un pequeño bocado.

–¿Sabes? –dijo su padre mientras seguía comiendo–. No será la última vez que esto suceda. Mientras sigan viviendo a miles de kilómetros de distancia, seguirá pasando, y no se verán tanto como quisieran.

–Lo sé –respondió Garrett sencillamente.

Su padre enarcó la ceja y esperó. Al ver que Garrett no decía nada más, Jeb continuó:

–¿Lo sé? ¿Es lo único que tienes que decir?

Garrett se encogió de hombros.

–¿Qué más puedo decir?

–Puedes decir que la próxima vez que la veas tratarán de resolver esto. Es lo que puedes decir.

–¿Por qué eres tan drástico al respecto?

–Porque –dijo– si no lo resuelven, tú y yo vamos a seguir comiendo juntos y solos durante los próximos veinte años.

–¿Estás cansada? –preguntó Garrett. Estaba tendido en su cama mientras hablaba con Theresa por teléfono.

–Sí. Acabo de llegar. Ha sido un fin de semana muy largo.
–¿Salió todo como lo esperabas?
–Eso creo. No hay modo de saberlo todavía, pero conocí a mucha gente que con el tiempo podría ayudarme con mi columna.
–Entonces fue bueno que asistieras.
–Bueno y malo. La mayor parte del tiempo la pasé deseando estar contigo y no ahí.
Hubo una breve pausa.
–¿Garrett?
–Sí.
–¿Sigues enojado conmigo?
–No –respondió él con suavidad–. Tal vez me siento triste, pero no enojado.
–¿Porque no fui este fin de semana?
–No. Porque no estás aquí todos los fines de semana.
Ella respondió con dulzura.
–Sólo quiero que sepas que lamento no haber estado contigo *este* fin de semana.
–Lo sé.
–¿Puedo compensarte?
–¿Qué tienes en mente?
–Bueno, ¿crees que podrías venir a visitarme después del Día de Acción de Gracias?
–Supongo que sí.
–Qué bien, porque voy a planear un fin de semana especial sólo para nosotros dos.

Cuando llegó a Boston dos semanas más tarde, Theresa lo recibió en el aeropuerto. Ella le había pedido que usara algo elegante y él bajó del avión vistiendo un saco.

–¡Vaya! –exclamó ella–. ¡Te ves estupendo!

Del aeropuerto fueron directamente a cenar. Theresa había hecho reservaciones en el restaurante más elegante de la ciudad.

Disfrutaron tranquilos de una maravillosa comida y después llevó a Garrett a ver la obra musical *Les Misérables*, basada en la novela de Víctor Hugo que se estaba presentando en Boston.

Cuando llegaron al departamento de Theresa ya era tarde. Para Garrett el siguiente día fue igualmente apresurado. Theresa lo llevó a su oficina y lo presentó con todos sus compañeros; por la tarde Visitaron el museo de arte de Boston, y esa noche se reunieron con Deanna y Brian para cenar en Anthony's, un restaurante en el piso más alto del Prudential Building que ofrecía una vista maravillosa de toda la ciudad.

Garrett nunca había visto nada parecido.

La mesa estaba muy cerca de una ventana. Deanna y Brian se levantaron de sus asientos para recibirlos y Theresa realizó las presentaciones pertinentes.

–Me da mucho gusto conocerte, Garrett –dijo Deanna–. Siento haber obligado a Theresa a ir conmigo a esa conferencia. Espero que no te hayas enfadado mucho con ella.

–No, no te preocupes –respondió él mientras asentía con cierta rigidez.

–Me alegra, porque al verlo en retrospectiva, estoy segura de que valió la pena.

Garrett la miró con curiosidad. Theresa se inclinó y preguntó:

–¿A qué te refieres, Deanna?

Los ojos de Deanna brillaban.

–Recibí noticias ayer. Hablé con Dan Mandel, el director de Media Information Inc., y resulta que quedó muy impresionado contigo. Le gustó la manera en que te desenvolviste en el congreso. Y lo

mejor de todo... –Deanna se detuvo para aumentar la tensión e hizo lo posible por contener una sonrisa.

– ¿Sí?

–Va a incluir tu columna en todos sus diarios a partir de enero.

–¿Estás bromeando? –preguntó incrédula Theresa. Se cubrió la boca con la mano para ahogar un grito, pero aun así fue lo suficientemente fuerte como para que la gente de las mesas cercanas se volviera a mirarlos.

Deanna movió la cabeza.

–No. Quiere volver a hablar contigo el martes. Arreglé una teleconferencia para las diez de la mañana.

–No puedo creerlo –Theresa se inclinó hacia ella y en un impulso abrazó a Deanna, con la emoción reflejada en el rostro.

Brian le dio un pequeño codazo a Garrett.

–Magníficas noticias ¿eh?

Garrett tardó un poco en responder.

–Sí... magníficas.

Deanna y Theresa charlaron sin parar el resto de la velada. Garrett guardó silencio, sin saber bien qué añadir. Como si percibiera su incomodidad, Brian se acercó a Garrett.

–¿Cuánto tiempo te quedarás?

–Hasta mañana por la noche.

Brian asintió.

–Supongo que es difícil no poder verse a menudo, ¿verdad?

–A veces.

–Ya me lo imagino. Sé que Theresa se deprime por esa causa de vez en cuando.

Al otro lado de la mesa, ella le sonrió a Garrett.

–¿De qué hablan ustedes dos? –preguntó muy animada.

–De esto y aquello –respondió Brian.

Garrett asintió sin responder y Theresa notó que cambiaba de postura a cada rato. Era evidente que se sentía incómodo, aunque ella no estaba segura de la razón, y eso la dejó perpleja.

–Estuviste muy callado esta noche –comentó Theresa.

Habían regresado al departamento y estaban sentados en el sofá mientras en el radio se oía música de fondo.

–Supongo que no tenía mucho qué decir.

–¿Disfrutaste de tu charla con Brian?

–Sí. Es una persona agradable –Garrett se detuvo–, pero no soy muy bueno cuando estoy en grupos, en especial cuando siento que no encajo muy bien. Es sólo que... –se detuvo.

–¿Qué?

Él movió la cabeza.

–Nada.

–No, ¿qué ibas a decir?

Después de un momento, él respondió con palabras cuidadosamente elegidas.

–Sólo iba a decir que todo este fin de semana ha sido muy extraño para mí. El teatro, las comidas caras, salir con tus amigos... en fin –se encogió de hombros–. No es para mí. No es nada de lo que yo haría normalmente.

–Es por eso que planeé así este fin de semana. Quería que conocieras algo diferente.

–No vine aquí para hacer algo diferente. Vine para pasar algún tiempo en paz contigo. Ni siquiera hemos tenido oportunidad de conversar y me voy mañana.

–Eso no es cierto. Anoche estuvimos solos en la cena y hoy otra vez, en el museo. Ha habido tiempo suficiente para charlar.

–Tú sabes a lo que me refiero.

–No, no lo sé. ¿Qué quieres hacer? ¿Quedarte sentado en el departamento?

Él no le respondió. Luego se levantó del sofá, atravesó la habitación y apagó el radio.

–Hay algo extremadamente importante que quiero decirte desde que llegué –dijo él.

–¿Qué es?

Se volvió, reunió todo su valor y aspiró profundo.

–Este mes sin verte ha sido muy duro para mí y en este momento no estoy seguro si quiero que sigamos así.

Theresa contuvo la respiración por un segundo.

Al ver su expresión, Garrett se acercó a ella.

–No es lo que crees –aclaró él a toda prisa–. No es que ya no quiera volver a verte. Quiero verte todo el tiempo –cuando llegó al sofá, se arrodilló frente a ella. Theresa lo miró, sorprendida. Él la tomó de las manos.

–Quiero que te mudes a Wilmington. Aunque ella sabía que iba a suceder tarde o temprano, no lo había esperado tan pronto ni de esa manera.

Garrett continuó:

–Sé que es un gran paso, pero si te mudaras no pasaríamos estos largos períodos separados. Podríamos vernos a diario –él se acercó y le acarició la mejilla–. Quiero caminar por la playa contigo. Quiero que naveguemos juntos. Quiero que estés ahí cuando vuelva a casa de la tienda. Quiero que nos sintamos como si nos hubiéramos conocido durante toda la vida.

Las palabras salían de la boca de Garrett con rapidez y entre más hablaba más sentía Theresa que la cabeza le daba vueltas. Le parecía como si Garrett estuviera tratando de recrear su relación con Catherine.

–Espera un minuto –lo interrumpió ella por fin–. No puedo sencillamente tomar mis cosas y marcharme. Me refiero a que Kevin está en la escuela. Es feliz aquí. Este es su hogar. Aquí tiene a sus amigos y el fútbol.

–Puede tener todo eso en Wilmington. ¿Acaso no viste ya lo bien que nos llevamos?

Ella le soltó la mano, cada vez más frustrada.

–Y, ¿qué hay de mi columna? ¿Quieres que renuncie a ella?

–Lo que no quiero es que renunciemos a *nuestra* relación. Hay una gran diferencia.

–Entonces, ¿por qué no puedes tú mudarte a Boston?

–Y, ¿qué haría aquí?

–Lo mismo que haces en Wilmington. Dar clases de buceo, salir a navegar, lo que sea. Es mucho más fácil para ti que para mí.

–No podría. Como ya te dije, esto... –hizo un gesto para señalar el cuarto y las ventanas– no es para mí. Me sentiría perdido en esta ciudad.

Theresa se levantó y atravesó la habitación, muy agitada. Se pasó la mano por el cabello.

–No es justo. Es como si nos pusieras una condición: “Podemos estar juntos pero tendrá que ser a mi manera”. Quieres que renuncie a todo por lo que he luchado, pero no estás dispuesto a dar nada a cambio –ella no le quitó los ojos de encima.

Garrett se puso de pie y caminó hacia Theresa. Al acercarse, ella retrocedió y levantó los brazos poniendo así una barrera.

–Escucha, Garrett, no quiero que me toques en este momento, ¿de acuerdo?

Él dejó caer los brazos a los costados. Durante un largo rato ninguno de los dos dijo nada.

Theresa cruzó los brazos y desvió la mirada.

–Entonces supongo que tu respuesta es no –dijo él por fin.

Ella respondió con cuidado.

–No. Mi respuesta es que vamos a tener que hablar más de esto.

–¿Para que trates de convencerme de que estoy equivocado?

Aquel comentario no merecía una respuesta. Theresa movió la cabeza y caminó hasta la mesa del comedor, tomó su bolso y se dirigió a la puerta del frente.

–¿Estás escapando?

Abrió la puerta y la mantuvo así mientras respondía.

–No, Garrett. No estoy escapando. Sólo necesito algunos minutos a solas para pensar. No me gusta que me hables así. Acabas de pedirme que cambie toda mi vida y voy a necesitar tiempo para tomar una decisión.

Se marchó del departamento. Garrett miró la puerta durante un par de segundos, para ver si regresaba. Al ver que no lo hacía, caminó por todo el lugar. Entró en la cocina, después en la habitación de Kevin y salió. Cuando llegó al dormitorio de Theresa se detuvo un momento antes de entrar. Se acercó a la cama, se sentó, colocó la cabeza entre las manos y se preguntó qué podría hacer. De alguna manera sentía que no había nada que pudiera decir cuando ella volviera que no los llevara a una nueva discusión.

Lo pensó por un momento antes de decidir por fin que le escribiría una carta para expresarle lo que sentía. Escribir siempre le ayudaba a pensar con más claridad.

Miró hacia la mesita de noche. Vio el teléfono, pero no encontró papel ni pluma. Abrió el cajón, lo revisó y halló casi al frente una pluma. Siguió buscando el papel y encontró un par de libros de bolsillo, algunas revistas y unos joyeros vacíos; de pronto vio algo que le era familiar.

Un velero.

Estaba en una hoja de papel metida en una delgada agenda. Lo tomó, pensando que se trataba de alguna de las cartas que le había escrito a Theresa durante los últimos dos meses, pero de pronto se quedó inmóvil.

¿Cómo era posible? Aquel papel para correspondencia había sido un regalo de Catherine y él sólo lo usaba cuando le escribía a ella. Las cartas para Theresa las había escrito en un papel distinto.

Contuvo el aliento. Con una rapidez sorprendente revisó el cajón, sacó la agenda y con suavidad retiró no una sino tres hojas. Todavía confundido, parpadeó con fuerza antes de mirar la primera página y ahí, escritas de su puño y letra, estaban las palabras: “Mi querida Catherine”.

“¡Oh, Dios mío!”, pensó. Miró la segunda hoja. Era una fotocopia. “Mi querida Catherine...”

La siguiente carta. “Querida Catherine...”

–¿Qué es esto? –murmuró, incapaz de creer lo que estaba viendo–. ¡No puede ser! –volvió a leer las cartas sólo para poder confirmarlo.

Era verdad. Eran sus cartas, las cartas para Catherine que había arrojado por la borda del *Happenstance* y que no había esperado volver a ver jamás.

Apenas oyó el ruido de la puerta del frente al abrirse y volver a cerrarse.

–Garrett, ya regresé –dijo Theresa. Se detuvo y él pudo oírla recorrer el departamento. Luego preguntó: – ¿Dónde estás?

Él no respondió.

Theresa entró en la habitación y lo miró. Estaba pálido y tenía blancos los nudillos por sujetar con fuerza las hojas.

–¿Estás bien? –preguntó ella.

Él levantó la cabeza lentamente y la miró.

Como una ola, todo la golpeó de pronto: el cajón abierto, los papeles que tenía él en las manos, la

expresión del rostro... y supo de inmediato lo que había ocurrido.

–Garrett, yo... verás, puedo explicarte todo –dijo ella en voz baja y rápida.

–Mis cartas –susurró él. La miró con una mezcla de confusión y rabia–. ¿Cómo obtuviste mis cartas?

–Encontré una en la playa, y...

Él la interrumpió.

–¿La encontraste?

Ella asintió y trató de explicarle.

–Cuando estuve en Cape Cod. Un día salí a correr y encontré la botella.

Garrett miró la primera página, la única carta original. Era la que había escrito ese mismo año. Pero las otras...

–¿Y éstas? –preguntó sosteniendo en alto las copias. Theresa respondió con suavidad.

–Me las enviaron.

–¿Quién? –confundido, se levantó de la cama. Ella dio un paso hacia él con la mano en alto.

–Otras personas que también las encontraron. Una de ellas leía mi columna

–¿Publicaste mi carta? –lo dijo como si acabara de recibir un golpe en el abdomen.

–No sabía... –comenzó ella.

–¿No sabías qué? –dijo él en voz alta, con el dolor reflejándose en su voz–. ¿Que esto no era algo que yo quisiera que todo el mundo viera?

–Estaba en la playa. Tenías que saber que alguien la encontraría –explicó ella rápidamente–. No puse sus nombres.

–Pero la publicaste en el diario –miró de nuevo las cartas y luego a Theresa, como si la viera por primera vez–. Me *mentiste*.

–No lo hice.

Él no la oía.

–Me mentiste –repitió como si hablara consigo mismo–. Y fuiste a buscarme. ¿Para qué? Para poder escribir otra columna. ¿De eso se trata todo esto?

–No. Estás equivocado.

–Entonces, ¿de qué se trató?

–Después de leer tus cartas yo... quise conocerte.

No comprendía lo que ella estaba diciendo. Vino a su mente la imagen de Catherine y sostuvo las cartas frente a sí.

–Eran mis cartas... mis sentimientos, mi manera de hacer frente a la pérdida de mi esposa. Mías, no tuyas.

–No quise lastimarte.

Los músculos de la mandíbula se le tensaron.

–Usaste mis sentimientos por Catherine y trataste de manipularlos para convertirlos en lo que *tú* querías. Creíste que porque amaba a Catherine también te amaría a ti, ¿no es cierto?

De pronto Theresa se sintió incapaz de hablar.

–Lo planeaste desde el principio, ¿verdad? Todo el asunto estaba arreglado.

Él pareció aturdido un momento y ella se le acercó.

–Sí, Garrett, admito que quería conocerte. Las cartas eran tan hermosas... pero no sabía lo que iba a ocurrir. No planeé nada después de eso –lo tomó de la mano–. Te amo, Garrett. Esto tienes que creerlo.

Cuando terminó de hablar, él se soltó y se alejó.

–¿Qué clase de persona eres? Estás atrapada en alguna de extraña fantasía...

–¡Cállate, Garrett! –le gritó furiosa mientras las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

Sostuvo en alto las cartas otra vez y con voz quebrada dijo:

–Crees que comprendes lo que tuvimos Catherine y yo, pero no es así. No importa cuántas cartas leas, no importa lo bien que me conozcas, nunca comprenderás. Lo que hubo entre ella y yo era *real* y *verdadero*. Fue real y ella también era real.

Luego, molesto, agregó algo que la lastimó más que cualquier cosa de lo que había dicho hasta ese momento.

–Nuestra relación ni por mucho se acerca a lo que hubo entre Catherine y yo.

No esperó una respuesta. En vez de ello pasó a su lado y tomó su maleta. Con enorme furia arrojó todo en el interior y la cerró a toda prisa. Por un momento ella pensó en detenerlo, pero el comentario la había dejado aturdida.

Él cogió su maleta.

–Estas –dijo mostrándole las cartas– son mías, así que me las llevo–. Sin otra palabra que agregar se dio vuelta, atravesó la sala y se marchó.

Capítulo Ocho

Garrett tomó un taxi al aeropuerto, pero no halló vuelo de regreso y se encontró pasando la noche en la terminal, todavía furioso e incapaz de dormir. Durante horas caminó frente a tiendas que hacía mucho habían cerrado, deteniéndose sólo de vez en cuando para mirar a través de las barreras que mantenían a raya a los viajeros nocturnos.

A la mañana siguiente tomó el primer vuelo que pudo, llegó a su casa poco después de las once y fue directo a su habitación. Sin embargo, mientras estaba acostado en la cama, lo ocurrido la tarde anterior comenzó a repetirse en su cabeza, lo que lo mantuvo despierto. Al final, se dio por vencido. Se bañó, se vistió y se sentó otra vez en la cama. Contempló la fotografía de Catherine y la llevó a la sala. Encontró las cartas donde las había dejado, sobre la mesa de centro. Con la fotografía frente a sí, leyó las cartas con lentitud, casi con veneración, mientras sentía cómo la presencia de Catherine llenaba el cuarto.

—¡Vaya! Pensé que habías olvidado por completo nuestra cita —dijo él mientras veía a Catherine caminar por el muelle con una bolsa de comestibles.

Ella sonreía, lo tomó de la mano y subió a bordo.

—No lo olvidé. Es sólo que tuve que desviarme un poco en el camino. Fui a ver al doctor.

Él le quitó la bolsa y la puso a un lado.

—¿Ocurre algo? Sé que no te has sentido bien últimamente.

—Estoy bien —respondió ella—, pero no creo que pueda navegar esta noche.

—Te pasa algo malo, ¿verdad?

Catherine sonrió de nuevo y se inclinó para sacar un pequeño paquete de la bolsa. Garrett la miró y ella comenzó a abrirlo.

—Cierra los ojos —le pidió— y te lo contaré todo.

Todavía sin saber qué hacer, Garrett cerró los ojos y oyó como se rompía un papel de China.

—Muy bien, ya puedes abrirlos.

Catherine sostenía frente a ella una prenda de bebé.

—¿Qué es eso? —preguntó sin comprender.

Estaba muy animada.

—Estoy embarazada —explicó con emoción.

—¿Embarazada?

—Sí. Oficialmente tengo ocho semanas.

—¿Ocho semanas?

Sorprendido y titubeante, Garrett tomó la ropita de bebé y la sostuvo delicadamente en la mano; luego se inclinó hacia delante y le dio a Catherine un abrazo.

—¡No puedo creerlo!

—Pues es verdad.

Una amplia sonrisa se le dibujó en los labios cuando por fin comprendió lo que le estaba diciendo.

—¡Estás embarazada!

Catherine cerró los ojos y le susurró al oído:

—Y tú vas a ser padre.

Los pensamientos de Garrett fueron interrumpidos por el chirrido de la puerta. Su padre metió la cabeza en la habitación.

—Vi tu camión afuera —le dijo—. No esperaba que volvieras hasta esta tarde —al ver que Garrett no le respondió, su padre entró y descubrió la fotografía de Catherine en la mesa—. ¿Estás bien, hijo? —preguntó con cautela.

Se sentaron en la sala mientras Garrett le explicaba la situación desde el principio: sus sueños recurrentes, los mensajes que había estado enviando en botellas, y por fin, la discusión sostenida con Theresa la noche anterior. Cuando terminó, su padre le quitó las cartas de la mano.

—Debe de haber sido una verdadera sorpresa —dijo al tiempo que miraba las hojas de papel—, pero, ¿no crees que te portaste un poco duro con ella?

Garrett movió la cabeza con cansancio.

–Ella sabía todo sobre mí. Ella lo planeó todo.

–No, no fue así –lo contradijo su padre con suavidad–. Tal vez haya venido a conocerte, pero no hizo que te enamoras de ella. Eso lo hiciste solo.

Garrett desvió la cara antes de volver a mirar la fotografía que tenía sobre la mesa.

–Pero, ¿no crees que estuvo mal que no me lo dijera? ¿Crees que estuvo bien que lo ocultara?

Jeb suspiró.

–Tal vez no te dijo lo de las cartas, de acuerdo, y tal vez sí debió hacerlo. Pero eso no es lo que te molesta ahora. Estás enojado porque te hizo darte cuenta de algo que no deseas admitir.

Garrett miró a su padre sin tener nada que responder. Luego se levantó del sofá y se dirigió a la cocina, con la repentina urgencia de escapar de aquella conversación. En el refrigerador encontró una jarra de té y se sirvió un vaso. Abrió el congelador y tomó la bandeja de metal con hielos para sacar un par de cubos. En un arranque repentino de frustración, tiró de la palanca con demasiada fuerza y los cubos de hielo salieron volando sobre el mostrador y cayeron al suelo.

Mientras Garrett murmuraba maldiciones en la cocina, Jeb caminó hasta la puerta corrediza. La abrió y miró cómo los vientos fríos de diciembre, provenientes del Atlántico, hacían que las olas rompieran con violencia; el ruido hacía eco por toda la casa. Jeb contempló el mar, lo miró agitarse y revolverse, hasta que oyó que llamaban a la puerta.

Se volvió, preguntándose quién podría ser. Entonces se dio cuenta de que todas las veces que estuvo antes en casa de su hijo nadie lo había ido a visitar.

Garrett estaba en la cocina y, aparentemente, no había oído que llamaban.

Jeb fue a abrir.

–¡Ya voy! –gritó.

Cuando abrió la puerta del frente, una ráfaga de viento se coló en la sala, lanzando las cartas al suelo. Sin embargo, Jeb no lo notó. Toda su atención se centró en la visitante que estaba en el porche.

Frente a él se encontraba una mujer joven, de cabello oscuro a la que nunca había visto. Se detuvo un instante y supo exactamente de quién se trataba. Se hizo a un lado para dejarla pasar.

–Pase –murmuró en voz baja.

Cuando entró y cerró la puerta a sus espaldas, el viento cesó de pronto. Theresa miró a Jeb incómoda.

–Usted debe de ser Theresa –dijo Jeb–. He oído hablar mucho de usted.

Ella se cruzó de brazos, sin saber qué hacer.

–Sé que no me esperaba, pero...

–No se preocupe –la animó Jeb.

–¿Está Garrett en casa?

Jeb asintió y le indicó la cocina con la cabeza.

–Sí, aquí está. Fue a servirse algo de beber.

–¿Cómo está?

Jeb se limitó a encogerse de hombros y con cierta lentitud esbozó una sonrisa irónica.

–Tendrá que hablar con él.

Theresa asintió, preguntándose de pronto si habría sido una buena idea ir allá. Miró a su alrededor y de inmediato vio las cartas tiradas en el piso y, por encima del hombro de Jeb, la fotografía de Catherine.

Por lo general aquella fotografía estaba en el dormitorio y, por alguna razón, ahora estaba ahí, a la vista, y ella no podía quitarle los ojos de encima. Todavía la miraba cuando Garrett volvió a la sala.

–Papá, ¿qué ocurrió aquí...?

Se quedó inmóvil. Theresa se enfrentó a él, insegura. Durante un largo rato ninguno de los dos dijo nada. Luego Theresa aspiró profundo.

–Hola, Garrett –dijo.

Garrett no contestó nada. Jeb tomó sus llaves de la mesa.

–Ustedes dos tienen mucho de qué hablar, así que me marchó. Jeb se dirigió a la puerta del frente y, mirando de lado a Theresa, murmuró:

–Fue un placer conocerla –enarcó las cejas y se encogió de hombros, como si le deseara suerte. Un momento después se encontraba afuera.

–¿A qué viniste? –preguntó Garrett con suavidad una vez que estuvieron solos.

–Quería volver a verte –respondió ella en voz baja.

–¿Por qué?

Ella no respondió. En vez de ello, tras un leve titubeo se acercó a él mirándolo a los ojos. Cuando estuvo cerca le puso un dedo en los labios y movió la cabeza para evitar que hablara.

–Chitón –susurró–. No hagas preguntas ahora. Por favor. Lo abrazó. Con cierta renuencia él también la abrazó y Theresa descansó la cabeza en él. Le besó el cuello y lo acercó más a ella. La boca de Theresa pasó poco a poco a la mejilla y después a los labios. Sin darse cuenta, él comenzó a responder. Las manos de Garrett le recorrieron la espalda, apretándola contra él.

En la sala, con el rugido del mar haciendo eco por la casa, se abrazaron con fuerza. Por fin, Theresa se separó y le dio la mano. Sujetó la de él y lo guió hasta el dormitorio.

Más tarde, Garrett despertó solo. Al darse cuenta de que la ropa de Theresa tampoco estaba, tomó sus pantalones vaqueros y su camisa. Todavía se estaba abotonando cuando salió de la habitación y comenzó a buscar a Theresa por la casa.

La encontró en la cocina, sentada a la mesa. Tenía una taza de café frente a ella, casi vacía. La cafetera ya estaba en el fregadero.

Theresa lo miró por encima del hombro.

–Ven a sentarte conmigo –pidió–. Tengo mucho que decirte.

Garrett se sentó a la mesa.

Sin mirarlo, ella buscó en su regazo, sacó las cartas y las colocó lentamente sobre la mesa. Al parecer las había recogido del suelo mientras él dormía.

–Encontré la botella cuando corría, el verano pasado –comenzó con voz firme pero distante–. Después de leerla, me solté a llorar. Era muy hermosa. Supongo que me identifiqué con lo que escribías porque yo también me sentía muy sola.

Lo miró.

–Esa mañana se la mostré a Deanna. El publicarla fue su idea. Al principio yo no quería. Pensaba que era demasiado personal, pero ella consideró que no le haría mal a nadie. Creía que era un bello documento humano que la gente podría leer, así que cedí.

Suspiró.

–Cuando volví a Boston recibí la llamada de una persona que había leído la columna. Ella me envió la segunda carta; la había encontrado algunos años antes.

Se detuvo.

–¿Alguna vez has oído hablar de la revista *Yankee*?

–No.

–Es una publicación regional de Nueva Inglaterra. Ahí fue donde encontré la tercera carta.

Garrett la miró sorprendido.

–¿La publicaron ahí?

–Sí. Tenía tres cartas, Garrett, y cada una de ellas me había hecho el mismo efecto que la primera. Así que con la ayuda de Deanna averigüé quién eras y vine aquí a conocerte –sonrió con tristeza–. No vine a enamorarme de ti, ni a escribir una columna. Vine a ver quién eras. Eso era todo, pero luego hablamos y si lo recuerdas, me invitaste a navegar. De no haberlo hecho probablemente habría vuelto a casa ese mismo día.

Theresa se acercó y colocó la mano sobre la de Garrett.

—Pero ¿sabes qué? La pasamos tan bien esa noche, que entonces me di cuenta de que quería volver a verte. No por las cartas sino por la forma en que me trataste. Y desde ahí todo pareció darse de manera natural.

Él permaneció en silencio un instante, contemplando las cartas.

—¿Por qué no me dijiste que las tenías? —preguntó.

—Hubo veces en que quise hacerlo, pero supongo que me convencí a mí misma de que no importaba cómo nos habíamos conocido, sino lo bien que nos llevábamos —se detuvo—. Además, pensé que no lo comprenderías. No quería perderte.

—Si me lo hubieras dicho antes, lo habría entendido.

Ella lo miró con atención mientras él hablaba.

—¿En verdad, Garrett? ¿*Realmente* lo habrías comprendido?

Él sabía que era el momento de la verdad. Al ver que él no respondió, Theresa movió la cabeza y desvió la mirada. Se enjugó una lágrima en el rabillo del ojo, tratando a todas luces de no llorar, decidida a no derrumbarse.

—Cuando me hablaste por primera vez de Catherine vi tu expresión. Era evidente que todavía la amabas. Y anoche, a pesar de tu furia, volví a ver ese gesto en tu rostro. A pesar de todo el tiempo que hemos pasado juntos, todavía no la olvidas. Y luego... lo que dijiste... —ella aspiró profundo y de manera irregular—. No sólo estabas enojado por haber encontrado las cartas; estabas furioso porque sentías que yo amenazaba lo que Catherine y tú compartieron... y todavía lo crees.

Otra vez se acercó para tocarle la mano.

—Eres quien eres, Garrett. Eres un hombre que ama profundamente, pero también que se enamora para siempre. Sin importar cuánto me ames, no creo que puedas olvidar alguna vez a tu esposa y yo no puedo vivir siempre preguntándome si soy tan buena como ella.

—Podemos tratar —comenzó a decir él con voz ronca—. Quiero decir, puedo intentarlo. Sé que puedo hacer que sea diferente...

Theresa lo interrumpió con un breve apretón de mano.

—Sé que lo crees y parte de mí quiere creerlo también. Si me abrazaras ahora y me pidieras que me quedara, estoy segura de que no podría negarme. Y seguiríamos como hasta ahora lo hemos hecho, los dos creyendo que todo está bien; pero no puede ser ¿no lo ves? —se detuvo—. Garrett, no puedo competir con ella. Y por más que quisiera seguir con esto, no puedo, porque *tú* mismo no permitirás que continúe.

—Pero te amo.

Ella sonrió con dulzura. Le soltó la mano para acariciarle suavemente la mejilla.

—Yo también te amo, Garrett. Sólo que a veces el amor no es suficiente.

Garrett, con el rostro pálido, guardó silencio cuando ella terminó. En aquella larga pausa entre ellos, Theresa comenzó a llorar.

—No puedo quedarme, Garrett. A pesar de lo mucho que los dos lo deseemos, no puedo.

Las palabras lo golpearon con fuerza. De pronto Garrett sintió que la cabeza le daba vueltas.

—No... —dijo con voz entrecortada.

Theresa se levantó con decisión, a sabiendas de que debía marcharse antes de que perdiera el valor. Afuera comenzaba a ligera lluvia con bruma.

—Tengo que irme.

Se colocó el bolso al hombro y comenzó a caminar hacia la puerta. Por un momento Garrett permaneció demasiado sorprendido para poder moverse.

Por fin, aturdido, se levantó y la siguió por la puerta. La lluvia caía ya con más fuerza. El automóvil alquilado estaba estacionado en la entrada. Garrett la vio abrir la puerta, incapaz de pensar en nada que pudiera decirle.

En el asiento del conductor, ella buscó entre las llaves un momento y luego colocó la adecuada

en el interruptor de encendido. Se obligó a sonreír débilmente mientras cerraba la puerta del auto. A pesar de la lluvia, bajó la ventanilla para verlo una vez más con claridad. Dio vuelta a la llave y el motor arrancó.

–Te extrañaré, Garrett –le dijo en voz baja, sin saber si él podría oírla o no. Dio marcha atrás.

Garrett se quedó de pie, sin poder moverse.

–Por favor –dijo en tono desgarrador–, ¡no te vayas!

Ella no respondió. Sabiendo que rompería a llorar de nuevo si permanecía ahí más tiempo, subió la ventanilla y comenzó a retroceder. Garrett dio un paso hacia el auto y puso la mano sobre el techo en movimiento y los dedos se le resbalaron sobre la superficie mojada que lentamente retrocedía hasta la calle.

Sentía que se le escapaba su última oportunidad.

–¡Theresa! –le gritó–. ¡Espera!

El ruido de la lluvia impidió que ella lo oyera. El auto ya se alejaba de la casa. Garrett corrió hasta la calle.

–¡Theresa! –volvió a gritar. Estaba a mitad de la calle y corría detrás del auto, metiéndose en los charcos que comenzaban a formarse. Las luces de los frenos parpadearon un instante y el auto se detuvo. Garrett sabía que ella miraba por el retrovisor y lo veía acortar la distancia. Todavía tenía una oportunidad...

De pronto las luces de los frenos se apagaron y el auto comenzó a avanzar una vez más. Garrett siguió corriendo detrás, persiguiéndolo por la calle. La lluvia caía con fuerza, convertida en tormenta que le empapaba la camisa y le hacía difícil ver.

Por fin disminuyó la carrera a un trote y luego se detuvo. Mientras la lluvia caía a su alrededor, él se quedó de pie en medio de la calle, mirando cómo el vehículo de Theresa se alejaba cada vez más y desaparecía.

Se había marchado.

Momentos más tarde un automóvil hizo sonar su claxon tras él y Garrett sintió que su corazón revivía. Se volvió con rapidez y se limpió la lluvia de los ojos, casi esperando ver el rostro de Theresa tras el cristal, pero de inmediato vio que se había equivocado. Garrett se hizo a un lado para dejar pasar al auto y, al sentir la mirada de curiosidad que le dirigió el hombre, se dio cuenta de que nunca se había sentido tan solo.

Capítulo Nueve

El invierno llegó temprano al año siguiente. Sentada en la playa, cerca del sitio donde aquel día había encontrado la botella, Theresa notó que la fría brisa marina se había hecho más intensa desde que llegó por la mañana. Le pasaron sobre la cabeza amenazadores nubarrones grises y las olas comenzaban a elevarse y romper con mayor frecuencia. Sabía que la tormenta se acercaba.

Había estado ahí casi todo el día, reviviendo la relación que sostuvieron hasta el día en que se dijeron adiós. Durante meses no pudo olvidar la expresión que tenía Garrett de pie frente a la casa, y su reflejo en el retrovisor al perseguir el auto mientras ella se alejaba. Dejarlo entonces había sido lo más difícil que había hecho en toda su vida.

Por fin se incorporó. En silencio comenzó a caminar por la orilla, imaginando que él iba a su lado mientras ella contemplaba el horizonte. Se detuvo, hipnotizada por el agitado movimiento de las olas, y cuando por fin volvió la cabeza se dio cuenta de que también la imagen de Garrett la había abandonado. Se detuvo ahí largo rato, tratando de hacerlo regresar, pero la imagen no volvió y ella supo que era el momento de marcharse.

Sus pensamientos rememoraron los días posteriores a su último adiós. “Pasamos tanto tiempo disculpándonos por las cosas que no dijimos”, meditó. “Si tan sólo...” comenzó por centésima vez. Las imágenes de aquellos días pasaron ante sus ojos una y otra vez como en una película que era incapaz de detener.

“Si tan sólo...”

Cuando regresó a Boston, Theresa recogió a Kevin en la casa de una amiga en su camino de vuelta del aeropuerto. Cuando llegaron al departamento, lo sorprendió al pedirle que se sentara con ella un rato en lugar de hacer su tarea. Mientras descansaba en silencio junto a ella en el sofá, de vez en cuando le dirigía una mirada de ansiedad, pero ella sólo le acariciaba el cabello y sonreía como ausente, como si se encontrara en algún sitio muy lejano.

El lunes tuvo un largo almuerzo con Deanna y le contó todo lo que había ocurrido. Trató de parecer valiente.

—Es lo mejor —dijo resuelta cuando terminó—. Me siento bien con lo que he decidido.

Deanna la observó con atención y mirada compasiva, pero no dijo nada y sólo asintió ante las valientes afirmaciones de Theresa.

Durante los siguientes días Theresa hizo lo que pudo para evitar pensar en Garrett. Trabajar en su columna era reconfortante. La atmósfera caótica de la sala de redacción también le ayudaba y como la entrevista con Dan Mandel había resultado ser todo lo que Deanna le había asegurado que sería, Theresa se dedicó a su trabajo con renovado entusiasmo. Sin embargo, por las noches después de acostar a Kevin, cuando estaba a solas, le era muy difícil mantener alejada la imagen de Garrett.

Ese fin de semana le contó a Kevin, con cierta renuencia que ella y Garrett ya no se verían más.

—Mamá, ¿hizo algo Garrett para que te enojaras?

—No —respondió ella con suavidad—. Es sólo que no estábamos destinados uno para el otro.

La semana siguiente Theresa se encontraba trabajando con ahínco en la computadora cuando sonó el teléfono.

—¿Habla Theresa?

—Sí, soy yo —respondió sin reconocer la voz.

—Habla Jeb Blake, el padre de Garrett. Sé que esto le parecerá extraño, pero me gustaría hablar con usted.

—¡Ah, hola! —tartamudeó—. Eh... sí, tengo algunos minutos ahora mismo.

Él guardó silencio.

–Quisiera hablar con usted en persona, si es posible. No es algo que quiera tratar por teléfono.

–¿Puedo preguntarle de qué se trata?

–Es acerca de Garrett –dijo en voz baja–. Sé que pido demasiado, pero ¿cree que podría volar hasta aquí? No se lo pediría si no fuera importante.

Finalmente Theresa aceptó ir y al salir del trabajo fue a recoger a Kevin a la escuela. Pasó temprano por él y lo dejó en casa de una amiga; luego fue al aeropuerto y tomó un vuelo a Wilmington. Se encaminó directo a la casa de Garrett, donde Jeb la esperaba.

–Me alegra que viniera –le dijo Jeb en cuanto llegó.

–¿Qué sucede? –preguntó.

Jeb se veía más viejo de lo que ella recordaba. La condujo hasta la mesa de la cocina y sacó una silla para que ella pudiera sentarse frente a él.

–Por lo que pude saber después de hablar con varias personas –dijo en voz baja–, Garrett salió en el *Happenstance* más tarde de lo normal...

Sencillamente era algo que tenía que hacer. Garrett sabía que las pesadas nubes negras en el horizonte presagiaban tormenta. Sin embargo, parecían estar aún bastante lejos para darle el tiempo que necesitaba. Además sólo iba a salir a mar abierto algunos kilómetros. Incluso si la tormenta lo alcanzaba, estaría lo suficientemente cerca para regresar al puerto.

Durante tres años había tomado la misma ruta siempre que salía, dirigido por el instinto y por el recuerdo de Catherine. Había sido ella la de la idea de navegar hacia el este aquella noche, la primera en que el *Happenstance* estuvo listo para navegar. Imaginaba que navegaban hacia Europa, un sitio al que ella siempre quiso ir. Siempre deseó ver los castillos del valle del Loira, el Partenón y las Tierras Altas de Escocia... todos los lugares de los que había leído.

Por supuesto que nunca llegaron a Europa.

Sin embargo, la primera noche en que salieron a navegar en el *Happenstance*, el sueño de Catherine aún estaba vivo. Permanecía de pie en la proa y miraba a la distancia; así era como él siempre la recordaba: con el cabello ondeando al viento y con una expresión radiante y llena de esperanza.

Menos de un año después, con el hijo de los dos en el vientre, Catherine moría en el hospital, teniendo a Garrett a su lado.

Luego, cuando los sueños comenzaron, él no supo qué hacer. Una mañana, en un arranque de desesperación, trató de encontrar consuelo al poner sus sentimientos en palabras. Cuando terminó, llevó la carta con él a navegar y al volverla a leer se le ocurrió una idea. La corriente del Golfo, que fluía hacia el norte a lo largo de la costa de Estados Unidos, daba vuelta al este una vez que llegaba a las aguas más frías del Atlántico. Con un poco de suerte la botella podría llegar a Europa y tocar tierra en aquellos países lejanos que ella siempre había querido visitar. Una vez tomada la decisión, selló la carta en una botella y la arrojó por la borda. Se convirtió en una costumbre que nunca rompería.

Desde entonces le había escrito dieciséis cartas más... diecisiete si contaba la que había recuperado. De pie frente al timón, dirigía ahora el bote precisamente hacia el este; tocó sin darse cuenta la botella que llevaba metida en el bolsillo de su chaqueta.

Después de escribir aquella carta para Catherine, había escrito otra más. Esa ya la había enviado. Sin embargo, a causa de esa segunda carta, sabía que tenía que enviar la de Catherine ese mismo día. Había tormentas por todo el Atlántico que se movían lentamente hacia el oeste, en dirección de la Costa este. Por los informes de la televisión no parecía que pudiera volver a salir durante por lo menos una semana y ésa era una espera demasiado larga. Para entonces tal vez ya se habría marchado.

La agitación del mar iba en aumento, las olas rompían con más fuerza y los espacios entre ellas se hacían más profundos. Las velas comenzaban a tensarse demasiado bajo los fuertes vientos. Garrett evaluó su posición. En ese sitio el agua no era demasiado profunda. La corriente del Golfo, un fenómeno del verano, ya había desaparecido y la única oportunidad de que la botella llegara al otro lado del océano era que la lanzara mucho más lejos, mar adentro. De otra manera la tormenta la arrojaría a la playa en unos cuantos días. De todas las cartas que le había escrito, quería que ésa, en particular, llegara

a Europa. Sería la última carta que iba a enviarle.

El *Happenstance* comenzó a subir y bajar en sacudidas rápidas mientras se internaba cada vez más mar adentro. Garrett sujetó el timón con ambas manos, manteniéndolo tan firme como se lo permitieron sus fuerzas. Cuando el viento cambió y arreció, lo que le indicó el frente de la tormenta, empezó a virar en diagonal a través de las olas, a pesar del peligro.

En el cielo las nubes seguían amontonándose, girando y retorciéndose en diferentes formas. Comenzó a caer una lluvia ligera.

—Sólo unos minutos más —murmuró. Sólo necesitaba algunos minutos más. Para mantener el equilibrio abrió las piernas todo lo que pudo. El timón se mantenía firme, pero las olas remecían la nave como si se tratara de un objeto poco estable.

Sujetó el timón con una mano mientras con la otra sacaba de su chaqueta la botella. Apretó el corcho para asegurarse de que estuviera bien colocado y la sostuvo en alto para mirarla en la tenue luz. Pudo ver la carta en el interior, bien enrollada.

Al contemplarla tuvo una sensación de logro, como si un largo viaje hubiera llegado a su fin.

—¡Gracias! —susurró, con voz apenas audible por encima del rugido de las olas.

Arrojó la botella con tanta fuerza como pudo. Estaba hecho.

Ahora, a darle vuelta al bote.

En ese momento dos rayos rasgaron el cielo al mismo tiempo. La tormenta parecía aumentar en fuerza y velocidad, expandiéndose como un globo que venía directo a él.

Usó los lazos para asegurar el timón mientras regresaba a popa. Perdió minutos preciosos al intentar mantener el control de la botavara. Las cuerdas rompieron sus guantes y le quemaron las manos. Por fin logró dar vuelta a las velas y la nave se inclinó con fuerza al retomar el viento. Cuando iba de regreso, otra ráfaga de viento helado lo golpeó desde una dirección distinta.

Encendió el radio a tiempo para oír que se transmitiría un aviso para las naves pequeñas. A toda prisa subió el volumen.

—Repetimos... se están formando vientos peligrosos... se espera una fuerte lluvia.

Se inclinó sobre el timón. Garrett tenía una creciente sensación de urgencia.

No sucedió nada.

De pronto se dio cuenta de que las enormes olas estaban sacando del agua la popa de la nave, por lo que la dirección del timón no le respondía. El bote parecía estar trabado en la dirección incorrecta, balanceándose en forma precaria.

—Vamos... responde —susurró mientras sentía que el pánico comenzaba a extenderse en su interior. Estaba perdiendo demasiado tiempo. El cielo se veía cada vez más oscuro y la lluvia comenzaba a golpearlo de lado en capas densas e impenetrables.

Un minuto después el mando del timón por fin le respondió y el bote comenzó a dar vuelta lenta, muy lentamente... La nave seguía demasiado inclinada sobre un costado...

Con gran horror vio cómo el mar se le venía encima formando una ola gigantesca y atronadora que iba directo hacia él.

Se sujetó con fuerza mientras el agua se estrellaba contra el casco expuesto, levantando espuma blanca. El *Happenstance* se inclinó todavía más y las piernas de Garrett se encorvaron, pero las manos seguían firmes en el timón. Con dificultad logró ponerse de pie nuevamente, en el preciso momento en que otra ola volvía a golpear el bote.

El agua inundó la cubierta. Durante casi un minuto entró con la fuerza de un río violento. La lluvia helada lo golpeaba de lado, cegándolo. El *Happenstance*, en lugar de volver a la vertical, comenzó a inclinarse más porque las velas pesaban a causa del agua. Garrett volvió a perder el equilibrio y el ángulo del bote desafiaba sus esfuerzos por mantenerse en pie. Si otra ola lo golpeaba...

Garrett nunca la vio venir. Como el hacha de un verdugo, la ola se estrelló contra el bote con una fuerza devastadora y obligó al *Happenstance* a caer de costado. El mástil y las velas se estrellaron en el agua. La nave estaba perdida. Garrett se sujetó del timón sabiendo que si se soltaba lo barrerían las olas.

El *Happenstance* hacía agua con rapidez.

Garrett tenía que llegar al equipo de salvamento, que incluía una balsa. Era su única oportunidad. Avanzó centímetro a centímetro hacia la puerta de la cabina, sosteniéndose de cualquier cosa que pudiera encontrar, batallando con la lluvia que lo cegaba, luchando por su vida.

La luz de un rayo y el rugir del trueno fueron casi simultáneos.

Por fin llegó a la escotilla y sujetó la manija. Cuando ésta crujió al abrirla, se dio cuenta de que había cometido un terrible error. El agua entró en cascadas, oscureciendo con enorme rapidez el interior de la cabina. De inmediato Garrett se dio cuenta de que el equipo de salvamento, que por lo general estaba en un arcón sujeto a la pared, ya se encontraba bajo el agua. No había nada que pudiera evitar que el mar se tragara al bote.

El *Happenstance* comenzó a hundirse rápidamente. En segundos, la mitad del casco estaba sumergida. De pronto su mente reaccionó. Los chalecos salvavidas...

Estaban debajo de los asientos, cerca de la popa.

Miró hacia allá. Todavía estaban fuera del agua.

Luchó con furia para sujetarse de los rieles laterales, lo único que podía sostenerlo y que todavía estaba fuera del agua. Cuando logró llegar a ellos, tenía el agua hasta el pecho y las piernas pataleaban en el mar.

Tres cuartos del bote estaban ya bajo el agua.

Colocó una mano sobre la otra, luchando contra el peso de las olas y de sus propios músculos que parecían de plomo. El agua le llegaba al cuello y por fin se dio cuenta de lo irremediable de su situación.

No iba a lograrlo.

Tenía el agua hasta la barbilla cuando por fin dejó de intentarlo. Miró hacia arriba, completamente agotado; se negaba aún a creer que iba a terminar de esa manera.

Soltó el riel del bote y comenzó a alejarse de la nave. El abrigo y los zapatos le pesaban en el agua. Pataleó para mantenerse a flote elevándose con las olas mientras veía cómo el mar se tragaba al *Happenstance*. Luego, con el agotamiento y el frío que comenzaban a nublar sus sentidos, se volvió e inició un imposible viaje a nado hacia la orilla.

Theresa estaba sentada a la mesa con Jeb. Durante largo rato, de manera entrecortada, él le había contado todo lo que sabía.

Más tarde Theresa recordaría que mientras escuchaba la historia no lo hacía tanto con un sentimiento de temor, como de curiosidad. Garrett era un marino experto y aún mejor nadador. Era demasiado cuidadoso, demasiado vital para que algo así lo venciera. Si alguien podía salir de una situación así, ése era él.

Se acercó a Jeb por encima de la mesa, confundida.

—No comprendo. ¿Por qué sacó el bote si sabía que se aproximaba una tormenta?

—No sé —respondió él en voz baja. No podía mirarla a los ojos.

Jeb tenía el rostro color ceniza y los ojos clavados en el suelo, como si ocultara algo. Sin pensarlo, Theresa miró la cocina. Todo estaba muy limpio, como si la hubieran arreglado poco antes de que ella llegara. Por la puerta abierta de la habitación vio el cobertor de Garrett bien tendido sobre la cama. Curiosamente le habían colocado un par de enormes arreglos florales.

—No lo entiendo. Garrett está bien, ¿no es cierto?

—Theresa —dijo por fin Jeb con lágrimas en los ojos—. Lo encontraron ayer por la mañana.

—¿Está en el hospital?

—No —respondió.

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó; se negaba a reconocer algo que de alguna manera ya sabía.

Jeb no respondió. Incluyó la cabeza para que ella no pudiera ver sus lágrimas, pero Theresa pudo oírlo sollozar.

–Theresa... –dijo, y su voz se quebró.

–¿Dónde está? –exigió saber poniéndose de pie ante una súbita descarga de adrenalina. Como si ocurriera en un sitio muy lejano, oyó cómo la silla golpeaba el piso al caer a sus espaldas.

Jeb la miró.

–Encontraron su cuerpo ayer por la mañana.

Ella sintió una opresión en el pecho que la ahogaba.

–Ha muerto, Theresa.

Lo enterraron al lado de Catherine en el pequeño cementerio cerca de su hogar. Jeb y Theresa permanecieron juntos durante el servicio religioso al pie de la tumba. Fue una ceremonia sencilla y, aunque comenzó a llover casi en el instante en que el ministro terminó de hablar, la gente se quedó un rato más.

Se llevó a cabo una recepción en la casa de Garrett. Una por una, las personas pasaron a ofrecer sus condolencias y a compartir sus recuerdos: amigos de la secundaria, personas a las que había enseñado a bucear, los empleados de la tienda. Cuando todos se marcharon y dejaron solos a Jeb y a Theresa, él sacó una caja del clóset y le pidió que se sentara con él para revisarla juntos.

En la caja había cientos de fotografías. Durante las horas siguientes Theresa vio pasar ante sus ojos la infancia y la adolescencia de Garrett: todas las partes faltantes de su vida que ella sólo había imaginado: la graduación del bachillerato y de la universidad, la restauración del *Happenstance*, Garrett frente a la tienda antes de la inauguración.

Más tarde, mientras revisaban las últimas fotografías, vio al Garrett del que se había enamorado. Una fotografía en particular llamó su atención y la contempló un largo rato. Jeb le explicó que la habían tomado durante la celebración del Memorial Day, unas cuantas semanas antes de que la botella tocara tierra en Cape Cod. Ahí, Garrett estaba de pie en el porche trasero y se veía casi como la primera vez que ella había ido a su casa.

Cuando por fin pudo soltar esa fotografía, Jeb sólo se limitó a tomarla con suavidad.

A la mañana siguiente le entregó un sobre. Al abrirlo, Theresa vio que le había dado aquella fotografía y varias más. Además estaban también las tres cartas que le habían permitido a Theresa conocer a Garrett.

–Creo que a él le hubiera gustado que te quedaras con ellas.

Demasiado emocionada para responder, ella movió la cabeza para agradecerle en silencio.

Theresa no recordaba mucho de lo que ocurrió los primeros días después de que regresó de Boston y, en retrospectiva, se dio cuenta de que no deseaba hacerlo. Se acordaba que Deanna la esperaba en el Aeropuerto Logan cuando bajó del avión. Después de verla, Deanna llamó de inmediato a su esposo y le pidió que le llevara algo de ropa a la casa de Theresa porque iba a quedarse con ella por unos días. Theresa pasó la mayor parte del tiempo en la cama, sin levantarse siquiera cuando Kevin llegaba de la escuela.

–¿Se va a poner bien mi mamá? –preguntó el niño.

–Sólo necesita algo de tiempo, Kevin –respondió Deanna–. Sé que también es difícil para ti, pero todo va a estar bien.

El otro recuerdo claro que Theresa tenía de aquella semana era su imperiosa necesidad de comprender cómo pudo haber sucedido. Antes de marcharse de Wilmington le hizo prometer a Jeb que la llamaría si se enteraba de algo más sobre el día en que Garrett salió con el *Happenstance*. De alguna manera extraña creía que si sabía los detalles, el *por qué*, su pena disminuiría.

Por supuesto, muy en su interior sabía que eso no iba a suceder. Jeb no iba a llamarla con una explicación esa semana, y la respuesta no le llegaría tampoco en un momento de contemplación. No. La respuesta la obtuvo, finalmente, en la forma en que menos la esperaba.

Un año después, en la playa de Cape Cod, Theresa reflexionaba sin amargura acerca del giro que tomaron las cosas y de las razones que la habían llevado hasta aquel lugar. Por fin lista, metió la mano en su bolso. Después de sacar el objeto que había llevado, lo miró y revivió el momento en que por fin obtuvo la respuesta que tanto buscaba.

Deanna se había marchado y Theresa trataba de restablecer una rutina de algún tipo. En su confusión de la semana anterior, simplemente había amontonado la correspondencia en un rincón del comedor. Una noche, después de cenar, mientras Kevin estaba en el cine, Theresa comenzó a clasificar las cartas sin gran interés.

Había una docena de cartas, tres revistas y un paquete envuelto en papel café sin remitente. Tenía pegadas dos etiquetas de FRAGIL, una cerca de la dirección y la otra en el lado opuesto de la caja.

—En ese momento notó el sello postal de Wilmington, North Carolina, con fecha de dos semanas atrás. Rápidamente revisó la dirección garabateada al frente. Era la letra de Garrett.

—No... —dejó el paquete, con el estómago súbitamente tenso. Buscó un par de tijeras en un cajón y con manos temblorosas comenzó a cortar la cinta, tirando del papel con sumo cuidado mientras lo hacía. Ya sabía lo que iba a encontrar adentro. Después de tomar el objeto y revisar el resto del paquete para asegurarse de que no hubiera nada más adentro, quitó la envoltura plástica con burbujas de aire.

La botella tenía el corcho puesto y en el interior había una carta enrollada. Después de sacar el corcho, la dio vuelta y la carta salió con facilidad. Al igual que la carta que había encontrado apenas unos meses antes, estaba amarrada con un hilo. La extendió con delicadeza.

En la esquina superior derecha se encontraba la imagen de un viejo barco con las velas al viento.

Querida Theresa:

¿Podrás perdonarme?

En un mundo que rara vez comprendo soplan los vientos del destino cuando menos lo esperamos. A veces soplan con la fuerza de un huracán; otras apenas nos rozan las mejillas. Sin embargo no puede negarse su existencia porque a menudo traen consigo un futuro que es imposible negar. Tú, querida mía, eres ese viento que no anticipé, el viento que ha soplado con más fuerza de la que creí posible. Eres mi destino.

Estaba equivocado, muy equivocado al tratar de negar lo que era evidente y te ruego que me perdones. Como el viajero cauto, traté de protegerme del viento y sólo logré perder mi alma. Fui un tonto al no hacer caso de mi destino, pero hasta los tontos tenemos sentimientos y me he dado cuenta de que tú eres lo más importante que tengo en este mundo.

He cometido más errores en los pasados meses de los que algunas personas cometen en toda su vida. Me equivoqué al actuar como lo hice cuando encontré las cartas, del mismo modo en que me equivoqué al ocultar la verdad de lo que estaba ocurriéndome en relación con mi pasado. Pero en lo que más me equivoqué fue al negar lo que está claro en mi corazón: que no puedo vivir sin ti.

Lo que más deseo en esta vida es que me des otra oportunidad. Como tal vez supongas, espero que esta botella obre su magia, igual que lo hizo antes, y de alguna manera logre que volvamos a reunirnos.

Durante los primeros días después de que te marchaste quise creer que podía seguir viviendo como siempre, pero no fue así. Cada vez que veía ponerse el Sol pensaba en ti y en los maravillosos momentos que pasamos juntos. El corazón sabía que mi vida nunca volvería a ser la misma. Quería que regresaras más de lo que pensé que fuera posible, pero siempre que pensaba en ti seguía oyendo tus palabras en nuestra última conversación. Sin importar cuánto te amara, sabía que nada sería posible a menos que nosotros, los dos, estuviéramos seguros de que yo podía comprometerme por completo con el sendero por delante. Seguí preocupado con estas ideas hasta que anoche, muy tarde, la respuesta vino por fin a mí.

En un sueño me vi en la playa con Catherine, en el mismo lugar al que te llevé después de aquella vez que comimos en Hank's. El Sol brillaba y sus rayos se

reflejaban, deslumbrantes, en la arena. Caminamos por la playa, uno junto al otro y ella escuchó con atención mientras le hablaba de ti, de nosotros, de los momentos maravillosos que compartimos. Después de algunos titubeos admití que te amaba, pero que me sentía culpable al respecto. Ella no dijo nada, sino que siguió caminando, hasta que por fin se volvió y me preguntó: “¿Por qué?”

—Por ti.

Al oír mi respuesta ella me sonrió con un gesto condescendiente y divertido, como solía hacerlo antes de morir.

—¡Oh, Garrett! —me dijo mientras me tocaba el rostro con suavidad—. ¿Quién crees que le llevó la botella?

Theresa dejó de leer.

¿Quién crees que le llevó la botella?

Se retrepó en la silla, cerró los ojos con fuerza y trató de contener las lágrimas.

—Garrett —murmuró—. Garrett...

Podía oír el ruido de los autos que pasaban al otro lado de la ventana. Poco a poco comenzó a leer de nuevo.

Cuando desperté me sentí vacío y solo. El sueño hizo que algo me doliera por dentro por lo que yo le había hecho a nuestra relación, y me puse a llorar. Cuando logré controlarme escribí dos cartas: la que tienes en las manos en este momento y una para Catherine en la que por fin me despido de ella. Hoy iré en el Happenstance a enviarla. Catherine, a su manera, me dijo que debía continuar con mi vida y he escogido hacerle caso. No sólo a sus palabras, sino a las inclinaciones de mi propio corazón que me conducen siempre hacia ti.

¡Oh, Theresa! Lo siento, lamento mucho haberte herido. Iré a Boston la semana entrante con la esperanza de que encuentres la manera de perdonarme.

Theresa, te amo, y siempre te amaré. Estoy cansado de estar solo. Cuando veo niños que lloran y ríen mientras juegan en la arena me doy cuenta de que quiero tener hijos contigo. Quiero ver a Kevin crecer y convertirse en hombre. Si me lo pides, me mudaré a Boston, porque no puedo seguir de esta manera. Sin ti me siento terriblemente enfermo y triste. Mientras estoy aquí sentado, en la cocina, rezo para que me dejes volver contigo, esta vez para siempre.

Garrett

Caía la noche y el cielo gris se volvía negro con rapidez. Aunque había leído la carta miles de veces, seguía despertando en ella los mismos sentimientos que la primera vez. Durante meses esos sentimientos la perseguían a cada momento.

Sentada en la playa, volvió a enrollar la carta y con mucho cuidado la ató con un cordón y la devolvió a la botella. Al llegar a casa volvería a colocarla en su mesa de noche, donde siempre la tenía. Por la noche, cuando el brillo de las luces de la ciudad entraba a su habitación, la botella destellaba en la oscuridad y era lo último que veía antes de dormir.

Luego tomó las fotografías que le dio Jeb. Después de regresar de Wilmington las había observado una por una. Cuando las manos comenzaron a temblarle, decidió colocarlas en el cajón y no volver a mirarlas.

Sin embargo, en ese momento volvió a verlas y encontró la que le habían tomado a Garrett en el porche trasero. La sostuvo frente a ella y recordó todo sobre él: cómo se veía, cómo se movía, su sonrisa fácil, las arrugas que le rodeaban los ojos.

Desde el funeral se había mantenido en contacto esporádico con Jeb. Le había dicho que descubrió por qué Garrett había en el *Happenstance* aquel día y los dos terminaron llorando el teléfono.

Conforme los meses pasaban, sin embargo, fueron capaces de mencionar su nombre sin lágrimas.

Una llamada telefónica de Jeb tres semanas antes fue lo que la llevó de vuelta a Cape Cod. Cuando oyó que su voz amable le sugería tranquilamente que había llegado el momento de seguir con su vida, los muros que había construido a su alrededor para protegerse comenzaron a desmoronarse. Lloró la mayor parte de la noche, pero a la mañana siguiente sabía lo que tenía que hacer.

Ahora, de pie en la playa, se preguntó si alguien la vería. Miró a un lado y al otro, pero el lugar estaba desierto. Sólo el mar parecía moverse y a ella le atraía su furia. Lo miró largo rato mientras pensaba en Garrett.

Lo amó. Siempre lo amaría. Lo supo desde el momento en que lo vio en los muelles y lo sabía ahora. Ni el paso del tiempo ni la muerte podrían cambiar sus sentimientos. Cerró los ojos y susurró mientras lo hacía:

—Te extraño, Garrett Blake —dijo con suavidad.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer al mismo tiempo que le quitaba el corcho a la sencilla botella transparente que sostenía con fuerza. Sacó la carta que le había escrito a Garrett el día anterior, la carta que había ido a enviar. Después de desenrollarla comenzó a leer.

Mi amor:

Ha pasado un año desde que me senté con tu padre en la cocina. Ya es muy tarde y aunque me cuesta trabajo hallar las palabras, no puedo evitar la sensación de que es el momento de que por fin responda a tu pregunta.

Claro que te perdono. Te perdono ahora y te perdoné en el instante en que leí tu carta. El corazón me decía que no podía hacer otra cosa. El dejarte una vez ya fue muy difícil; hacerlo dos veces hubiera sido imposible. Te amaba demasiado para perderte de nuevo. Aún lloro por lo que pudo haber sido, sin embargo, me siento agradecida de que hayas formado parte de mi vida, aunque fuera por tan corto tiempo. Al principio pensé que de alguna manera nos habíamos encontrado para que te ayudara a superar tu pena. Pero ahora, un año después, he llegado a pensar que fue al revés.

Irónicamente me encuentro en la misma posición en la que estabas tú la primera vez que te vi. Lucho con el fantasma de alguien a quien amé y perdí. A veces me abrumba la pena y aunque comprendo que nunca más volveremos a vernos, hay una parte de mí que quiere aferrarse a ti para siempre. Para mí sería fácil hacerlo porque amar a alguien más podría debilitar tu recuerdo. Pero he aquí la paradoja: aunque te extraño tanto, es por ti que no temo al futuro. Porque pudiste enamorarte de mí y me enseñaste que es posible seguir adelante con la vida, sin importar lo terrible de la pena.

En este momento no creo que esté lista, pero espero que llegará el día en que mi tristeza sea reemplazada por algo hermoso. Por ti tengo la fuerza de seguir adelante.

Siempre estarás conmigo. Cuando oiga el sonido del mar serás tú que me susurras. Cuando una brisa fresca me acaricie la mejilla, será tu espíritu que pasa a mi lado.

Ésta no es una carta de despedida, amor mío; más bien es una carta de agradecimiento. Gracias por entrar en mi vida y darme alegría. Gracias por amarme y también por aceptar mi amor. Gracias por los recuerdos que atesoraré siempre. Pero sobre todo, gracias por mostrarme que llegará el momento en que por fin seré capaz de dejarte partir.

Te ama,

T.

Después de leer la carta por última vez, Theresa la enrolló, la guardó y selló la botella. La tuvo en las manos y le dio algunas vueltas, sabiendo que su viaje había completado un ciclo. Por fin, cuando

se dio cuenta de que ya no podía esperar más, la arrojó tan lejos como pudo.

En ese mismo momento se sintió un viento fuerte y la niebla empezó a disiparse. Theresa se quedó ahí, de pie, en silencio y observó cómo se alejaba la botella flotando en el mar. Y aunque sabía que era imposible, imaginó que nunca volvería a la orilla. Que viajaría por el mundo para siempre, llegando a lugares lejanos que ella nunca conocería.

Cuando la botella desapareció de su vista minutos más tarde, se dirigió a su automóvil. Mientras caminaba en silencio bajo la lluvia, Theresa sonrió con dulzura. No sabía cuándo ni dónde o si alguna vez alguien la encontraría, pero en realidad no importaba. De algún modo sabía que Garrett recibiría el mensaje.